LA MUJER DEL PORVENIR.

MADRID, 1869.—Oficina tipográfica del Hospicio.

LA MUJER

DEL

PORVENIR.

POR

DOÑA CONCEPCION ARENAL.

Artículos sobre las conferencias dominicales para la educacion de la mujer, celebradas en el Paraninfo de la Universidad de Madrid.

SEVILLA:
EDUARDO PERIÉ.
Calle de Jimios, núm., 20.

MADRID:
FÉLIX PERIÉ.
Calle de San Andrés, 1, dup. 3.°

INDICE.

			PÁGINAS.
CAPÍTULO	PRIMERO.	Contradicciones.....	9
»	II.	Inferioridad de la mujer.....	14
»	III.	Inferioridad moral de la mujer....	23
	IV.	La Historia.....	29
»	V.	Consecuencia para la mujer de su falta de educacion.....	41
»	VI.	Consecuencias para el hombre de la supuesta inferioridad de la mujer.	60
»	VII.	Consecuencias para la sociedad de la supuesta inferioridad intelectual de la mujer.....	72
»	VIII.	¿Qué oficios y profesiones pueden ejercer las mujeres?.....	79
»	IX.	¿Cómo se modificará el carácter de la mujer educada?.....	87
»	X.	¿Hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos?.....	96
»	XI.	¿Qué será de los hijos cuando la madre pueda ejercer una profesion ú oficio lucrativo?.....	101
CONCLUSION.....			112

Primera Conferencia.....	121
Segunda y tercera Conferencia.....	127
Cuarta Conferencia.....	135
Quinta Conferencia.....	143
Sexta Conferencia.....	151
Sétima Conferencia.....	159
Octava Conferencia.....	163
Novena Conferencia.....	170
Décima Conferencia.....	177
Undécima Conferencia.....	184
Duodécima Conferencia.....	191
Décimatercia Conferencia.....	196
Décimacuarta Conferencia.....	201
Décimaquinta Conferencia.....	209

CARTA	III.....	217
»	IV.....	229
»	V.....	237
»	XXIV.....	241
»	XXII.....	254
»	XXXV.....	261

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO

D. CELESTINO DE OLÓZAGA.

Has caido como un árbol en flor que troncha el huracan. Al saber tu fin, un ¡ay! doloroso ha salido de todos los corazones amigos y enemigos. ¡Enemigos! Tú, tan jóven, tan dulce, tan inteligente, no los tenias. El primero que te ha aborrecido, te inmoló: uno de esos hombres que vienen al mundo para merecer y recibir maldiciones.

Las últimas horas de tu breve existencia son un misterio, cuyo velo no puedes descorrer, ¡pobre víctima! ¿Cómo hemos de saber la verdad por los que necesitan desfigurarla? Yo te juzgo por tu vida, no por tu muerte: así creo que te habrá juzgado Dios.

Si desde donde estás se oyen las voces de la tierra, escucha la mia dolorida, que te envia un recuerdo envuelto en lágrimas. ¿Quién no llora al ver apagarse, cuando apénas habia empezado á brillar, tu privilegiada inteligencia? ¿Quién no llora al pensar en tu desventurado padre? Como esos cuerpos, todos una llaga, y á los que no se puede tocar sin producir acerbos dolores, así imagino su pobre alma. Por eso no me he atrevido á dirigirle ni una palabra de consuelo:

dolores como el suyo sólo pueden hallarle en la muerte, que no suele venir á quien la llama. La espera, sin buscarla. No ha querido que le defendamos, sino que le admiremos, ni terminar con un acto de egoismo una vida de abnegacion. Su agonía es una gran leccion, un alto ejemplo, y una prueba de que la existencia del hombre bueno no es nunca inútil. ¿Quién se creerá autorizado para buscar la muerte, cuando vive D. José de Olózaga?

Adios, Celestino. Descansa con la inolvidable Elisa. Los dos mereciais vivir mucho y habeis muerto en la aurora de una vida llena de esperanzas, y quedan los que nada esperan ya. ¡Orfandad horrible la de esos dos ancianos que lloran sobre vuestras tumbas!

Concepcion Arenal.

AL LECTOR:

Más bien te preveo hostil que te espero benévolo, lector, á quien por tanto no me atrevo á llamar amigo.

Te presento este librito, y si te propones leerle, me debes agradecer que sea tan breve porque el asunto es largo, y te aseguro que me ha costado trabajo no decir más sobre él.

He procurado agrupar los argumentos y concentrar las razones para que tengan más fuerza, porque ya se me alcanza que no será poca la resistencia que necesitan vencer.

Los que se dirigen á ti, suelen tener la idea de atraerte á su creencia, á su opinion; mis pretensiones son más modestas: no intento persuadirte ni convencerte; toda mi ambicion se limita á que al concluir estas páginas, dudes y digas, primero para ti y despues para los otros:—¿Si tendrá razon esta mujer en algo de lo que dice?—

CAPITULO PRIMERO.

Contradicciones.

El error, tarde ó temprano, acaba por limitarse á sí mismo, y la primera forma de su impotencia, es la contradiccion: si quisiera ser lógico, se haria imposible. La humanidad, que puede ser bastante ciega para dejarle sentar sus premisas, no es nunca bastante perversa ó insensata para permitirle que saque todas sus consecuencias: le opone su razon, sus afectos ó sus instintos, y él transige; podemos estar seguros de que donde hay contradiccion hay error ó impotencia.

Aplicando esta regla al papel que la mujer representa en la sociedad, por la falta de lógica del hombre, vendremos á convencernos de su falta de razon primero, y de justicia despues.

Una mujer puede llegar á la más alta dignidad

que se concibe, puede ser madre de Dios: descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa, y el hombre que la venera sobre el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio. ¿Qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento impío sería que en el templo osara aspirar á la categoría del último sacristan. La lógica aquí sería escándalo, impiedad.

Si del órden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de menor bulto. ¿Cómo una mujer ha de ser empleada en aduanas ó en la deuda, desempeñar un destino en Fomento ó en Gobernacion? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para estanquera: que prepretendiese ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica.

En las relaciones de familia, en el trato del mundo, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor? ¿Cuál su puesto? Nádie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto y con desprecio allá. Unas veces sufre esclava, otras tiraniza; ya no puede hacer valer su razon, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible es que la halleis en el caos que resulta del choque continuo entre las preocupaciones y la ilustracion, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia. El libertino que escarnece la virtud, cree en la de su madre; el cínico arriesga la

vida en un desafío por defender el honor de su hermana; el que ha hecho muchas víctimas y hollado las más santas leyes, recibe como tal un capricho de la que ama; el que tiene teorías y hábitos de tirano, viene á ser el esclavo de su hija ó de su nieta. El corazon, los instintos, la conciencia, se oponen de continuo en la práctica á esas teorías que conceden al hombre superioridad moral sobre la mujer. Se ve, pues, arrastrado á ceder de lo que llama su derecho cuando no abusa de él, y al conceder esta gracia, ya no establece reglas de justicia, porque no es fácil poner límites á la generosidad del que da por afecto, ni á la exigencia del que recibe sin reflexion. Así, pues, en las relaciones domésticas y sociales del hombre y la mujer, como lo que se llama justicia no lo es, ni puede por lo tanto convertirse en regla permanente y respetada, todo está á merced de los afectos y de las pasiones, todo es tan ocasionado á mudanzas como ellas, y por punto general, á las mujeres se les da más ó ménos de lo que merecen y les es debido: son, el niño oprimido á quien se hace siempre guardar silencio, ó el niño mimado que impone su voluntad. Con sólo mirar lo que pasa enrededor nuestro, veremos tantas contradicciones como individuos hemos observado.

Si dejando las costumbres pasamos á las leyes, ¿qué es lo que ven nuestros ojos? ¡Ah! Un espectáculo bien triste, porque la ley no tiene la flexibilidad de los afectos, y si el padre, y el esposo, y el hermano son inconsecuentes para ser justos, la ley

inflexible no se compadece del dolor ni se detiene ante la injusticia. Las contradicciones de la ley pesan sin lenitivo alguno sobre la mujer desdichada. Exceptuando la ley de gananciales, tributo no sabemos cómo pagado á la justicia, rayo de luz que ha penetrado en oscuridad tan profunda, las leyes civiles consideran á la mujer como menor si está casada, y áun no estándolo le niegan muchos de los derechos concedidos al hombre.

Si la ley civil mira á la mujer como un ser inferior al hombre, moral é intelectualmente considerada, ¿por qué la ley criminal la impone iguales penas cuando delinque? ¿Por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual á él? ¿Por qué no se la mira como al niño que obra sin discernimiento, ó cuando ménos como al menor? Porque la conciencia alza su voz poderosa y se subleva ante la idea de que el sexo sea un motivo de impunidad: porque el absurdo de la inferioridad moral de la mujer toma aquí tales proporciones que le ven todos: porque el error llega á uno de esos casos en que necesariamente tiene que limitarse á sí mismo, que transigir con la verdad y optar por la contradiccion. Es monstruosa la que resulta entre la ley civil y la ley criminal; la una nos dice:—Eres un ser imperfecto; no puedo concederte derechos.—La otra:—Te considero igual al hombre y te impongo los mismos deberes; si faltas á ellos incurrirás en idéntica pena.

La mujer más virtuosa é ilustrada se considera

por la ley como inferior al hombre más vicioso é ignorante, y ni el amor de madre, ¡ni el santo amor de madre! cuando queda viuda, inspira al legislador la confianza de que hará por sus hijos tanto como el hombre. ¡Absurdo increible!

Es tal la fuerza de la costumbre, que saludamos todas estas injusticias con el nombre de *derecho.*

Podríamos recorrer toda la órbita moral y legal de la mujer y hallaríamos en toda ella errores, contradicciones é injusticias. La mitad del género humano, la que más debiera contribuir á la armonía, se ha convertido por el hombre en un elemento de desórden, en un auxiliar del caos, de donde salen antagonismos y luchas sin fin.

Las cuestiones de las mujeres en sus relaciones con el hombre y con la sociedad, están siempre más ó ménos fuera de la ley lógica. ¿Es esto razonable, es racional siquiera? No hay más que una razon, una lógica, una verdad. El que quiera introducir la pluralidad donde la unidad es necesaria, introduce la injusticia y con ella la desventura.

Si supiera el hombre que nunca se equivoca impunemente, buscaria el acierto con mayor solicitud. Nosotros, que tenemos esta íntima persuasion, procuraremos desvanecer los errores que existen con respecto á la mujer. Tal es el objeto del presente escrito.

CAPITULO II.

Inferioridad de la mujer.

CUESTION FISIOLÓGICA.

Despues de haber manifestado que las contradicciones en las leyes y en las costumbres con respecto á la mujer prueban los errores que á cerca de ella existen, nos parece lógico investigar si su inferioridad social es consecuencia de su inferioridad orgánica; si así como su sistema muscular es más débil, su sistema nervioso es tambien más imperfecto; si hay en ella una desigualdad congénita que la rebaja; si su cerebro, en fin, es un instrumento del alma, ménos apropiado que el del hombre para las profundas meditaciones y los elevados pensamientos.

En los tiempos en que la fuerza material lo era todo, se comprende que la mujer no fuese nada. La inferioridad de sus músculos debia hacer imposible la sancion de sus derechos, y en sociedades for-

madas por los combates y para los combates, ¿qué consideracion habia de merecer en la paz la que era inútil en la guerra?

Las sociedades modernas están léjos de haberse limpiado de la lepra de sus preocupaciones. Hijas de la conquista, no han renunciado del todo á la desdichada herencia de su madre, y aún hay leyes que parecen escritas con una lanza, costumbres formadas en el campamento romano, y opiniones salidas del castillo feudal. No obstante, el progreso es visible, la fuerza es cada vez ménos fuerte, y en cási todas sus manifestaciones paga tributo á la inteligencia. Aflige, es cierto, ver la profanacion de la ciencia aplicada á la guerra, y convertida en elemento de destruccion; pero la gran ley providencial no se infringe; la sociedad, como el hombre, se mejora ilustrándose; en su cólera, es ménos feroz, y cuanta más ciencia se emplea en la guerra, hay en ella ménos crueldad: áun en el campo de la fuerza, la victoria corresponde en adelante á los que saben más.

Si mucho en el presente, si todo en el porvenir depende de la inteligencia, preciso será discutir si la de la mujer es realmente inferior á la del hombre, y si esta inferioridad es orgánica; ó lo que es lo mismo, si es la obra de Dios. Consultemos para esta discusion al gran maestro de la anatomía y de la fisiología del cerebro, á Gall, y como su opinion está conforme con la opinion de los más, veamos si se halla fundada en hechos y razones, ó si el gran-

de hombre, tan observador y circunspecto cási siempre, resolvió esta cuestion sin meditarla bastante.

«Sólo por la diferente organizacion de los dos »sexos, dice el Dr. Gall (1), puede explicarse cómo »ciertas facultades son más enérgicas en el hombre »y otras en la mujer.

»El cerebro de la mujer está generalmente mé»nos desarrollado en su parte anterior-superior, y »por eso, por lo comun, las mujeres tienen la frente »más estrecha y ménos elevada que los hombres (2).

»Las mujeres, en cuanto á sus facultades inte»lectuales, son generalmente inferiores á los hom»bres (3).

»Si tales debilidades (la supersticion y fé en orácu»los, sueños, presagios, etc.) son más bien propios »de las mujeres, aunque sean muy instruidas y de »talento, la razon es que generalmente la parte »cerebral anterior-superior adquiere un desarrollo »mucho menor en las mujeres que en los hombres, »y que por consiguiente, apénas les ocurre que no »puede haber ningun suceso, ningun efecto sin »causa.» (4).

Por lo que dejamos copiado, y por otras citas que podríamos hacer de la misma obra, se ve que, en opinion de Gall, la inferioridad intelectual de la mujer es *orgánica*. Veamos ahora si al afirmarlo

---

(1) *Physiologie du cerveau.*
(2) Gall. *Fhysiologie du cerveau.*
(3) Gall. *Fhysiologie du cerveau.*
(4) Gall. *Fhysiologie du cerveau.*

así, apoyándose en el menor volúmen de la parte anterior-superior de la cabeza de la mujer, no está en contradiccion consigo mismo y con los hechos.

«La energía de las funciones (del cerebro) no »depende solamente del *tamaño* de los órganos, sino »tambien de su *irritabilidad*.

. . . . . .

»Las mujeres están dotadas de una *irritabilidad* más pronta y de una sensibilidad más exquisita (1).

»La perfeccion, con la cual los sistemas nervio»sos diferentes del encéfalo llenan sus funciones, no »depende de *ningun modo* de la masa mayor ó me»nor del cerebro, sino de su propia organizacion »más ó ménos perfecta. ¿No vemos ciertos insectos »dotados de un tacto, de un oido, de un gusto su»mamente delicados, aunque su cerebro es muy »sencillo y muy pequeño? (2).

»Vemos, además, que la naturaleza con masas »cerebrales *extraordinariamente pequeñas*, llega á »producir los efectos más admirables; quién no re»cuerda aquí la hormiga, la abeja, etc., etc., (3).

»Por más que el hombre esté organizado de la »manera más perfecta, *el ejercicio es indispensable »para aprender á combinar muchas ideas relativa»mente á ciertos objetos.*» (4).

Resulta, pues, que el mismo autor que da como

(1) Gall. *Fhysiologie du cerveau.*
(2) Gall. *Fhysiologie du cerveau.*
(3) Gall. *Fhysiologie du cerveau.*
(4) Gall. *Fhysiologie du cerneau.*

cosa cierta la inferioridad intelectual de la mujer, apoyándose en el volúmen menor de su frente, afirma que *la energía de las funciones del cerebro no depende solamente de su tamaño; que con masas cerebrales muy pequeñas la naturaleza produce los efectos mas admirables; que la* IRRITABILIDAD *de los órganos influye en la energía de las funciones*, con todo lo demás que acabamos de ver. Fijémonos bien en esta última circunstancia: la *irritabilidad*. Gall dice, y todo el mundo sabe, que el sistema nervioso de la mujer es más *irritable;* el vulgo dice que es más *nerviosa*, y está fuera de duda que su sistema nervioso tiene más actividad. Siendo, pues, mas activo, ¿no podrá hacer el mismo trabajo intelectual con menor volúmen? ¿No vemos esto mismo en múchos hombres más inteligentes que otros, cuya frente es mucho mayor? Cualquiera que haya observado cabezas y comparado inteligencias, ¿puede dudar de que en muchos casos la *calidad* de la masa cerebral suple la *cantidad?*

Además, segun la experiencia lo aconseja, y el autor que vamos refutando lo hace, no se han de apreciar las masas cerebrales teniendo en cuenta su volúmen absoluto, sino el relativo; de otro modo, el elefante y muchos cetáceos serian más inteligentes que el hombre. Apreciando, pues, como se debe el volúmen de la cabeza de la mujer, no de una manera absoluta, sino relativa, ¿resultará menor que la del hombre? Si su cuerpo es menor, ¿no ha de serlo su masa cerebral?

No siendo el diámetro del occipital al frontal, que es mayor en la mujer, lo cual atribuye Gall al mayor desarrollo del órgano del amor á los hijos; no siendo este diámetro, decimos, todos los demás de la cabeza de la mujer son menores que los de la del hombre, ó lo que es lo mismo, la cabeza de la mujer es más pequeña. Si fuera necesario igualdad de volúmen para que la energía en las funciones fuese la misma, la inferioridad de la mujer sería para todo. Sus sentidos serian más torpes, y siguiendo á Gall en su clasificacion de facultades, sería menor su circunspeccion, su instinto de localidad, su amor á la propiedad, su sentimiento de la justicia, su disposicion á las artes, etc., etc. Nada de esto sucede: en la mayor parte de las facultades la mujer es igual al hombre; la diferencia intelectual sólo empieza donde empieza la de la educacion. Los maestros de primeras letras no hallan diferencia en las facultades de los niños y las niñas, y si la hay, es en favor de estas, más dóciles por lo comun y más precoces.

En la gente del pueblo, entre los labradores rudos y siempre que los dos sexos están igualmente sin educar, ¿qué observador competente puede decir con verdad que nota en el hombre superioridad intelectual? En los matrimonios de esta clase, la autoridad del marido se apoya en su fuerza muscular, de ningun modo en la de su inteligencia.

Dice el Dr. Gall que el órgano del cálculo está generalmente ménos desarrollado en las mujeres

que en los hombres; pero nunca hemos visto que los niños cuenten mejor que las niñas ántes de aprender aritmética, ni que los hombres del pueblo que no la saben manifiesten mayores disposiciones para el cálculo que las mujeres.

Bien podria suceder tambien, que como la forma del cráneo depende de la del cerebro, y todo órgano aumenta con el ejercicio y disminuye en la inaccion, bien podria suceder, decimos, que no cultivando las mujeres ciertas facultades, los órganos del cerebro correspondientes menguasen por falta de ejercicio; que esto contribuyese algo á su menor volúmen, siendo efecto lo que se considera como causa.

Ya hemos dicho que, segun el Dr. Gall: « Por »más que el hombre esté organizado de la manera »*más perfecta, el ejercicio es indispensable* para »aprender á combinar muchas ideas, relativamente »á ciertos objetos.» ¿Tienen las mujeres este ejercicio indispensable? ¿Pueden tenerle? Y si no le tienen, ni por regla general es posible que le tengan, ¿cómo combinarán muchas ideas relativamente á ciertos objetos, tarea que en efecto necesita una gran gimnasia intelectual?

El trabajo de la inteligencia está léjos de ser una cosa espontánea en el hombre. El temor, la necesidad, el cálculo, el amor á la gloria, vencen la natural repugnancia que inspiran las fatigas del entendimiento. El profesor y el discípulo necesitan un esfuerzo, grande por regla general, para habituarse

á los estudios graves y á las meditaciones profundas. ¿Cómo las mujeres vencerán esta resistencia natural, cuando para vencerla no tienen objeto, cuando se les dice que no la pueden ni la deben vencer, y cuando tienen para ello hasta imposibilidad material? Si ciertas facultades sólo se revelan con el ejercicio continuado, cuando este ejercicio falta, de que no se manifiestan ¿debe concluirse que no existen? ¡Extraña lógica! Tanto valdria afirmar que un hombre no tiene brazos, porque habiéndolos tenido toda la vida ligados y en la inaccion, no puede levantar un grande peso. Y decimos *grande*, porque la mujer no aparece privada de ninguna de las facultades del hombre: como él, reflexiona, compara, calcula, medita, prevé, recuerda, observa, etc. La diferencia está en la intensidad de estas funciones del alma y en los objetos á que se aplican. Su esfera de accion es más limitada, pero no vemos que en ella revele inferioridad. La inferioridad, dicen, apareceria si la esfera se ensanchase. Esto es lo que no hemos visto domostrado con razones; esto es lo que nádie puede probar con hechos; esto es lo que importa mucho que se averigüe, y esto es lo que con el tiempo se averiguará. Palabras sonoras, pero vacías; autoridades, costumbres, leyes, rutinas, y el ridículo y el tiempo; esto es lo que suele traerse al debate en vez de razones. En tratándose de las mujeres, los mayores absurdos se sientan como axiomas que no necesitan demostracion.

Ni el estudio de la fisiología del cerebro, ni la

observacion de lo que pasa en el mundo, autorizan para afirmar que la inferioridad intelectual de la mujer sea *orgánica*, porque no existe donde los dos sexos están igualmente sin educar, ni empieza en las clases educadas, sino donde empieza la diferencia de la educacion.

CAPITULO III.

Inferioridad moral de la mujer.

Hay algunos autores (les haremos el favor de no citarlos) que afirman la inferioridad moral de la mujer: hay algunas leyes que no se comprenden si no son consecuencia de la misma opinion, y la suponen tambien algunas costumbres, aunque pocas, y próximas á desaparecer. En las costumbres, este error puede decirse que acaba, que está agonizando.

¿Qué es la superioridad moral? Comparando dos séres libres y responsables, es moralmente superior al otro aquel que tenga más bondad y más virtud, aquel que sienta ménos impulsos malos y los enfrene con mayor energía, aquel que haga más bien y ménos mal á sus semejantes, y para decirlo brevemente: aquel que sea *mejor*. ¿El hombre es *mejor* que la mujer? Investiguémoslo.

La bondad es sensibilidad, compasion y paciencia. ¿El hombre es tan sensible, tan compasivo y tan paciente como la mujer? Suponemos que no habrá ninguno bastante obcecado para responder afirmativamente; mas por si le hubiere, que al cabo existen en el mundo séres inverosimiles, nos haremos cargo de algunos hechos de tanto bulto, que quien no los vea podrá palparlos.

La paciencia de la mujer, facultad que tiene bien ejercitada, se echa de ver en todas las situaciones de la vida. Niña, empieza á auxiliar á su madre, á cuidar á sus hermanos pequeñuelos, á ocuparse en faenas minuciosas y en labores de un trabajo prolijo, que acepta sin murmurar, y á que sería difícil, sino imposible, sujetar á ningun niño. Madre, tiene con sus hijos una paciencia verdaderamente infinita, de que ni remotamente es capaz el hombre. Sin que creamos que todos los maridos son unos tiranos, sabiendo, por el contrario, que hay muchos, muchísimos muy buenos, y que cási todos son mejores de lo que deberia esperarse dadas las leyes, las opiniones y el estado de inferioridad intelectual de la mujer, no obstante, no nos parece dudoso que, generalmente hablando, la paz de los matrimonios exige mayor paciencia de la esposa, que con pocas excepciones es la más paciente.

Teniendo ménos fuerza, es providencial que la mujer tenga más paciencia; si no sucumbiria en una lucha fácil de provocar é imposible de sostener.

Que la sensibilidad de la mujer es mayor se ve

harto claro, áun sin observarla; todo la conmueve, todo la impresiona más que al hombre. Se asusta, se exalta, se entusiasma, adivina ántes que él. Su ¡ay! es el primero que se escucha, su lágrima la primera que brilla; los dolores le duelen más, y cuando el hombre se extremece, ella tiene una convulsion. El fisiólogo dice que es más *irritable*, el vulgo que es más *débil;* pero todos convienen, porque es evidente para todos, en que es más *sensible*.

¿Quién cuida del niño abandonado, del enfermo desvalido y del anciano decrépito? ¿Quién halla disculpa para todos los extravíos del triste? ¿Quién tiene lágrimas para todos los afligidos? ¿Quién no puede ver llanto sin llorar? ¿Quién padece *con* los que sufren y es *compasiva*, sino la mujer? ¿Cuándo el hombre se duele como ella de los ajenos dolores, ni con tanto afan les busca consuelo? En la plaza pública y en el hogar doméstico, en el hospital y en la inclusa, donde quiera que haya un dolor, la mujer aparece más compasiva que el hombre.

Siendo más paciente, más sensible y más compasiva, ¿no podremos concluir que es *más buena?*

Y si cuando se trata de consolar á los tristes la mujer se presenta la primera, ¿lo es tambien para hacer desgraciados, para causar mal? ¿Infringe los preceptos de Dios y las leyes humanas? ¿Ataca la honra, la vida y la propiedad con tanta frecuencia como el hombre? Aquí responden los números.

La mujer, más impresionable, ménos educada,

puesta á veces por la opinion en circunstancias terribles, oprimida otras por la fuerza brutal; reducida muchas á la miseria por la sociedad que le cierra la mayor parte de los caminos para ganar su subsistencia, escuchando el grito horrible de sus hijos hambrientos cuando no tiene pan que darles, recibiendo el bofeton ignominioso del desprecio público cuando ha sido débil, expuesta al tedio por falta de ocupacion racional y útil, la mujer debia abandonarse á la desesperacion con más frecuencia que el hombre y recurrir más veces al suicidio. Y, sin embargo, no es así; el ser débil soporta con mayor fortaleza una vida de dolores; lucha hasta caer herida por la mano de Dios omnipotente, y no por la suya culpable. La proporcion varía de unos países á otros; pero en todos es corto el número de mujeres que se suicidan comparado al de los hombres.

No falta quien diga que esto es cobardía, ¡como si el suicidio fuera un acto de valor, y como si las mujeres no supieran arrostrar la muerte cuando el deber ó la caridad lo mandan, como si retrocedieran ante el peligro en los cataclismos y las epidemias!

Las mismas causas que debieran impulsar al suicidio más mujeres que hombres, debian llevar mayor número á las cárceles. Más pobres, más despreciadas y con peor educacion, están en las circunstancias más propias para ceder á las tentaciones del crimen y pagar mayor tributo á la prision y al patíbulo. No sucede así. En ningun pueblo del mundo puede compararse la criminalidad de la mujer con

la del hombre, ni por el número ni por la gravedad de los delitos. En los Estados-Unidos, donde están mejor educadas y tienen mayor facilidad de ganar el sustento honradamente, el número de mujeres criminales es tan corto, que al establecer el sistema penitenciario, creyeron los reformadores que podian prescindir de ellas. En España la proporcion de criminalidad entre los dos sexos es de *siete* hombres por *una* mujer, y miéntras en los hombres la cuarta parte de los delitos son contra las personas, entre las mujeres, uno de trece.

Cuando la mujer, en las malas condiciones en que está, hallando tantas dificultades para proveer á su subsistencia, careciendo de educacion y siendo poco considerada, en general, se ve más en las casas de beneficencia y ménos en las prisiones que el hombre; es decir, que hace á la sociedad más bien y ménos mal, ¿no podremos afirmar que es mejor?

Observando con atencion é imparcialidad no es posible desconocer la superioridad moral de la mujer. Sus pasiones son ménos violentas, y ménos fuertes en ella esos instintos cuya preponderancia conduce al crimen. El deseo de agradar, que torcido por una educacion absurda la lleva con frecuencia á ridículas frivolidades, la hace muy sensible á la reprobacion, y en muchos casos le sirve de freno. Tienen sus pasiones otro más eficaz, el sentimiento religioso, mucho más fuerte en ella que en el hombre. El temor de Dios la contiene, su amor la eleva y la purifica, y la esperanza en Él le da fortaleza y

resignacion; el sexo *piadoso* tiene en la piedad un elemento más para marchar con firmeza por el camino de la virtud y para levantarse cuando una vez ha caido.

Padres amantes que veis con tristeza el nacimiento de una hija porque preveis para ella más penalidades que si fuera varon, calmaos, porque esta criatura, físicamente débil y sujeta á tantos dolores, tendrá la fortaleza de la resignacion y el consuelo de la esperanza. Su mayor sensibilidad, orígen de muchas tristezas, lo será tambien de muchas alegrías; las malas pasiones la arrastrarán ménos veces, y en medio de la lucha recia con el mundo, le será más fácil hallar la paz del alma. Ni siempre que aparezca como víctima lo será en efecto, porque halla más goces en la abnegacion que en el egoismo. Si marcha más veces por los caminos de la tristeza, no frecuentará tanto los de la culpa. Sus ojos derramarán lágrimas, pero cási nunca sus manos verterán sangre. No recibais á la pobre niña reciennacida con desden ó con temor; dadle el ósculo de bienvenida, diciendo: ¡Hija del alma! Si tal vez eres ménos afortunada por ser mujer, tambien serás mejor y más virtuosa.

CAPITULO IV.

La Historia.

Lo que se llama historia en la vida intelectual de la mujer es una patraña, porque no se puede hacer la historia de lo que no existe. Las mujeres no han tenido hasta aquí vida intelectual: algunas, venciendo todo género de obstáculos, se elevaron muy altas en las regiones del pensamiento, como otras tantas protestas que decian al hombre:—Calumnias á la mitad del género humano.—Pero á estos rayos de luz se les llamó una *rara excepcion*, sin dudar ni un momento que pueda haber error ni daño en pensarlo así. Es de notar, que en todos sus juicios acerca de las mujeres, los hombres se creen infalibles: su opinion es una especie de dogma, sus ideas artículos de fe. Aun los que están dispuestos á discutirlo todo, admiten mal la discusion en este

terreno; parece que en él no se puede encender una luz sin incurrir en la nota de incendiario; que todo llamamiento es somaten, y que el órden ha de establecerse necesariamente en silencio y á tientas. Esta observacion, de cuya exactitud puede cerciorarse cualquiera, deberia dar á todos que pensar.

En los pueblos salvajes, la mujer, instrumento pasajero de placeres brutales, es horriblemente desdichada. Su feroz tirano la sacrifica y la abruma de trabajo y de dolor. Sin más ley que la fuerza ni más necesidades que groseros apetitos, oprime á la pobre esclava que no halla misericordia, porque su verdugo no sabe lo que es amor, compasion ni justicia; tampoco sabe lo que es felicidad.

La vida del bárbaro ya no es tan dura ni tan rudo su entendimiento. Empieza á pensar, á sentir, á guarecerse de la intemperie; su mujer le parece hermosa, y aunque con un amor grosero, la ama.

El hombre se civiliza, se hace más sensible, más humano, más justo; se mejora. Entónces, hasta sus necesidades materiales deben satisfacerse de un modo ménos material; quiere adornar su casa y su persona, quiere que la mujer sea bella, y para esto necesita pensar en que al ménos materialmente no sufra, y cuida en efecto de que sus sufrimientos no disminuyan sus atractivos: este egoismo está ya muy léjos del egoismo salvaje, y prueba bien que el hombre es mejor á medida que es menos grosero. Cuando da un paso más, cuando su corazon empieza á tener necesidades, cuando se apercibe que en

aquel sér donde al principio no habia visto más que belleza material hay tesoros de amor que pueden serlo de dicha para él, entónces el instinto se hace sentimiento, se purifica, se espiritualiza y el placer se convierte en felicidad. Pero veleidoso, busca el bien en uniones pasajeras, ó grosero todavía, se deja arrastrar muchas veces por sus instintos brutales. Entónces aparece una religion que diviniza la castidad, santifica el amor, bendice la union de los dos sexos y hace del matrimonio un sacramento. La mujer puede considerarse doblemente redimida por el que murió en la cruz.

Elevada á compañera del hombre, quedó moralmente rehabilitada. El guerrero del norte rompió lanzas por su belleza y por su virtud; su amor formó el caballero, hermosa creacion que puso un freno á la fuerza, dió amparo á la debilidad, y apoyo á la justicia. La virtud de la mujer fué una necesidad para la familia, y con su honra se identificó el honor del esposo y del padre.

Así ha vivido mucho tiempo elevada hasta el hombre por el corazon, considerada inferior á él porque era físicamente más débil, y la fuerza lo era todo en la sociedad. Pero la manera de sér de los pueblos cambia; empiezan á cultivarse las artes y las ciencias; al ejercicio de los músculos sucede el de las facultades intelectuales, y el mundo recibe leyes, no del que maneja con mas bríos una lanza, sino del que discurre mejor. El hombre estudia, medita, sabe, y así como al principio de la civiliza-

cion quiso adornar materialmente á la mujer para gozarse más en su hermosura física, ahora empieza á sentir un vacío, viendo que no puede asociarla á los altos goces de la inteligencia, y se ha preguntado:—¿La mujer podrá ser verdaderamente mi compañera? — Sus facultades intelectuales cultivadas, ¿podrán levantarse hasta las altas regiones del pensamiento?—¿Su razon podrá comprender la mia y auxiliarla?—A estas preguntas el hombre no ha respondido todavía, pero el problema se ha planteado y el tiempo despejará la incógnita.

En todas las cuestionas de sentimiento, de honra, de delicadeza y de conciencia, la mujer ha mostrado que llega á donde puede llegarse, apénas se la ha sacado del envilecimiento en que yacía. Tratándose de las facultades intelectuales no ha podido hacer esta demostracion por estarle vedada el terreno en que se cultivan. Alguna vez se ha entrado por él con gran trabajo y no pequeño peligro, recogiendo ópimos frutos y siendo calificada, como hemos dicho, de excepcion rara, y que no se admite como argumento en pró de su inteligencia. Algunos hechos hay sin embargo que hablan muy alto en favor de ella.

El hombre, padre cariñoso, no ha querido privar á su hija, porque no era varon, de la herencia paternal, y cuando las naciones se consideraban como el patrimonio de los reyes, á falta de varon, las mujeres han subido al trono. ¿Han dado á esa altura muestras de incapacidad intelectual? Cuéntese

el número de reyes y de reinas en los países en que las hembras pueden ceñir la corona, y véase si no están en mayor proporcion las reinas notables por sus talentos y aptitud para el mundo. Isabel I, Doña María de Molina, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, las Catalinas de Rusia, forman un grupo de mujeres inteligentes, que si se compara al corto número de las que han reinado, debe hacer pararse al más resuelto campeon de la inferioridad intelectual de la mujer.

En las artes se distinguen las mujeres á pesar de la desventaja con que las cultivan. Aunque por regla general, con ménos instruccion que el hombre, no se muestran inferiores en la escena, y son cómicas, trágicas y cantantes eminentes. ¿Para esto no se necesita inteligencia, y mucha inteligencia?

En el trono y en el teatro, que es donde han podido brillar los talentos de la mujer, brillan, cuando ménos, al par de los del hombre? ¿Qué razon hay para sostener, para sospechar siquiera que en otros terrenos, si no se le vedasen, no manifestara igual aptitud?

Y si de los hechos públicos que pueden consignarse en la historia pasamos á los privados y observamos en el hogar doméstico, ¿quién no recuerda haber oido en su casa ó en las ajenas, que muchas veces, comparando á los hermanos de diferente sexo, se dice: «Aquí están cambiados; la fulanita de »bia ser hombre, porque aprende incomparablemen- «te mejor que su hermano, etc.?» Al cabo de algunos

años, las aventajadas facultades de la niña estarán por falta de ejercicio embotadas en la mujer, que será vulgar, y el hermano habrá recibido un título académico, y será muy superior á ella, y su superioridad será un hecho y un argumento poderoso en favor de la de su sexo.

En los adultos no educados no se advierte diferencia en las facultades intelectuales de los dos sexos. Tampoco se nota entre los niños y niñas de las clases educadas. Problema: *Para las personas que reciben educacion,* ¿Á QUÉ EDAD EMPIEZA *la superioridad intelectual del hombre?* Se puede ofrecer un buen premio al que le resuelva, en la seguridad de que no le alcanzará nádie. La cuestion así planteada, ¿no parece ridícula? Seguramente, porque la lógica del absurdo lleva al dolor ó al ridículo.

La historia, es decir, la experiencia, ó calla ó dice: *La inteligencia de la mujer no es inferior á la del hombre.*

. . . . . .

. . . . . .

Terminando este escrito llega á nuestras manos uno en que se da noticia de la instruccion superior de las mujeres en los Estados-Unidos. Por él se ve que la cuestion de si la inteligencia es igual en los dos sexos, está *de hecho* resuelta afirmativamente. Copiaremos algunos párrafos de M. Trippeau, que es el autor de esta interesante noticia. Dice así:

«No fueron los pobres maestros de escuela los

»que menor tributo pagaron á la muerte en esta »guerra (la de los Estados del Norte con los del Sur). »Del Estado de Connecticut solamente se alista»ron 2.500 en el ejército del Norte y han sido conta»dos los que han vuelto á su hogar. Fué necesario, »pues, que las maestras se multiplicaran para sus»tituirlos, y así se verificó; de tal modo, que de ca»da 100 escuelas de los Estados-Unidos, 70 se ha»llan dirigidas por mujeres.

»Las consecuencias de la guerra han sometido el »talento de las mujeres á una nueva prueba. El triun»fo del Norte sobre el Sur ha rescatado una pobla»blacion de negros calculada en 4.000.000 de al»mas que gemian sujetas á la ominosa esclavitud. »La religion y la humanidad, como era consiguien»te, se ocupan en aliviar la suerte de los infelices, »que al dia siguiente de ser manumitidos se veian »arrojados por sus señores y obligados á buscar el »sustento y el de sus hijos en el trabajo. Pero en »los Estados-Unidos no podian faltar numerosas »asociaciones para la fundacion de escuelas, y en »efecto, en los del Norte se fundaron más de 6.000 »para los niños negros de ambos sexos. Con este »motivo se hizo un llamamiento entusiasta á las »personas bien acomodadas, de esas que allí se aso»cian siempre, y ya como por costumbre, á todos »los actos de beneficencia, y desde el año de 1863 »se han establecido 4.000 escuelas para la juventud »de color en los Estados del Sur.

»La enseñanza en estos nuevos centros de cari-

»dad y de instruccion se han encomendado á las mu-
»jeres, á estas generosas misioneras de la ciencia, que
»no han vacilado en abandonar su país y sus fami-
»lias para consagrarse á un trabajo penoso de suyo,
»y mas todavía por la acogida poco benévola que de
»ordinario encontraban en las poblaciones donde se
»establecian. Yo he tenido ocasion de verlas en el
»ejercicio de sus funciones, y no sé qué admirar más
»si su celo é inteligencia, ó los sorprendentes resul-
»tados de su enseñanza. Así se explica, que en las
»memorias anuales de los superintendentes de las
»escuelas públicas, se consigne siempre por estos
»funcionarios, que las mujeres demuestran en el
»magisterio una inteligencia, una habilidad y un
»tacto, que difícilmente se encontraria en los hom-
»bres, hasta el punto, de que si de algo se las
»puede motejar, es del excesivo ardor con que se
»entregan al trabajo, á veces con perjuicio de su
»salud.

»La enseñanza en las escuelas públicas de los
»Estados-Unidos dista mucho de hallarse encerrada
»en los límites de la que nosotros llamamos instruc-
»cion primaria; puesto que comprende las materias
»de la escuela elemental, las de los colegios de en-
»señanza especial y la mayor parte de las que son
»propias de los Liceos (Institutos en España), y con
»ser así, se dispensa gratuitamente á los alumnos
»de ambos sexos, desde cinco hasta diez y ocho años.
»Latin, Griego, Aleman, Francés, Historia (en par-
»ticular de los Estados-Unidos), Geografía, Litera-

»tura, Aritmética, Algebra, Geometría, Astronomía, »Física, Química, Historia natural, Anatomía; to- »das estas lenguas y ciencias se enseñan así á las ni- »ñas como á los niños, reunidos en las mismas es- »cuelas, en las mismas salas, y generalmente sen- »tados en los mismos bancos.

»Ahora bien; como hay muchos Estados que pa- »ra la enseñanza prefieren decididamente á las maes- »tras, calcúlense los conocimientos que deberán ate- »sorar para obtener su título de capacidad. Así es, »que nada asombraria tanto á un habitante de Nue- »va-York, de Boston ó de Filadelfia, como el que »se tratase de convencerle, de que entre las diferen- »tes ramas de los conocimientos humanos, hay algu- »nas que deben reservarse á los hombres con ente- »ra exclusion de las mujeres.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Mr. Vassar, enriquecido por el comercio, con- »cibió la idea de consagrar su pingüe fortuna á la »creacion de un gran establecimiento de enseñanza, »en donde las jóvenes pudieran recibirla tan vasta »como la que se da á los varones en los mejores »colegios de los Estados-Unidos. Para realizar se- »mejante proyecto se puso en relacion con los hom- »bres más entendidos, de los que en diferentes paí- »ses se dedicaban á elevar por medio de la enseñan- »za el nivel intelectual de las mujeres, y en 1861 »puso por obra su plan, que habia meditado mucho,

»y fundó el colegio que de su nombre se llama »*Vassar*.

»El dia en que la Legislatura de Nueva-York, »aceptando el ofrecimiento hecho por el Sr. Vassar, »decretó la incorporacion de este colegio á la uni- »versidad, es una fecha inportante en la historia »de la instruccion pública de los Estados-Unidos, »porque en ella quedó solemnemente reconocido »el derecho de la mujer á recibir la enseñanza »superior, hasta entónces reservada á los hom- »bres, proclamándose con no ménos solemnidad el »principio de igualdad, de inteligencia en ambos »sexos.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»La edad de catorce años es la fijada para que las »alumnas sean admitidas en el colegio, en donde los »estudios duran cuatro años. Para cursar el prime- »ro de estos se requiere que las aspirantas sepan tra- »ducir y comentar de César (4 libros), de Ciceron (4 »discursos), de Virgilio (6 libros), y que hayan es- »tudiado Algebra hasta las ecuaciones de segundo »grado, Retórica y un compendio de Historia ge- neral.

»La enseñanza de los cuatro años comprende: la »de las lenguas latina, griega, francesa, alemana, »é italiana; la de las matemáticas, física, química, »geología, botánica, zoología, anatomía, fisiología,

»retórica, literatura inglesa, literatura extranjera, »logica y economía política.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»La consideracion más importante que nos ins- »pira el colegio *Vassar*, es que las alumnas no re- »sultan inferiores bajo ningun concepto, y sean cua- »lesquiera los estudios á que se dediquen, á los jó- »venes de los demás colegios que tienen la misma »edad y circunstancias. De ello he podido conven- »cerme plenamente asistiendo, como lo he hecho, á »todas las clases y viendo á las alumnas siempre »dispuestas á contestar con el mayor lucimiento á »cuantas preguntas se les dirigian. Iguales resulta- »dos he tenido ocasion de observar en los demás es- »tablecimientos de enseñanza superior destinados á »las mujeres.»

Estos hechos, ¿no son de bastante bulto para hacer dudar siquiera á los que temen más comprometer su infabilidad que su justicia, y llaman bueno al camino trillado, sueño á todo lo que no se ha realizado, peligro á cualquiera innovacion, trastorno al movimiento, y creen atentatorio á la dignidad del género humano que se eleve el nivel intelectual de la mitad de él?

Todavía queda por algun tiempo el recurso de negar hechos que no son muy conocidos; pero dia vendrá en que sean evidentes y abrumadores para los que miran con desden las teorías. Dia vendrá en

que los hombres eminentes, que hoy sostienen la inferioridad intelectual de la mujer, serán citados como prueba del tributo que á veces pagan á su época las grandes inteligencias, y se leerán sus escritos con el asombro y el desconsuelo que causa ver en los de Platon y Aristóteles la defensa de la esclavitud.

CAPITULO V.

Consecuencia para la mujer de su falta de educacion.

El error de que las facultades intelectuales de la mujer son inferiores, y muy inferiores á las del hombre, tiene fatales consecuencias como todos los errores, y más que muchos. Los hay que se podrian llamar simples y otros compuestos; el que tratamos de combatir hoy es de los últimos, y sus resultados se extienden y ramifican al infinito. Aunque la injusticia y el error son malos para todos, aunque cuanto perjudica á la mujer es en perjuicio del hombre, y no puede haber cosa mala para entrambos, que sea buena para la sociedad; á fin de fijarnos mejor, veremos las consecuencias de la supuesta inferioridad de la mujer.

Primero. Para ella.

Segundo. Para el hombre.

Tercero. Para la sociedad.

En el órden moral, la mujer se encuentra rebajada, porque no se puede separar la moralidad de la inteligencia. De aquí el que la legislacion la haya tratado como menor en muchos casos, dado poco valor á su testimonio, y que sólo por las necesidades de la justicia, á impulsos de la conciencia é incurriendo en grave contradiccion, se la iguale al hombre. Esta desigualdad ante la ley la perjudica, no sólo por los derechos de que la priva, sino por lo que disminuye su prestigio. Rebajada la mujer en el concepto de todos y en el suyo propio, no reclama, no puede reclamar ni áun los derechos que tiene. Todo lo ignora, todo lo teme, todos se atreven á vejar *á una mujer sola,* y la letra de la ley es muerta cuando la favorece, si no hay una persona del otro sexo que haga valer su justicia. Estos valedores son rara vez desinteresados, y por regla general, la engañan y la explotan, sin que pueda evitarlo, sin que lo intente siquiera, porque ella es la primera convencida de su inferioridad.

Las desdichas que esto le acarrea, no tienen cuento: soltera, ve disminuirse y tal vez desaparecer el fruto de los sudores de su padre; viuda, mira acaso sumidos en la miseria á sus hijos, que podrian vivir holgadamente sin su incapacidad para los negocios: soltera, casada ó viuda, es tenida y se tiene por incapaz de ninguna profesion que exija inteligencia, y esto es lo más grave de todo.

La ley prohibe á la mujer el ejercicio de todas las profesiones: solo en estos últimos tiempos se la

ha creido apta para enseñar á las niñas las primeras letras.

La opinion ha sacado las últimas consecuencias de estas premisas y ha ido mucho más allá que la ley. En cuanto un trabajo, aunque sea mecánico, exige alguna inteligencia, no se permite á la mujer que en él tome parte, ni ella lo intenta. Cosa bien material es escribir, pero como es preciso, ó por lo ménos conveniente tener ortografía, no hay escribientas. Bien propios para las delicadas manos de una mujer son los trabajos de relojería, pero como conviene saber un poco de mecánica, aunque sea rutinaria, ya no hay relojeras. Así podríamos continuar haciendo una larga lista de oficios lucrativos que no exigen fuerza muscular y á que no pueden dedicarse las mujeres. En cambio, llevan grandes pesos, sobre todo en algunos países: son lavanderas, etc.

Hay muchos oficios que no exigen mayor inteligencia que otros á que se dedican las mujeres, monopolizados no obstante por los hombres, nada más que porque asi es costumbre. Esto consiste en que la vida toda de la mujer esta encadenada á la rutina; en que el uso, bueno ó malo, es para ella ley; y en que el ridículo la amenaza apénas quiere salir del carril trazado. ¿Cómo con su falta de iniciativa, con su debilidad y la idea que tiene de su incompetencia, podrá superar tantos obstáculos? No lo intenta. Su trabajo queda reducido á ocupaciones cada dia ménos retribuidas, porque las máquinas le hacen

una competencia imposible de sostener, y si resta alguna tarea á que pueda dedicarse, acuden tantas operarias, que precisamente les ha de dar la ley, y una ley dura, el que les dé trabajo.

Si se exceptúa alguna artista, alguna maestra y alguna estanquera, en ninguna clase de la sociedad la mujer puede proveer á su subsistencia y la de su familia. Hija, no puede auxiliar á sus padres ancianos; esposa, no puede ayudar al esposo; madre, se ve en el mayor desamparo si la muerte la deja viuda ó la perversidad de su marido la abandona. De aquí la miseria y la desdicha bajo tantas formas: de aquí la prostitucion, y los matrimonios prematuros ó hijos del miserable cálculo y triste necesidad, porque el matrimonio es la única carrera de la mujer.

El concienzudo autor que ha estudiado la prostitucion en París, observa, que la mayor parte de las mujeres que figuran en los afrentosos registros, habian sido lanzadas por la miseria al abismo de la prostitucion. ¡Cuántas víctimas se le arrancarian si se dejaran á la mujer expeditos todos los caminos para ganar honradamente su subsistencia, si la ley y la opinion no le creasen obstáculos por todas partes, si no tuviera que sostener una lucha en que es á veces tan difícil que triunfe su virtud!

La prostitucion es para la mujer el más horrible de los males, y repetiremos con este motivo lo que decíamos hace años en un libro impreso, pero no leido (1).

(1) *Cartas á los delincuentes.*

«Nunca se conmueve tan tristemente mi cora-
»zon, como al entrar en un hospital de mujeres
»donde se curan las enfermedades consecuencia de
»la prostitucion. Allí las enfermas no suelen quejar-
»se; saben que á nadie inspiran lástima, y procuran
»sofocar el dolor físico lo mismo que el dolor moral,
»con chanzas obscenas, y con blasfemias y con car-
»cajadas que, como las de un loco, hacen llorar.
»Quieren embriagarse con el vicio, no les queda
»otro recurso; quieren escupir sobre las cosas san-
»tas parte del desprecio que inspiran; quieren ne-
»gar lo que para ellas está vedado; quieren reirse
»del mundo para vengarse del dolor que les causa.
»¡Pobres mujeres! Son y se sienten desdichadas, y
»lo confiesan, cuando llega á su lado alguna de esas
»almas que tienen bastantes lágrimas de compasion
»para sofocar el fuego siniestro que brilla en la pu-
»pila de la prostituta. ¿Quién puede mirar sin pro-
»funda lástima aquel sér tan infeliz y tan degradado,
»que lleva su extravío hasta hacer gala de lo que de-
»bia causarle vergüenza? ¿Quién no se aflige al ver
»á aquella mujer que fué inocente y fué pura, que
»pudo ser respetada, querida, y hoy para ganar pan,
»arroja su cuerpo al muladar del vicio que le enve-
»nena, vende por algunos reales á un hombre re-
»pugnante el derecho de trasmitirle una enfermedad
»asquerosa, y pasa continuamente de los brazos de
»la lujuria á la cama del hospital, donde á nadie ins-
»pira compasion, donde á todos cáusa desprecio y
»asco, donde se la cura para que vuelva á servir co-

»mo á un animal que enferma, y curado puede ser »útil? Digo mal; esta comparacion no da todavía »idea de lo que inspira en el hospital la mujer des- »honesta, cuando sus mismas compañeras se burlan »de sus dolores, y cuando el practicante, al cortar ó »quemar sus carnes, le dirige, por via de consuelo, »alguna obscena chanza. Si no muere jóven, ¡qué »cosa más digna de compasion que su vejez antici- »cipada y su muerte que nadie llora!

»La mujer criminal es sin duda más odiosa, pe- »ro no hay nada tan despreciable como la mujer des- »honesta; no hay hombre tan vil, que no se juzgue »superior á ella y la desdeñe. Como la primera ne- »cesidad de su sér moral es inspirar amor y sentir- »lo, como por más que haga la mujer no puede ser »feliz, sino queriendo y siendo querida, la mujer des- »honesta es profundamente desgraciada; cuando dice »otra cosa, miente, y mentira son su gozo cuando »parece alegre, su contento cuando canta y su sa- »tisfaccion cuando rie. Si pudiera verse el corazon »de las mujeres impúdicas que por algun tiempo pa- »recen dichosas, se veria su desgracia como una llaga »incurable, cubierta con paño lujoso: y digo algun »tiempo, porque si la felicidad fuera posible, no du- »raria más que su hermosura, que dura bien poco.»

A esta inmensa desdicha de la mujer contribuye eficazmente la falta de educacion y la imposibilidad en que muchas veces se halla de ganar honradamente su subsistencia, por no poder ejercer ninguna profesion ni oficio lucrativo.

Es preciso ver cómo viven las mujeres que no tienen más recursos que su trabajo; es preciso seguir paso á paso por aquel *via crucis* tan largo, luchando de dia y de noche con la miseria, dando un adios eterno á todo goce, á toda satisfaccion; encerrándose con su destino como con una fiera que quiere su vida, y que la tiene al fin, porque la enfermedad acude y la muerte prematura llega. ¿Cómo no ha de llegar, llamada por la viciada atmósfera de la reducida habitacion, por la humedad y el frio intenso y el excesivo calor, y la mala comida y escasa, y el trabajo continuo que no basta para libertar de la miseria á los séres queridos, y tantas penas del alma, y tantas lágrimas de los tristes ojos á los que no trae alegría el sol al salir, ni promete descanso la campana que toca la oracion de la tarde? Quien ve estas existencias y las comprende y las siente, se admira de que no sea mayor el número de las prostitutas, de las suicidas, de las criminales, y cree en Dios y en su conciencia, que debe pedir educacion para la mujer, que debe reclamar para ella el *derecho al trabajo*, no en el sentido absurdo de que el Estado esté obligado á darle, sino partiendo del principio equitativo de que la sociedad no puede en justicia prohibir el ejercicio honrado de sus facultades á la mitad del género humano.

Y aunque no giman luchando con los horrores de la miseria, y aunque no se vean unidas á un hombre que no aman ó que les es antipático, y aunque no se atropelle su derecho y no se menoscabe su ha-

cienda, ¡cuántos sinsabores y cuánto tédio acibaran la vida de la mujer por su mala educacion!

Falta de autoridad en las cosas que no son de su competencia, es decir, en todo lo que no se refiere á los cuidados domésticos, ve extraviarse el esposo ó el hijo, lo siente con su instinto ó lo percibe con su natural razon, y se esfuerza para apartarlos del mal camino; pero se esfuerza en vano, porque le imponen silencio con un—*¿Qué entendeis las mujeres de esto?*—y le es preciso callar hasta que llore los males que habia previsto y que su falta de prestigio no pudo evitar. Harto frecuente es ver que los hombres cometen los desaciertos y las mujeres sufren sus consecuencias; que la que el dia del consejo no fué escuchada, el dia de la desventura tenga lá primera voz para la resignacion, y el consuelo y el sacrificio.

El tédio es otra consecuencia de la falta de educacion en las mujeres; muchas *temen los dias de fiesta*. Y no se crea que el tédio es un mal de poca importancia y que no puede influir poderosamente en la felicidad doméstica y poner en riesgo la virtud: tal vez es un enemigo más terrible que el dolor. El dolor es activo, se gasta con el tiempo, se alivia; el tédio es una cosa pasiva, es un vacío que se siente siempre lo mismo, si no se siente más. El dolor ocupa, no deja á la imaginacion que se estravíe más que en una direccion: si alguna vez da oidos á la tentacion del crímen, rechaza las sugestiones del vicio; el tédio puede escuchar todas las voces tentadoras, tiene caminos para todos los estravíos, y no hay

aberracion que en un momento dado no pueda servirle de espectáculo. El dolor es motivado, impone respeto; el fastidio vago, sin causa determinada, halla poca tolerancia: el dolor hiere, el fastidio corroe.

En la vida íntima, una mujer muy fastidiada es difícil que no sea muy fastidiosa, á ménos que tenga grandes tesoros de cariño y de bondad; y más difícil aún que el hombre tolere paciente un malestar á su parecer inmotivado. Su esposa tiene que comer y que vestir, y la casa bien amueblada; ni sus hijos le dan disgustos, ni él tampoco; todos disfrutan salud; ¿qué le falta á quella criatura, y por qué se le ha de tolerar su mal humor, á ella que, más joven, tenía tan buen carácter? No se lo tolera, y se impacienta, y la paz se turba, y le es desagradable su casa, y tal vez busca en otra satisfacciones culpables.

El hombre que no halla razon para tolerar el mal humor de su compañera, no repara que su amor se ha convertido en amistad, acaso tibia; que sus hijos no la ocupan ya incesantemente como en la infancia; que se van de casa á sus ocupaciones y á distraerse como él, y que su mujer pasa la vida cási sóla. Los cuidados domésticos la ocupan, pero no lo bastante; no pueden satisfacer las necesidades de su sér moral é intelectual, y cuanto más activa sea y más inteligente, estará peor.

Si es devota, corre riesgo de hacerse beata; si no lo es, está en peligro de disiparse, arruinando á su marido con lujo y diversiones, suponiendo que no le deshonre con excesos; cuando no le suceden ningu-

na de estas dos cosas, se fastidia en el hogar doméstico, siendo realmente desgraciada. El tédio es una enfermedad del entendimiento que no acomete sino á los ociosos. Las ocupaciones de la mujer no le ocupan más que las manos; llega un tiempo en que á fuerza de abusar de ella en trabajos minuciosos, casi microscópicos, la vista le falta, y hasta la ocupacion manual queda reducida á muy poca cosa.

Si las mujeres no tuvieran facultades intelectuales, debian estar satisfechas cuando no sienten grandes penas en el corazon ni les falta lo necesario para la vida material; no obstante, no es así. Tal vez se nos arguya diciendo que incurrimos en un error de hecho; que las mujeres á que aludimos, cuando no se quejan, prueba es de que se encuentran bien, y que su desdicha es obra de nuestra imaginacion ó del deseo de hallar argumentos en confirmacion de nuestras opiniones.

No son los hechos una cosa tan fácil de ver como se cree. ¡Cuántos hombres tocan los desdichados efectos del tédio de su mujer sin sospechar la causa! ¡Cuántas mujeres se hallan mal, ó tal vez son desgraciadas sin que acierten por qué, y miran como inevitable su malestar, atribuyendo á sus nervios, á su desdicha ó á su culpa, lo que es consecuencia de la inaccion de sus facultades más nobles!

El tédio de la mujer hace grandes estragos en la paz doméstica; enemigo invisible y poderoso, parece como que se identifica con las existencias que envenena, y se presenta con el poder de la fa-

talidad. Es probable, es cási seguro, que muchos lectores creerán que exageramos sus consecuencias; pero todo el que le observe con atencion se convencerá del daño que hace, de que produce un malestar en la mujer que se comunica á la familia, y es como ciertas enfermedades que revisten mil formas, pero cuyo orígen es el mismo. Fuera de los casos excepcionales de virtud heróica ó bondad sublime, cierto grado de malestar es un obstáculo insuperable para derramar el bien en derredor de sí; y cuando se derrama, hay siempre en él una acritud ó una melancolía que revelan su triste orígen.

Todos estos inconvenientes y otros muchos, se remediaban con que las mujeres tuvieran ocupaciones útiles y racionales, ocupaciones que las *ocupasen*, y en que entrase en mayor ó menor escala el ejercicio de las facultades más nobles. Las personas que empleen todas las que han recibido de la naturaleza, serán desgraciadas cuando Dios les mande alguna terrible prueba, pero no se fastidian nunca: el tédio es hijo de la ociosidad.

Otro inconveniente de no levantar el espíritu de la mujer á las cosas grandes, es hacerla esclava de las pequeñas. Las minuciosidades inútiles y enojosas, los caprichos, la idolatría por la moda, la vanidad pueril, todo esto viene de que su actividad, su amor propio, tiene que colocarse *donde puede*, y hallando cerrados los caminos que conducen á altos fines, desciende por senderos tortuosos á perderse en un intrincado laberinto. Las necesidades

verdaderas, segun la clase de cada uno, tienen límites; no los hay para las del capricho y la imaginacion, que pide al lujo goces acaso incompatibles con la honra. La mujer se hace esclava del figurin y de la modista, cifrando su bienestar en la elegancia y la riqueza de su traje, y en que la casa esté lujosamente amueblada. Hay pocas disposiciones de nuestro espíritu con tendencias tan invasoras como la vanidad: se desborda si no se le pone coto. ¿Y cómo podrá contrarestarla con sólidos diques el entendimiento de la mujer sin educacion y sin ejercicio? Léjos de hallar grandes obstáculos, la vanidad encuentra poderosos auxiliares en las ocupaciones, en los hábitos, en los devaneos intelectuales de la mujer, y así hace en ella tantos estragos; al verlos se llaman inclinaciones innatas á las monstruosidades engendradas por el error, é imperfecciones naturales á la ignorancia de la naturaleza ó á la impiedad de querer desfigurar con mano sacrílega la obra de Dios.

Es una inmensa desdicha para la mujer el dar mucha importancia á lo que tiene poca poniéndose bajo el yugo de las cosas pequeñas. Como son tantas, la desgracia puede venirle de muchas partes, y á veces sin voluntad ó sin remordimiento del que la envía. En estas penas desproporcionadas al mal que las causa, se sustituye el ridículo á la gravedad; la prueba no proporciona triunfos á la virtud, ni da la resignacion ejemplo, ni purifica el dolor. La existencia de la mujer se ve muchas veces como acri-

billada por un enjambre de insectos que llegan uno á uno, fáciles de aniquilar aislados, irresistibles reunidos, y no los pisa, no los aniquila, porque ha aprendido en mal hora que es para ella imposible. ¡Cuántas veces se parece su abatimiento al de aquel loco, inmóvil en su asiento porque creia que era una gruesa cadena el hilo con que estaba atado!

¿Hay para la mujer más desdichas creadas ó agravadas por la inactividad de sus facultades intelectuales? Sí, hay otro mal que extremece: la pasion; fiero enemigo ante el cual se halla sin defensa, ¿qué decimos defensa? le presta auxilio poderoso todo su modo de sér tal como la sociedad le ha forjado en el terrible yunque de su voluntad ciega.

No es ya la mujer la hembra del bárbaro ó del salvaje, embrutecida y mártir, que apénas tiene fuerza ni tiempo más que para resistir el dolor y la opresion: no es tampoco la mujer de Oriente cuya belleza física se precia escarneciendo la hermosura de su alma; el hombre ha comprendido que su corazon es un tesoro, y la mujer del mundo civilizado y cristiano, moralmente rescatada de su largo cautiverio, es amada, puede amar, ama: sus facultades afectivas se han reconocido ántes que sus facultades intelectuales, y su corazon no se halla dentro de un círculo de hierro como su inteligencia. Así era necesario; el hombre siente ántes que piensa. El cariño, si no es mútuo, no puede ser dichoso, y el hombre no podia prohibir á la mujer el senti-

miento, sin vedarse á sí propio la felicidad. En el mundo de los afectos, la mujer tiene ya personalidad, nádie le niega su competencia y su derecho.

Tal es la situacion de la mujer: abiertos todos los caminos del sentimiento, cerrados todos los de la inteligencia. Impresionable y amante por naturaleza, toda su actividad se lanza por el único camino que no le está vedado.

Amar para ella es la vida, toda la vida; el amor es á la vez un recurso, una ocupacion, un sentimiento, y ama sin medida, ciegamente, con locura, con delirio, porque sin el amor, sin algun amor, su existencia es la negacion, es la nada. Así se la ve recorrer apasionada la escala de todos los amores, los sublimes como los ridículos, desde el santo amor de Dios, al que le inspira su perro ó su gato. Más impresionable, más amante que el hombre, para no verse arrastrada por la pasion, necesitaba mayor contrapeso que él, y no tiene ninguno. El hombre cultiva sus facultades intelectuales, preparando así el equilibrio, ya por la actividad que se reparte, ya por el adversario que el dia de la lucha hallarán los afectos en la razon ilustrada. El hombre tiene una vida activa y necesidad de prestar atencion á las cosas exteriores y de concentrarla en los trabajos del espíritu; así puede prestar ménos al sentimiento, teniendo contra sus estravíos armas poderosas para defenderse. Su existencia es compleja, el bien y el mal tienen muchos caminos, pero lleva en sí medios variados para buscar el uno y huir el otro.

La vida de la mujer es sedentaria y monótona: no tiene ni actividad ni variedad. Si es vulgar, admite el amor, cualquier amor, como pasatiempo; si no lo es, ama con vehemencia, con pasion. Toda la febril actividad de su alma se concentra en un solo punto, ninguna cosa la distrae de su peligroso éxtasis, y el dia que se extravía, nada la contiene, y el dia que se aflige nada la consuela, porque un sér era la luz de sus ojos, y cuando la pierden quedan en la oscuridad y ven extrañas visiones. El mundo con sus trabajos, con sus ruidos, con sus hechos, no turbó sus sueños de felicidad ni consolará las realidades de su desgracia. En sí no halla recursos para combatir la pasion, que es la única forma en que concibe la vida. Su dicha no tiene más que un molde; roto éste, es imposible. Hará oir el gemido de la mujer piadosa ó la carcajada de la prostituta, y segun el camino que elija, será digna de desprecio ó de respeto, pero nunca será feliz. La pasion para el hombre es un torrente, para la mujer un abismo.

Tal es la situacion de la mujer en el mundo civilizado y cristiano, en que tiene grande actividad la parte efectiva de su alma, miéntras permanece en letargo su inteligencia. Más impresionable y más amante por naturaleza, todos los amores de la mujer serán siempre más vehementes, pero con otra educacion, más y mejor ocupada, atrayendo una parte de su actividad á sus facultades intelectuales, que pudieran en el dia de la lucha hacer de contrapeso,

servir de faro y llenar un vacío; la mujer no se vería indefensa contra la pasion que clava en ella la garra destrozando sus entrañas. De todas sus grandes desdichas, esta es acaso la mayor. Para la mujer vehemente y apasionada, inevitables son las borrascas de la vida, lo sabemos; pero si ha de lanzarse al mar tempestuoso, no privarla siquiera de brújula y de timon.

La inteligencia que ha profundizado más en el estudio de las pasiones, Mad. Staël, dice: «..... las »leyes mismas de la moralidad, segun la opinion de »un mundo injusto, parecen suspendidas en las re»laciones entre las mujeres y los hombres; pueden »ser buenos y haberlas causado el más horrible »dolor que á un mortal le es dado producir en el »alma de otro; pueden engañarlas y pasar por ve»races; en fin, pueden recibir de una mujer servicios, »pruebas de abnegacion que unirian á dos amigos, á »dos compañeros de armas, deshonrando al que fue»se capaz de olvidarlas; pero si estas mismas prue»bas las recibió de una mujer, á nada queda obli»gado, atribuyendolo todo al amor, como si un sen»timiento, un don más, disminuyera el precio de »los otros.»

Esto es evidente. Que hay una moral para las relaciones de los hombres entre sí, y otra para su trato con las mujeres; que con ellas los compromisos, la palabra empeñada, el honor, la gratitud tienen una significacion distinta, no es cosa que puede ponerse en duda. Un hombre puede ser mil veces

infame, y con tal que lo sea con mujeres, pasará por caballero; puede ser vil, y gozar fama de digno; puede ser cruel, sin que le tengan por malo.

¿Cuál será la causa de este increible absurdo que apénas se nota, tal es la desdichada facilidad con que nos acostumbramos á respirar la atmósfera del error? ¿Cómo hay dos criterios, uno aplicable al mal que hacen á las mujeres, y otro al que pueden hacerse los hombres entre sí? La razon de esto es la supuesta inferioridad de la mujer; nada puede ser mútuo entre los que no se creen iguales. ¿A qué se juzga obligado, moralmente hablando, un orgulloso aristócrata con el último de sus criados? A muy poca cosa. Y si le habla y le considera y le compadece y no le falta en nada, dígalo ó no, cree hacerle un favor, y llama á su deber caridad. A medida que sus inferiores se aproximan á él, les concede más derechos, es decir, cree que tiene más deberes, y no le pareceria *decente* mirar á su mayordomo ó á su contador como á su mozo de cuadra.

Si recorremos la escala de las relaciones que los hombres tienen entre sí, veremos que para con el esclavo, sér inferior, vil y despreciado, apénas hay más que derechos: á medida que el hombre se levanta en la ley y en la opinion y le creemos más *semejante*, el número de nuestros deberes se va aproximando al de nuestros derechos, hasta la perfecta igualdad, en que no hay derecho que no imponga un deber.

Si el hombre no se cree obligado con la mujer

como con otro hombre, es porque la juzga inferior, y tan cierto es esto, que la opinion le permite perjudicar á una criada mucho más que á una señora, y á medida que su víctima desciende en la escala social, puede subir él en la de la maldad, sin que le llamen malvado.

Hay mujeres que se quejan del matrimonio, atribuyendo á la institucion que más las favorece, los males que vienen de otra parte. No hay contrato que establezca igualdad ni deberes mútuos entre dos séres, de los que uno se cree más perfecto que el otro. El mal no está, pues, en el matrimonio, que favorece mucho á la mujer dadas sus condiciones, sino en la desventaja con que va á él, siendo inferior en la opinion y en la realidad, porque inferior es su inteligencia no cultivada.

Bajo cualquier aspecto que se considere la vida de la mujer, se ve la necesidad de educarla y las tristes consecuencias de que no se eduque. Físicamente más débil, necesita suplir con la inteligencia la falta de fuerza muscular; más impresionable, más vehemente, há menester educar sus facultades intelectuales para que sirvan de contrapeso á los estravíos de su imaginacion y á los ímpetus de su vehemencia. El hombre, no obstante, le cierra los libros del saber, y ¡cosa increible! le permite que abra los que pueden hacerle un daño incalculable, y no lleva á mal que se envenene con novelas inmorales y que resabie su entendimiento con lecturas frívolas: más lógico y más racional era no en-

señarla á leer. Combate el tédio con las novelas, y las novelas, ¿con que las combatirá? Bebidas hay que aumentan la sed, y distracciones que, buscadas para llenar un vacío, le hacen mayor.

La falta de educacion, tan fatal para la mujer, ¿es ventajosa para el hombre? Investiguémoslo.

CAPITULO VI.

Consecuencias para el hombre de la supuesta inferioridad de la mujer.

Con decir que la mujer es la compañera del hombre; que hija, madre, esposa, hermana, marcha con él por el camino de la vida; que unidos arrostran sus borrascas y atraviesan sus desiertos, parece que se ha dicho que el hombre está interesado en que esa criatura que ha de ir con él, de la que no puede separarse, sea todo lo fuerte, todo lo perfecta, todo lo parecida á él que fuere posible, para que le ayude más, para que le comprenda mejor, y en fin, para que su compañía en muchos casos no le deje enteramente sólo. Esta verdad es tan clara, que no deberia necesitar explicacion alguna; pero como el hombre parte para formular sus opiniones

y sus leyes de los errores opuestos, necesario es combatirlos por su propio bien que desconoce.

Hay casos en que el hombre empieza á sentir ántes de nacer las fatales consecuencias de la inferioridad de la mujer.

La pobre madre abandonada por su amante ó por su marido, ó viéndolos enfermos, necesita dedicarse á un trabajo superior á sus fuerzas, no tiene pan, sufre amarguras y dolores punzantes, que influyen en la criatura que lleva en su seno. ¡Quién sabe si la expondrá en el torno de una inclusa, si la inmolará tal vez!

Si la mujer mejor educada fuese ménos crédula, si su imaginacion y sus instintos tuvieran el contrapeso de una razon más cultivada y de una ocupacion más racional, ni sería débil tantas veces, ni abandonaria tantas el fruto de una union ilegítima, por la imposibilidad de sostenerle sóla.

En las clases elevadas, el tédio, la excitabilidad, las exigencias caprichosas que producen tempestades domésticas, la falta de higiene, la presion del vientre, y tantas otras cosas análogas que ocasiona ó exagera la educacion frívola de la mujer, ¿no influyen en el hijo que lleva en su seno?

Nace este, y áun favorecido por la fortuna, difícil será que no le perjudique la falta de conocimientos higiénicos de su madre. Si es pobre, luégo empezará á sentir las consecuencias de la pobreza, contra la que lucha en vano una pobre mujer cuyo trabajo, si acaso le halla, es tan mal retribui-

do, que abandonando á sus hijos todo el dia, no gana para pan. Aunque tenga marido y no esté enfermo, y trabaje, y no distraiga para vicios una parte de su jornal, cosas que muchas veces no suceden, un jornalero no puede atender á todas las necesidades de una numerosa familia, y la mujer le ayuda poco ó nada, porque se la considera inútil para los oficios más lucrativos.

Con la falta de lo necesario viene la niñez enfermiza, y la juventud débil, y la enfermedad, y la muerte prematura. Con la falta de lo necesario se exaspera el carácter, se endurece el corazon; se aflojan los lazos de familia, la educacion es imposible, y fácil pagar tributo al vicio, al crímen tal vez. Todo lo que tiende á hacer miserables, tiende á hacer degradados, y la inferioridad de la mujer, su *inutilidad* en muchos casos, es un elemento de miseria.

Aun en las clases mejor acomodadas, dado el desnivel de las aspiraciones que se creen necesidades con los medios de satisfacerlas, es raro que en la casa haya desahogo y bienestar, que no haya apuros y privaciones que turben más ó ménos la paz doméstica. El niño, el jóven empieza á sentir los efectos de este malestar, de este desnivel que se nota entre las aspiraciones y los medios, y sería menor si su madre tuviera una ocupacion racional y lucrativa, que la hiciera aumentar un poco los ingresos y disminuir algun tanto su presupuesto de gastos en el capítulo de lujo.

Cuando el adolescente trata de seguir una carrera, su madre es quien mejor puede guiarle, porque es la que mejor le conoce y la que le quiere más. ¿Pero sabe su madre la conexion que existe entre ciertas aptitudes y ciertas profesiones? ¿Conoce ella si las disposiciones que nota en su hijo deben hacerle sobresalir en tal carrera, si tales carencias le hacen inútil para tal otra? La madre no suele influir en la direccion que ha de seguir su hijo, ó influye con poco acierto. Si tal vez su buen instinto le hace adivinar lo mejor, su voto carece de autoridad, y con un *las mujeres no entendeis de estas cosas*, el jóven obedece á su padre ó toma consejo de su vanidad ó de su pereza, y se acuerda tristemente del de su madre cuando ya no es tiempo de seguirle. Quien le ama y le conoce mejor, no tiene competencia para guiarle, y su entendimiento se halla en una especie de orfandad que tal vez llore toda la vida.

El niño tiene el instinto de Dios, su madre le convierte en sentimiento y le enseña á orar. La religion es un consuelo y un freno; el freno estorba al jóven, y le rompe, porque por el momento, tiene la dicha de la juventud y no necesita consolarse; además, para parecer hombre en ciertos países, no basta fumar; conviene tambien no ir á la iglesia. Su pobre madre le ve extraviarse, le mira ya en el camino del vicio que envenena el alma y el cuerpo, quiere hablarle de Dios y de sus mandamientos que pisa, pero su palabra no tiene prestigio ni su voz autoridad; la religion es *cosa de mujeres*, y él debe

ostentar sus bríos varoniles no creyendo en nada, máxime cuando aquella creencia le impone deberes que no está dispuesto á cumplir y le *estorba* para sus devaneos ó para sus vicios. Su madre, poco ilustrada, acaso fanática ó supersticiosa, le da pretexto ó motivo para que no la escuche dócil; tal vez atribuye más importancia á una práctica indiferente que á una ley santa; tal vez compromete el prestigio de las cosas graves con exageraciones ridículas; tal vez tiene en más la forma que la esencia; tal vez no sabe cuando es menester ceder un poco para no comprometerlo todo; tal vez quiere combatir una ceguedad con otra, y se irrita con el choque inevitable. La mujer es la que conserva en el hogar el fuego sagrado de los sentimientos religiosos; si la ignorancia la hace fanática y supersticiosa, si mira la razon como un mónstruo y quiere combatirla siempre sin concederle nada nunca, se queda sóla: sus hijos se van con su padre por el camino de la duda, de la indiferencia ó del error, tan fácil al principio, tan penoso despues. ¡Qué de amarguras prepara al hombre y al anciano, el jóven que rompe con toda creencia religiosa y pierde enteramente la fe, que tal vez conservaria si su madre hubiera sido más respetada y más razonable! Hay muchas personas que ven en la educacion intelectual de las mujeres un gran peligro para la religion; á nosotros nos parece evidente que la regeneracion religiosa sólo puede venir por ellas; que sólo cuando no se presten á ser instrumento de exageraciones absur-

das ó de cálculos interesados; solo cuando aparten del santuario lo que desfigura su majestad; sólo cuando no conviertan muchas de sus acciones en argumento contra sus creencias, sólo en fin, cuando sepan razonarlas, podrán inocular su fe en un mundo corroido por la duda, gangrenado por la indiferencia.

El jóven ama, y halla en su amada las consecuencias de una educacion absurda. La coquetería en la mujer tiene una parte natural é inocente; la mayor y la peor parte es obra de la sociedad. La mujer ociosa, pueril y vana, tal vez acoge las protestas de amor, tal vez responde á ellas, no porque ame, sino por vanidad y pasatiempo. Los afectos del corazon, una cosa tan séria, tan grave, vienen á ser acaso un medio de distraccion para una persona desocupada. Hay muchos hombres, y suelen ser los que más valen, que en la mejor época de su vida si no en toda ella, son esclavos de su corazon, es decir, de una mujer que tal vez no les corresponde, porque no hay en ella nada grave ni formal, porque su vida es una vanidad de vanidades, y porque siendo el juguete de tantas cosas, concluye por tomarlo todo á juego. Imposible parece que los hombres no traten de ilustrar la razon y fortificar la conciencia de una criatura que puede llegar á ser su tirano; y no obstante así sucede.

Las comedias, las novelas, los sainetes, los refranes, todas las expresiones del sentido comun están llenas de los caprichos, de las veleidades, de la inconstancia de la mujer. En esto hay un fondo de

verdad. El alma de la mujer tiene que aparecer en muchas ocasiones con los defectos propios de la esclavitud y de la ociosidad. Si ama, si ama de veras, se salvará su virtud, su moralidad. Hija, esposa, madre amante, es buena, noble, sincera; el fuego santo que arde en su corazon, purifica todo su sér, le ocupa, le llena. Está en riesgo, en grave riesgo de ser muy desgraciada, pero está segura de no ser infame ni vil.

Todo cariño verdadero, vehemente, puro, es noble, es moral; la mujer que le siente, tiene en él un guía y un escudo, sino contra el dolor, contra la maldad; pero si su corazon no es capaz de amar bastante, ó si no ha visto ninguna criatura digna de su amor; si la injusticia y el desden con que se ve tratada la irritan y hacen injusta; si en la ociosidad en que vive su alma y en el tédio que á veces la abruma, quiere distraerse y toma el gusto de un pasatiempo por el goce de una pasion, entónces es fácil que engañándose á sí propia, ó no escrupulizando en engañar á los otros, jure un amor que es mentira, y sea segun su carácter y su inteligencia la coqueta vulgar, ó la mujer peligrosa, verdaderamente *infernal*, como muchas veces se la llama.

La mujer sin ocupacion ni educacion para sus facultades superiores, va por el mar de la vida sin timon y sin brújula; el sentimiento que puede salvarla, si no es muy puro, puede estraviarla tambien, y cuando se estrella hace víctimas, porque no va sóla.

Esta mujer de ahora de que tanto se queja el hom-

bre, no es á veces muy propia para contenerle; es, permítasenos la frase, *una mujer de transicion*, con todos los defectos y las desdichas de quien vive en medio de la lucha del pasado y del porvenir, marchando por el caos á la luz de los relámpagos, y queriendo comprender en vano las armonías de la tempestad.

El amante no sólo tiene que temer las veleidades y caprichos pueriles de la que pretende hacer su esposa, y que le escuche por pasatiempo, y que le engañe, engañándose ella misma; en aquella union á que él no lleva más que amor, puede llevar ella nada más que cálculo. Puede no amarle, ni sentirse con vocacion para el matrimonio, y no obstante, casarse, porque las mujeres *no tienen otra carrera*. La jóven mira su porvenir: muerto su padre, casados sus hermanos, le espera la pobreza, tal vez la miseria ó el amargo pan que le dé una cuñada; la soledad material y moral de quien recorre la triste escala de no ser *necesaria*, ser *inútil* y ser *estorbo;* ve su destino de *vestir imágenes* y su apodo de *solterona*, y se casa sin amor, tal vez sintiendo aversion por el hombre que ha de ser su compañero hasta la muerte. ¡Desdichado si la ama! ¡Desventurados los dos si alla ama á otro algun dia!

¿Sucederia esto si la mujer tuviera medios de ganar su subsistencia, segun su clase, como el hombre? ¿Si tuviese verdadera personalidad, y no esa mentida, que se pierde cuando concluyen los atractivos de la belleza y las simpatías del sexo? Si adquiriese instruccion proporcionada á su categoría, ocupacion ra-

cional y lucrativa y adornase su alma con los encantos que no envejecen, ¿veria al quedarse sola la pobreza, el abandono y el ridículo? ¿Tendrian los hombres que temer con tanta frecuencia que la mujer que quieren hacer su esposa por amor se una á ellos por.... cuesta trabajo, pero es preciso decirlo, por comer?

La mujer necesita en este caso, como en otros muchos, una especie de heroismo para no mentir, para no engañar, y la mujer miente y engaña. ¿Con qué derecho exige de ella fortaleza el que hace cuanto puede para que sea débil?

Una vez casado, el hombre sufre las consecuencias de la falta de educacion intelectual de su mujer. En nada relativo á su profesion puede ayudarle, sigue tal vez el consejo del amigo pérfido y no consulta á la compañera que le ama y está identificada con él. Su buen sentido y su afecto la hacen adivinar los peligros de una empresa ariesgada, lo descabellado de un proyecto, pero se le impone silencio con la frase sacramental:—¿Qué entendeis las mujeres de estas cosas?—

El sentido comun se ha hecho cargo de lo que vale el consejo de la mujer á pesar de su incompetencia, y si bien para no comprometer la supremacía masculina, dice que *vale poco,* añade *que el que no le toma es un loco.* Contradiccion notable, que como otras muchas, es el resultado del absurdo de las ideas, viniéndose á estrellar contra la evidencia de los hechos. La naturaleza, que hizo á la mujer más

débil, le dió más sagacidad; su consejo ilustrado debia valer mucho, y el hombre se priva de él ó le desdeña.

Enfermo ó agobiado de trabajo, en nada puede auxiliarle la esposa que tanto sufre, viendo què compromete su salud y tal vez su vida, por no tener un descanso que ella le daria á costa de los mayores sacrificios, y que en su ignorancia no puede proporcionarle.

Vienen á comprometer la paz doméstica, ó por lo ménos á hacer ménos grato el hogar:

El tédio, cuyo efectos son tristes, aunque la causa pase desapercibida.

Las vanidades pueriles y los despilfarros que son su consecuencia.

Las genialidades indómitas, no tenidas á raya por las facultades más nobles que se debilitan en la inercia.

El ocio intelectual, que exalta la imaginacion, que quiere dar cuerpo á fantasmas soñados y forja amantes quiméricos que no realizan los maridos.

La lucha, en fin, de dos personas que ven las cosas de muy distinta manera.

La naturaleza ha hecho al hombre y á la mujer diferentes, pero armónicos; la sociedad los desfigura, de modo que vienen en muchos casos á ser opuestos.

El hombre recoge tambien en sus hijos las consecuencias de la degradacion intelectual de la mujer. Sobre ellos se refleja todo malestar ó lucha doméstica, la falta de higiene, y el mal humor que el

tédio produce, y los efectos de la ignorancia de su primera maestra, que alguna vez los extravía en lugar de guiarlos, que no tiene prestigio para encaminarlos bien. Todos los defectos, todos los extravíos de los hijos, son penas para el padre. Si tiene hijas, recogerá en ellas todo el fruto de los errores que sembró respecto á su sexo. Tal vez las vea desgraciadas en el matrimonio, ó tenga el desconsuelo de dejarlas en la soledad y en la pobreza; tal vez anciano, enfermo y pobre, sufre en la miseria porque su hija se esfuerza en vano para proporcionarle recursos con su trabajo; y por mucho que la fortuna le favorezca, será difícil que no le lleguen de algun modo los efectos de tantas desventajas como tiene la mujer, de tantos dolores como son su consecuencia.

Hermano, ve sufrir á las dulces amigas de su infancia, y ¡cuántas veces tiene que imponerse sacrificios para auxiliarlas!

Desde la cuna hasta el sepulcro, en todo el camino de la vida, va recogiendo el hombre las tristes consecuencias de la inferioridad intelectual de la mujer. Es preciso que así sea. Aunque no la mirase más que como instrumento de placer, claro está que le dará mas cuanto sea más perfecto. El dia en que se ilustre bastante para aprender á ser razonablemente egoista, la educacion intelectual de la mujer no tendrá impugnadores.

El hombre civilizado y cristiano que ama á su esposa y venera á su madre, está bien léjos del salva-

je que oprime á la hembra. El mundo antiguo consagró el abuso de la fuerza; el mundo moderno le escarnece. Maltratar á una mujer parece hoy cosa tan vil, que es raro que ningun hombre lo haga sino está embriagado por el vino ó por la cólera. Y cuando vuelve en sí, y alguno le dice:—*¿No te avergüenzas de pegar á una mujer?*—es seguro que le da vergüenza, ó no la tiene.

A medida que el hombre se ilustra, se civiliza, se hace mejor, mejora la condicion de la mujer; le da derechos, le reconoce más *semejanza*. Esto es necesario. El hombre no puede progresar dejando á la mujer estacionaria, ni tener los goces sublimes del corazon y de la inteligencia con un sér grosero. Aunque en esto no haya obrado por cálculo, puede notar que cada concesion que hace á su compañera es para él como un manantial de bienes, y que se eleva á medida que la levanta. ¿Se concibe dignidad en un hombre cuya esposa, cuya madre y cuya hija sean viles? ¿Se concibe libertad en un hombre cuya esposa, cuya madre, cuya hija sean esclavas? ¿Se concibe idea de derechos en un hombre que no reconozca deberes para con su esposa, su madre y su hija? ¿Se concibe dicha en un hombre que haga desdichadas á su esposa, á su madre y á su hija? La ventura es mútua, el bien es armonía, y por la justicia de los hombres se mide su felicidad.

CAPITULO VII.

Consecuencias para la sociedad de la supuesta inferioridad intelectual de la mujer.

Todo lo que altera los componentes ha de alterar el compuesto. En los dos capítulos anteriores tenemos los sumandos; en este no hay más que verificar la suma.

Si por la falta de educacion de la mujer, ella y el hombre son peores y más desgraciados, peor y más desgraciada será la sociedad. La prostitucion aumentará á medida de la miseria y la ignorancia de las mujeres, y en la misma proporcion, las enfermedades vergonzosas que degradan las razas y los delitos que llenan las prisiones, porque es muy raro que una mujer pura sea criminal, y que en las grandes maldades de un hombre no éntre por algo alguna mujer mala.

La religion, esta poderosa palanca social que

debia fortificar la mujer, queda muchas veces debilitada por ella; al desfigurarla, la desacredita; carece de conocimientos para razonar sus creencias, contesta á los argumentos de los impíos cerrando los ojos, y no puede ser como debia el lazo entre la ciencia y la fe (1). La educacion es imposible con la ignorancia y la falta de prestigio de la mujer. El catedrático educa al abogado, al médico ó al ingeniero; pero al hombre le educa la madre, la mujer y la hija, porque la educacion dura toda la vida. En la práctica de todas las profesiones, de todas las ciencias, entra por mucho, entra por la mayor parte, el elemento moral, la honradez, la elevacion de miras, el noble orgullo, el sentimiento. ¿De qué sirve un operador sin conciencia que calcula las ventajas de la operacion por los miles de reales que puede valerle? ¿El abogado que defiende todas las causas malas con tal que le paguen en buena moneda? ¿El militar que se rebela por un grado? ¿El notario que da fe de lo que no ha visto, siempre que vea provecho? ¿El farmacéutico que difama ó engaña al médico y sacrifica el enfermo por embolsarse íntegro el precio de una droga cara? ¿El ingeniero que arriesga la vida de los viajeros ó de los operarios por recibir la gratificacion del contratista? ¿El empleado, el hombre político que toma dinero á cuenta de maldades,

(1) Las consecuencias de abrir un abismo entre la fe y la razon se exponen en un libro inédito, que tal vez publicaremos en breve, titulado *Dios y Libertad*.

ni el juez que vende la justicia? ¿Para qué sirve la ciencia á todos estos hombres, sino para hacer más repugnante, para hacer inconcebible su degradacion?

Pero se dirá: el hombre tiene resortes nobles, idea del deber; la mujer le olvida muchas veces, cede con frecuencia á sus malas inclinaciones, y en el mundo ha de haber siempre quien escuche la voz de su interés y esté sordo á la de su conciencia.

Así es la verdad; pero es igualmente cierto, que negando á la mujer toda competencia intelectual en las cosas de la vida, se disminuye la influencia del sentimiento, de la religion, y por consiguiente de la moralidad. La ciencia y la razon tienen su puesto, la benevolencia y la ternura tienen el suyo, y es absurdo, al organizar una sociedad de séres sensibles, prescindir del sentimiento. Medítese la historia y se verá cuántos siglos necesita á veces la razon para llegar á la justicia que el corazon comprende instantáneamente.

No sólo la prostitucion, como hemos dicho, degrada las razas; tambien contribuyen á este mal grave los matrimonois precoces. El hombre, por regla general, no se casa hasta concluir su educacion industrial, mercantil, artística ó científica; hasta que puede dedicarse á una profesion ú oficio y sostener la familia de que va á ser jefe. La mujer, como no tiene *más carrera* que el matrimonio, se casa así que se le presenta ocasion, y cuanto ántes mejor. Los padres suelen tener una impaciencia, que en al-

gunos podriamos llamar febril, por *colocar* á sus hijas; muchas se casan, más que por amor, por temor de verse en el abandono y en la pobreza. Las consecuencias de los malos matrimonios son fatales para la sociedad, y aunque estén bien avenidos, una niña, ni física ni moralmente, debe ser madre. Cuando todavía no está completamente formada, los nuevos séres á que da vida son débiles y la debilitan. Del matrimonio precoz viene la vejez precoz y la prole raquítica; viene la inexperiencia para criar á los hijos y para educarlos; viene la pérdida de los atractivos físicos y el alejamiento del esposo; vienen el mal gobierno de la casa y los caprichos infantiles, y el arrepentirse la mujer de los compromisos irrevocables, contraidos por la niña, y el sentir su primera, su única pasion por un hombre á quien no puede unirse, y vienen todos los males que á la sociedad llevan todas estas cosas.

Gran número de profesiones, todas las que exigen principalmente sensibilidad y buenas costumbres, se desempeñarian mejor por las mujeres, á quienes están vedadas.

Al hablar de su educacion, se habla sólo de la *madre*, y se prescinde de las que no lo son: error grave y reminiscencia brutal de los tiempos en que la mujer se miraba nada más que como *hembra*. Dedicaremos un capítulo especial *á la mujer soltera*, por cuya razon sólo indicamos aquí, que por falta de educacion intelectual, deja de prestar á la sociedad grandes servicios la mujer que no se casa.

Así como es absurdo excluir el sentimiento de la organizacion social, lo es del propio modo prescindir de la razon en las cosas del sentimiento. Ya no se niega en teoría que la caridad es de la competencia de la mujer; pero se ve que en la práctica es un obstáculo su ignorancia; que las que *compadecen* no *saben*; que se separan la caridad y la beneficencia, y que en este ramo hay *empleados* con gran perjuicio de la sociedad y de la desgracia. Este mal es grave, muy grave: la beneficencia pública y la caridad privada se resienten de la falta de educacion intelectual de la mujer, de su falta de medios pecuniarios, de iniciativa, de esa perseverancia firme y razonada, que es la única capaz de vencer los grandes obstáculos, y que no puede existir en quien no tiene más que buena voluntad. Las prisiones de mujeres piden tambien á grandes voces el concurso reunido de la caridad y de la inteligencia.

Los impulsos benévolos y compasivos de la mujer se esterilizan en todo ó en parte por falta de aptitud para el trabajo intelectual, por ignorar cómo puede realizarse un buen pensamiento, ó por no saber combatir las inteligencias egoistas, para las cuales es muy cómodo poder incluir la compasion entre las debilidades del sexo, y desdeñar los deberes de humanidad como cosas de mujeres.

La mujer, que debia ser un grande auxiliar del progreso, se convierte á veces en un gran obstáculo por falta de educacion intelectual. Todo error, toda preocupacion, todo fanatismo, toda rutina, han de

hallar poderoso valedor en su ignorancia, y ninguna reforma puede prometerse apoyo de quien no comprende sus ventajas. Por regla general, las mujeres que están en favor de las reformas lo hacen, ó por afecto á los hombres reformadores, ó por instinto, y aquel voto que no se razona es ocasionado á exageraciones y extremos, más propios para perjudicar que para servir la causa que patrocinan.

Debemos insistir de nuevo, porque la cuestion es de gran importancia para la sociedad, en que siendo la prostitucion hija de la miseria y de la ignorancia de la mujer, debe combatirse ilustrándola, no cerrándole los caminos por donde puede ganar el pan honradamente. La civilizacion sustituye el trabajo de la inteligencia al de la fuerza bruta, las máquinas á los trabajos maquinales, y como algunos de estos son los únicos á que puede dedicarse la mujer, tiene cada dia ménos ocupacion, más miseria y se prostituye más. La mecánica va haciendo todo lo que ella hacía. ¿Se la condenará á que sea una máquina inútil, desechada, porque hay otras más perfectas? Irá entónces á engrosar el ejército de las prostitutas, á envenenar material y moralmente la sociedad, á escupir sobre ella su oprobio, á escarnecer la virtud con su carcajada, á destilar ignominia y dolor sobre todo lo que la rodea; porque estas máquinas, que sienten y sufren, cuando son inútiles se convierten en máquinas infernales.

Seríamos interminables si quisiéramos enumerar todos los males de la falta de educacion de la mujer,

y seguirlos por todos sus variados caminos, y ver cómo se combinan y multiplican y crecen : basta lo dicho para comprender que no pueden sembrarse errores sin recoger desventuras.

CAPITULO VIII.

¿Qué oficios y profesiones pueden ejercer las mujeres?

Todas nuestras observaciones y todos nuestros raciocinios nos conducen á creer que las facultades intelectuales de la mujer no son inferiores á las del hombre, y por consiguiente, que en la esfera de la inteligencia puede llegar hasta donde él llega. Además, como Dios no ha hecho nada inútil, y todo el que se desvía de su destino se deprava más ó ménos, prohibiéndole á la mujer que cultive y ejercite su entendimiento, se hace de ella un sér imperfecto, se convierte en elemento de perturbacion la que debería serlo de armonía, y se establecen reglas en la sociedad opuestas á las leyes de la Providencia.

La mujer puede ejercer toda profesion ú oficio que no exija mucha fuerza física y para la que no perjudique la ternura de su corazon. Y áun fuerza fí-

sica tiene la mujer mucha cuando la ejercita, como puede observarse en las comarcas en que se dedican á los más rudos trabajos de la agricultura, y á llevar pesos enormes.

Nuestra opinion, que hemos procurado razonar, es que la inteligencia de la mujer no es inferior á la del hombre; pero concediendo por un momento que no se elevase tanto, que no pudiera ser Hipócrates, Platon, Galileo, Wat, Leibnitz, Pascual, Monge, Montesquieu, Kant ni Cervantes, San Isidoro ni Bossuet; suponiendo que no hiciera dar grandes pasos á las ciencias, ¿se sigue de aquí que sea incapaz de aplicarlas y de ejercer con ventaja cualquiera profesion?

Observemos lo que sabe y lo que hace un farmacéutico, un abogado, un médico, un notario, un catedrático, un sacerdote, un empleado, vulgares, de la talla comun; observemos bien, sin preocupacion, en conciencia, y digamos si no puede una mujer aprender lo que ellos saben y hacer lo que ellos hacen.

Siendo la mujer naturalmente más compasiva, más religiosa y más casta, nos parece mucho más á propósito para el sacerdocio, sobre todo en la Iglesia católica que ordena el celibato del sacerdote y la confesion auricular. Todos los inconvenientes de esta confesion, hecha entre personas de diferente sexo, desaparecerian si la mujer pudiera ejercer el sacerdocio, cuyos deberes están tan en armonía con sus naturales inclinaciones. Instruir á los niños, en-

señar á los ignorantes cosas buenas, sencillas y precisas; acompañar á los enfermos; auxiliar á los moribundos; compadecer á los desdichados; consolar á los tristes; hablarles á todos del Dios en quien cree con tanta fe, son cosas todas muy propias del sexo compasivo y piadoso. No sabemos si entre las mujeres habria muchas doctoras que causaran admiracion, pero de seguro habria muchos ejemplos que imitar y muchas virtudes que harian amar la religion que las inspiraba. Sintiendo se hace sentir; la religion es principalmente un sentimiento, y la mujer, su más natural y fiel intérprete. Capacidad le sobra para adquirir la instruccion indispensable; no es un mónstruo ni está fuera de las leyes de la armonía del Universo, donde se ve, que si Dios concede pocas veces sus altos dones, distribuye con mano pródiga todo lo que es necesario.

Esto que vamos diciendo parecerá muy extraño, muy absurdo, y probablemente será para algunos poco piadoso; hemos meditado mucho sobre la materia, y nos parece más fácil hallar chistes para ridiculizar nuestras ideas, que razones para combatirlas. El ridículo tiene su esfera de accion activa, pero limitada, y no llega á las regiones del entendimiento, en que de buena fe se busca la utilidad por las vias de la justicia. El ruido de las carcajadas pasa; la fuerza de los razonamientos queda: toda persona sensata sabe que suelen pensar poco los que se rien mucho, y no debe parecerle bien que se traten con risa las cuestiones de un mundo en que se llora tan-

to. Por lo que hace al anatema que tal vez alguno quiera lanzar contra nosotros, le conjuramos diciendo: que nuestras opiniones tendrán de poco piadosas todo lo que tengan de erróneas; pero que si tenemos razon, no podemos tener culpa: el error es impío, la verdad es santa.

En el ejercicio de todas las profesiones, consideradas bajo el punto de vista del bien social, entra por tanto, cási siempre por más, la conciencia que la ciencia. Poco le basta saber á un escribano; lo que necesita aquel en cuya causa ó en cuyo pleito actúa, es su honradez, su buena fe; que no *enrede*, como vulgarmente se dice.

La ciencia del jurisconsulto es profunda, profundísima la del criminalista; pero la del abogado vulgar, la necesaria para deslindar lo justo de lo injusto y saber lo que es contra derecho y contra ley, no supone ni una gran capacidad ni un grande estudio. Lo que le importa mucho al cliente es la conciencia del abogado, para que le diga que no tiene derecho si no le tiene, y le evite un pleito con todos los sinsabores y perjuicios que trae. Hay casos dudosos; pero en general, la justicia es clara, y en un pleito, uno de los abogados sabe que no la defiende. Lo que como juez condenaria, sostiene como letrado; su *buena reputacion* consiste en ganar todos los pleitos, sean justos ó no lo sean; su inteligencia se alquila al que la paga, y como una fuerza ciega, defiende indistintamente el absurdo y la razon, la verdad y la mentira. El que no lo hace asi, el que no

admite ninguna causa que no sea justa, es ciertamente un dechado de virtud, cási un santo, porque el ejemplo y la opinion le arrastran en una sociedad que á veces prescinde de toda moralidad en las acciones de los hombres.

El médico necesita ciencia, pero ¡ay del enfermo si no tiene conciencia tambien! ¡Si no le trata como él quisiera ser tratado! ¡Si no pesa y mide y calcula por átomos las ventajas ó inconvenientes de un medicamento! ¡Si no tiene mas temor de hacer mal que vana ostentacion de hacer bien! ¡Si no está pronto á sacrificar su amor propio á su amor á la humanidad! Y en fin, si no conserva aquella sensibilidad sin la cual falta un sentido á su ciencia!

Sin que nosotros creamos que cualquiera puede ser buen empleado, pensando, por el contrario, que necesita conocimientos especiales, segun el ramo á que se dedique, en todos le hace tanta falta la conciencia como la ciencia, y no hay ninguno en que la moralidad no éntre por mucho.

El farmacéutico necesita ciencia, pero más conciencia todavía, porque principalmente de ella depende que no sea inútil el acierto del médico, y en muchos casos, la salud ó la vida del enfermo.

Si las observamos de cerca, no hay profesion en cuyo ejercicio no éntre por la mayor parte, ó por mucho, la moralidad del que la ejerce. ¿Y no podria desempeñarlas la mujer, más sensible, más compasiva, más religiosa, más casta, más moral, en fin?

En la práctica de la medicina las mujeres po-

drian hacer mucho bien, sobre todo á las personas de su sexo, cuyo pudor no ofenderian; á los pobres, á quienes compadecen, y á los niños, á quienes adivinan. Como operadoras tal vez no servirian; la mujer tiene un santo horror á la sangre. ¿Para qué vencerle? Dejemos á los hombres las operaciones cruentas, útiles sólo cuando están hechas por manos muy hábiles, y cuya omision no sería una gran pérdida para la humanidad.

Escusado es decir que las mujeres no se han de dedicar á la profesion de las armas, tan antipática á su natural sensible y compasivo. No deben ir á la guerra más que para curar á los heridos, ni arrostrar la muerte sino para salvar alguna vida.

A la mujer, que desempeñaria bien la profesion del letrado, no le daríamos el cargo de juez, y no porque no esperásemos mucho de su rectitud, y quién sabe si de su firmeza, sino porque no queremos provocar una lucha continua entre su deber y su corazon, ni que su nombre esté nunca al pié de una sentencia aflictiva. Su mano ha de engujar lágrimas, no hacerlas asomar ni áun á los ojos del criminal: no le ha dado Dios su voz suave para que formule fallos terribles.

Puede desempeñar bien un empleo, pero no le estaria bien la autoridad. En el ejercicio de la autoridad hay siempre algo de militante; puede ser necesaria la coaccion, y además, el respeto que inspira la mujer, no es, ni puede, ni debe ser, ese respeto mezclado de temor que inspiran y necesitan inspirar

los que han de vencer las resistencias que se presentan á la ejecucion de la ley en todas las esferas. La mujer, que domina por la persuasion, la dulzura y el cariño, no ha nacido para mandar por medio de la fuerza: debe apartarse de donde hay necesidad de coaccion.

Tampoco quisiéramos para ella derechos políticos ni parte alguna activa en la política. Hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante de militante en la política; hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante en ella de pasiones, de intereses, de intrigas, de luchas de mal género, de ruido desacorde, de necesidad de recurrir á medios no siempre honrados y á instrumentos y auxiliares no siempre puros, para que queramos ver á la mujer en ese campo de confusion, de dolor, y muchas veces de iniquidad.

El tiempo, dicen, suavizando las costumbres y educando las masas, hará que la política no tenga nada de antipático á la naturaleza femenina. Lo dudamos. Dudamos que los vestigios de lo pasado, los intereses del presente y las aspiraciones del porvenir, unidos á las pasiones del hombre y á los dolores de la humanidad, dudamos que estos elementos de la política de todos los tiempos, dejen de producir lucha, que podria suavizarse en la forma, pero que en el fondo tendrá siempre injusticias y rencores: en las ciencias sociales, la idea necesita hacerse hombre, y al encarnar, pierde mucho de su diáfana pureza.

Si no por siempre, por mucho tiempo, por muchos siglos, la política será militante, y si la mujer toma parte activa en ella, se verá envuelta en sus persecuciones, y la familia dispersa y los huérfanos sin amparo. Necesita ser neutral, sagrado el hogar que custodia la mujer; allí debe estrellarse el oleaje de las pasiones políticas, vivir en paz el padre del rebelde, el hijo del proscrito, y acogerse los vencidos, sean quienes fueren.

Y la mujer, ser inteligente, ¿no ha de tener opinion ni influencia en una cosa tan importante como la política? Puede pertenecer á una escuela, puede tener opinion é influir en la de los otros por medio de sus escritos; pero no quisiéramos que tuviera partido ni voto. ¿Le necesita por ventura para contribuir eficazmente al triunfo de sus ideas? De ningun modo. Cuando sea ilustrada influirá en la política, aunque no tome parte directa en ella, porque influirá en el voto del hermano, del esposo, del hijo, del padre y hasta del abuelo.

Quédele al hombre el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la mision de la mujer sea de paz, y aliada natural de todo el que sufre, vuélvanse de su puerta todos los perseguidores.

CAPITULO IX.

¿Cómo se modificará el carácter de la mujer educada?

Todo el mundo sabe que con la civilizacion se suavizan las costumbres, que los pueblos ménos civilizados son los más feroces. Este incontestable hecho social significa que el indivíduo, á medida que se educa, que se instruye, se hace ménos irascible, ménos violento, más benévolo. Esto para los pueblos, para los hombres. ¿Y las mujeres? ¡Oh! Con las mujeres se cree que sucederá lo contrario, porque todo lo que á ellas se refiere se rige por reglas especiales: el absurdo tiene tambien su lógica, que aplica hasta donde puede.

Más clara ó más confusa, es muy comun la idea de que la mujer, cuyas facultades intelectuales se eduquen, ha de hacerse más varonil; que ha de perder la suavidad y la dulzura, que son el encanto de

su sexo; que ha de ser ménos manejable; que ha de querer revestirse de autoridad con perjuicio de la de su marido; es decir, que la educacion en ella ha de producir un efecto diametralmente opuesto al que produce en todos los vivientes racionales é *irracionales*. Esta opinion podrá carecer de sentido comun, pero en cambio tiene numerosos partidarios.

Preguntemos á la experiencia, que aunque tratándose de la educacion de la mujer, está muda en muchos casos, debemos recoger respetuosamente sus respuestas cuando puede darlas. ¿Qué nos dice? Que la educacion, áun incompleta, produce en la mujer los mismos efectos que en el hombre.

Esas mujeres duras, brutales, crueles, desalmadas, intratables, pertenecen, por regla que apénas tiene excepcion, á las clases no educadas. A medida que la mujer se educa, ménos por lo que aprende en el colegio que por lo que se modifica con el trato, el ejemplo y el amor del hombre ilustrado, ¿no se hace más dulce, más afectuosa, más dócil á la voz del deber, de la razon y del cariño?

Nuestro sér es un compuesto de instintos, de facultades, de sentimientos; buenos cuando se dirigen al bien, malos cuando al mal se encaminan. ¿Qué es la educacion en la mujer? Lo mismo que en el hombre. El medio de fortificar los buenos impulsos y de debilitar los malos. Tal vez se nos dirá: ¿esos impulsos naturales no son naturalmente armónicos? Responderemos: que los instintos, estando encargados de la conservacion del individuo y de la especie, nacen

educados; son necesariamente de una energía más espontánea que las facultades, y por un misterio impenetrable de la Providencia, esta energía necesaria pasa fácilmente al límite debido y se convierte en crímen ó pasion perturbadora apénas le ha pasado.

Los instintos son indispensables á nuestra vida material, y la vida del alma es una guerra contra los instintos, que exceptuando uno sólo, el maternal, tienen tendencia á desbordarse y son fatales cuando se desbordan. ¿Por qué son los salvajes lascivos, sanguinarios, egoistas y ladrones? Porque se dejan arrastrar por sus instintos. Combatiéndolos el hombre civilizado, se hace un ser moral y llega á la benevolencia, á la piedad, á la abnegacion, á la virtud. ¿Cómo se combaten los instintos? Con los sentimientos y la inteligencia; pero las manifestaciones de esta, necesaria á la perfeccion, no á la vida, son ménos enérgicas y han menester educarse. A medida que se educan, los instintos se tienen á raya, los sentimientos se elevan, las ideas se extienden y el hombre se hace mejor. A la mujer le sucede lo propio, y no es posible sostener que su compañero estará peor con ella cuando sea más dulce, más razonable, más buena.

Pero se dice: el hombre quiere ser obedecido sin discusion, sin razonar su mandato; así lo exigen su instinto de mando y la paz doméstica.

Respondemos: que el instinto pierde terreno á medida que la razon avanza; que la paz va siendo, no el silencio, sino la armonía; que el principio de

autoridad razonada é irresponsable no puede vivir en la familia cuando muere en la sociedad. Y no vive en efecto. El marido que no es bueno, abusa muchas veces de su fuerza y de la ventaja que le proporciona la ley; pero el hombre justo y razonable, muchas veces toca tambien los inconvenientes de que su mujer no se haga cargo de la razon. ¿No tiene que transigir con las genialidades y con los caprichos, y siguiendo el consejo de San Pablo, por la paz *ceder de su derecho?* ¿No tiene que renunciar á hacer valer su razon, y calla como quien trata con una criatura que de ella carece, por no aceptar y educar la inteligencia en su mujer? ¿No se ve en la precision de concederle privilegios muy parecidos á los de los niños y los locos, y cuyo límite es más fácil extender que fijar? ¿Al imponer la tiranía de los fuertes no sufre la de los débiles, que si son queridos, pueden ejercerla?

El principio de autoridad está debilitado en el hogar doméstico como en la plaza pública; las mujeres se quejan de la tiranía de los maridos y estos de la desobediencia de las mujeres, y es que la época es de transicion, y que la paz doméstica no tiene *ya* los elementos del pasado, ni cuenta *todavía* con los del porvenir.

Si se respetan los fueros de la justicia, la paz entre séres sensibles y razonables ha de establecerse por la razon y el sentimiento. La mujer educada sentirá y comprenderá mejor, tendrá más elevacion para pensar y más delicadeza para sentir,

y será con su marido más razonable y más amante. ¿Qué hombre, si no es perverso ó brutal, preferirá la obediencia ciega del temor á la docilidad razonada del cariño?

Pero en fin, ¿quién *mandará en casa*, quién será el jefe de la familia? Mandar despóticamente, no debe mandar nadie; tener fuero privilegiado, no debe tenerle ninguno, ni tampoco hacer concesiones de gracia y andar en tratos con la justicia, porque la justicia no se suple por ninguna cosa, ni sobre ella hay nada. Pero el hombre es físicamente más fuerte que la mujer; es ménos impresionable, ménos sensible, ménos sufrido, lo cual le hace más firme, más egoista, y le da una superioridad jerárquica natural, y por consiguiente, eterna en el hogar doméstico.

La mujer, que ha de ser madre, ha recibido de la naturaleza una paciencia casi infinita, y debiendo por su organizacion sufrir más, es más sufrida que el hombre. Su mayor impresionabilidad la hace ménos firme; su sensibilidad mayor la hace más compasiva y más amante. Por más derechos que le concedan las leyes, la mujer, á impulsos del cariño, cederá siempre de su derecho; callará sus dolores para ocuparse de los de su padre, su marido ó sus hijos; la abnegacion será uno de sus mayores goces; dará con gusto mucha autoridad por un poco de amor, y suplirá con la voz dulce y persuasiva que Dios le ha dado, la fuerza que le negó. No queremos ni tememos conflictos de autoridad

en la familia, de que el hombre será siempre el jefe, no el tirano.

Así como no vemos diferencias de inteligencia en los niños de diferente sexo, vemos muchas de carácter. La niña es desde luégo más dócil, más dulce, más cariñosa, ménos egoista: está ya allí el gérmen de la madre, que ensaya cón sus muñecas lo que más adelante hará con sus hijos. Son naturales; y por consiguiente eternas, las diferencias de carácter necesarias para la armonía, porque (y nótese esto bien) *las de la inteligencia no contribuyen á ella, sino que, por el contrario, la turban.*

Entremos en el hogar doméstico y observemos un matrimonio. La paz no se alterará nunca porque piensen del mismo modo, sino que al contrario, será tanto más perfecta cuanto sus opiniones sean más idénticas y sus entendimientos puedan marchar más tiempo unidos. Donde las diferencias son necesarias es en el carácter, y allí están grabadas por la mano de Dios. La dulzura, la perseverancia, la docilidad, la abnegacion, la debilidad física de la mujer; su natural más compasivo, más amante, más paciente y sufrido: estos son los elementos de la armonía. Añádase que en el hombre, al ménos en el hombre de nuestra raza, cristiano y civilizado, hay, además del amor, muchos sentimientos que, léjos de arrastrarle al abuso de la fuerza, le impulsan á amparar la debilidad, á proteger á la mujer, á devolverle en consideracion y respeto todo lo que puede haber recibido de su abnegacion y de su pa-

ciencia. Cuando la mujer no tiene ya ningun atractivo es todavía objeto de miramientos y consideraciones, en que no tienen parte las simpatías del sexo; independientemente del amor hay entre los dos sexos armonías, cuyo orígen está en las diferencias de carácter y de modo de sentir.

Existen pocos hombres que no cedan á la razon y á la dulzura de una mujer prudente, y si no ceden, bien pueden entrar en alguna de las diferentes categorías del malvado. Como creemos que la mujer será tanto más prudente y más dulce y suave de carácter, cuanto esté mejor educada, tenemos por cierto que habrá más armonía en el matrimonio á medida que la esposa tenga más cultivada su razon y más elevados sus sentimientos. No puede llamarse armonía el silencio de la mujer, que si no tiene una palabra para la contradiccion tampoco la halla para el consejo, y que si no se opone á nada, tampoco comprende ni consuela.

La experiencia poco puede decir en la materia, porque en nuestra patria es muy corto el número de mujeres que tienen alguna instruccion, y esta poco sólida, adquirida sin plan ni método y á veces teniendo que vencer grandes obstáculos. En las mujeres que hemos podido observar de cerca, hemos visto, lo que no podíamos ménos de ver, que la instruccion las hace más razonables y mejores, más dulces y ménos expuestas á devaneos y extravíos: sentimos no poder citar aquí algunos nombres, que probarian la natural alianza de una inteligencia cul-

tivada, de un corazon amante y de una abnegacion sin límites.

Si se nos presentase algun ejemplo de lo contrario, responderemos que no hemos creido que en instruyéndose las mujeres no ha de haber ninguna díscola, viciosa ni perversa; responderemos que pueden rechazarse todos los ejemplos, porque entre nosotros no hay mujeres que tengan verdadera instruccion, y responderemos, en fin, que habiendo sido hasta aquí necesario sostener una lucha para que la mujer en España se instruyese algo, ha necesitado, á veces, condiciones de carácter especiales para instruirse, y nada tendria de extraño que esta energía tuviese la apariencia y acaso la realidad de mayor violencia y ménos dulzura que en lo general del sexo. Aunque así fuese, careceria de fuerza el argumento que en este hecho se apoyase; pero repetimos que no es así; aunque hecha la observacion en las condiciones más desfavorables, ha confirmado siempre esta verdad. *Todo ser racional ó irracional se mejora á medida que se instruye y se educa.*

Hay mucho que esperar y nada que temer para la armonía y paz doméstica, de la educacion intelectual de la mujer, que no necesita mandar para dirigir, ni dominar para ser dichosa. No queremos quitar al hombre su autoridad, ni tememos que abuse de ella cuando halle enfrente la razon ilustrada y el cariño. No queremos que se pretenda destruir la obra de Dios, prohibiendo á la mujer el uso de las facultades que de Él ha recibido, ni tememos que, ex-

cepcion inconcebible entre todos los séres educables, sea ménos dulce y suave cuando esté mejor educada. No queremos que se la prive de su derecho, ni tememos que abuse, ni que use de él siquiera reclamándole con todo rigor; halla más gusto en hacer gracia que en exigir justicia, y el consejo que San Pablo da al hombre, ella le recibe de su corazon: *Por la paz cederás de tu derecho.*

CAPITULO X.

¿Hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos?

Dado que la mujer tiene inteligencia y necesidades físicas, no puede haber incompatibilidad esencial entre el cultivo de esa inteligencia y el cuidado de las atenciones materiales de la vida; de otro modo, Dios habria establecido, en lugar de la armonía, el antagonismo, y la lucha donde es necesaria la paz. Las ocupaciones y cuidados de la vida física, un trabajo manual, léjos de perjudicar, pueden servir de descanso á los del espíritu. Cuando todas las horas del dia y parte de las de la noche se empleen en trabajos materiales, será difícil que la mujer, lo mismo que el hombre, se dedique á ejercitar mucho el entendimiento: habrá, pues, imposibilidad material, comun á los dos sexos; no incompatibilidad entre ocupaciones de un órden diverso.

Creemos que en todas las clases se podia y se debia dar alimento al espíritu; creemos que en todas se podia y se debia hallar tiempo para pulir los gustos groseros, elevar los sentimientos, rectificar los errores, enseñar las verdades necesarias y elevar el alma del trabajador, redimiéndola de la esclavitud en que ahora gime. Grave cuestion es esta, que no puede tratarse incidentalmente, y sólo hablaremos de aquellas clases que *tienen tiempo* para educarse.

Las niñas, por regla general, más precoces y más dóciles que los niños, ¿qué hacen desde que son susceptibles de recibir instruccion hasta que se casan? Aprender á leer, escribir y contar mal ó bien, y lo que se llaman las labores propias del sexo: costura, bordado, más ó ménos primoroso, y cuya utilidad consiste en gastar algun dinero en sedas y en estambres, y mucha vista para contar hilos y combinar colores. Si la educacion es esmerada, se agrega un poco de geografía y de música, en algunos casos dibujo y francés: entónces es ya una jóven instruida. Por regla general todo esto se aprende con poca formalidad, sin tomarse el trabajo constante, necesario para saber bien una cosa, y sin la idea de que pueda servir para algo útil y positivo: la jóven no trata de adquirir *conocimientos*, sino *habilidades*. Generalmente las olvida cuando se casa, es decir, que ha gastado muchos años de su niñez y juventud y algun dinero, á veces bastante, para aprender lo que primero no le sirve de nada y despues olvida. Como no se ocupa formalmente, se aburre y lee

novelas, muchísimas novelas, con las que completa su educacion intelectual.

Así despilfarra la jóven los primeros y mejores años de su vida, sin hacer nada útil, ni tratar de nada formal, ni pensar en nada grave. Así tiene la veleidad y la ligereza propias del que no se emplea en nada sério; así adquiere hábitos de holganza intelectual que la imposibilitarán toda la vida para los trabajos del espíritu, que exigen mucho hábito y esfuerzo; así, no pudiendo ser para ella la vida una *ocupacion*, quiere convertirla en un *entretenimiento*.

Se dirá. La jóven aprende á gobernar la casa, que es lo que importa. No creemos que sepa gobernar la casa quien no sabe gobernarse á sí misma, y aunque el gobierno de la casa se limitara al papel de ama de llaves, dudamos que le desempeñase bien. Es muy comun en las jóvenes bien educadas y llenas de habilidades, no saber coser bien un punto á una media, ni hacer un zurcido, ni echar una pieza, y lo que es peor, difícilmente tiene espíritu de órden quien tiene poca fijeza en sus ideas y base poco estable para sus juicios.

Pero supongamos que la jóven tiene buen juicio, y mucho instinto del bien, y bastante conocimiento práctico de las cosas materiales, y hábitos de órden y economía. El gobierno de la casa, ¿absorberá toda su existencia? Soltera en casa de su padre, casada en la suya, ¿no le quedará tiempo para ningun otro trabajo?

La dificultad y el mérito del gobierno de la casa

se ha exagerado mucho, y no podia ménos de suceder así. Los hombres no entienden de eso y creen que es cosa árdua, como las mujeres se figuran que es muy difícil el más sencillo trabajo intelectual. Además, la mujer exagera la dificultad de los cuidados domésticos, por la natural propension á exagerar la importancia de lo que constituye la única ocupacion de la vida, y porque si el gobierno de la casa no es un problema muy difícil, no ha de ser tan grande el mérito del que le resuelve.

Las grandes señoras y las señoras ricas no gobiernan su casa, ni áun suelen dirigirla. Semejante ocupacion es para las mujeres de la clase media y las pobres; estas trabajan muchas horas del dia y de la noche para ganar pan, y les bastan pocas para el gobierno de la casa.

La costura llevaba ántes mucho tiempo, malgastando en ello no poco las mujeres hacendosas. No era, ni es raro, ver cómo se gastan muchas horas ó muchos dias en coser una pieza de ropa vieja, que se rompe á la primera lavadura, cuando el valor del tiempo, áun tan mal pagado como se paga el de las mujeres, bastaba para comprar nueva aquella prenda. Entre no componer la ropa usada y empeñarse en coserla cuando ya no vale el tiempo que cuesta, hay un medio, y ateniéndose á él, y con las máquinas, la mujer más hacendosa necesita dedicar poco tiempo á la costura, áun suponiendo que no tenga quien la auxilie.

El cuidado de la despensa y la vigilancia de la

cocina no exigen tampoco tanto tiempo, que á una mujer que madruga y sabe aprovecharle, no le queden algunas horas, ó muchas, segun las circunstancias de su familia, para dedicarse á trabajos útiles, mentales ó materiales, segun su disposicion ó su gusto.

Hablamos por experiencia propia y ajena; conocemos mujeres que, sin descuidar sus deberes domésticos, hallan tiempo que dedicar á trabajos mentales, á buenas obras, ó á uno y otro. Para que la mujer tenga tiempo para todo, no se necesita más que fortificar su juicio, á fin de que no le pierda de mil maneras. Salvo cuando tenga muchos hijos pequeños y nádie que la ayude (lo que quiere tomarse como regla y es la excepcion), ó mediando alguna otra circunstancia fuera del órden general, en los demás casos la mujer tiene tiempo para instruirse y utilizar su instruccion en provecho suyo y de su familia.

Todo esto que vamos diciendo podrá parecer absurdo, pero es exacto, y cualquiera que observe en el hogar doméstico á las mujeres de la clase media, se convencerá de que si para dedicarse á algo útil, despues de atender el gobierno de la casa, les falta tiempo, es porque le malgastan. El modo de emplearle bien es una de las primeras cosas que deberian aprender. La educacion de las mujeres hasta aquí podria llamarse, sin mucha violencia: *Arte de perder el tiempo.*

CAPITULO XI.

¿Qué será de los hijos cuando la madre pueda ejercer una profesion ú oficio lucrativo?

Se supone que todas las mujeres son madres, que todas pueden dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, y que toda la vida de la mujer necesita estar empleada en llenar los deberes materiales, minuciosos, incesantes de la maternidad. Partiendo de supuestos falsos, las consecuencias no pueden ser verdaderas.

Hay un gran número de mujeres que no son madres: de ellas trataremos en el capítulo de la *mujer soltera*.

La inmensa mayoría compuesta de mujeres pobres, no puede dedicarse al cuidado asíduo é incesante de sus hijos pequeñuelos, porque necesitan trabajar para darles pan. Unas veces llevan consigo

al hijo que amamantan, exponiéndole á la intemperie, otras le dejan al cuidado de alguna anciana, ó le dejan sólo: si hay alguna casa benéfica donde le recojan miéntras van á su trabajo, es gran favor para el inocente y gran descanso para ellas. En la mayoría de los casos, es gratuita la suposicion de que la mujer está ni puede estar continuamente al cuidado de sus hijos.

Queda reducida la cuestion á saber cuál será mejor: que deje la casa para ejercer una profesion ú oficio lucrativo, ó para dedicarse á un trabajo material, penoso y mal pagado. Afirmamos sin vacilar, que la mujer más educada, más perfecta, más útil, puede atender más constantemente al cuidado de sus hijos, porque puede estar más tiempo en casa y tener más vagar. Su trabajo, muy mal retribuido, lo será cada vez ménos, porque es mecánico, y como máquina es inferior á las que perfecciona todos los dias el génio del hombre. Para ganar, no digamos algunos reales, sino algunos cuartos, necesita estar trabajando en casa, ó fuera todo el dia, y á veces una parte de la noche. Si entrara por algo la inteligencia en su obra, se pagaria mejor, ganaria mayor suma en ménos tiempo y podria dedicar más á sus hijos. Para que los atienda pedimos que segun su clase tenga educacion y utilice las facultades que ha recibido de Dios. Es extraño modo de observar, fijarse en un corto número de mujeres de la clase media que se dedican asíduamente al cuidado de sus hijos, y pres-

cindir de la inmensa mayoría de mujeres pobres que para buscar pan tienen que dejarlos ó no atenderlos bastante.

El hijo necesita siempre de su madre, aunque la mantenga. ¿Quién le amará como ella le ama? Pero el cuidado asíduo de todos los momentos no es necesario sino en los primeros años de la vida. La mujer vive 60 ó 70 años; segun su fecundidad, tiene hijos pequeños, cuatro, seis, ocho, diez, ó doce años. ¿Es esto la vida? Aunque en este período tuviera que dedicarse al cuidado exclusivo de sus hijos y no pudiera hacer otra cosa; aunque no estuviera á su lado madre ó tia anciana que la ayudase, ó hermana que le diera auxilio, ántes y despues de este período, ¿no tiene la mujer tiempo y necesidad de cultivar sus facultades para que su trabajo sea más útil y más lucrativo?

Esta consideracion se aplica como á las mujeres del pueblo á las de las clases elevadas, y más áun, porque en ellas son las mujeres ménos fecundas, y es ménos el tiempo en que la lactancia y corta edad de los hijos exige cuidados incesantes. ¿Y lo son siempre tanto como se dice? ¿El ama, la niñera, la abuela, la tia ó la hermana, no procuran algun descanso, y dejan algun tiempo que puede emplearse con utilidad mayor, segun el mayor grado de perfeccion á que se haya llegado? Cuando el esposo está enfermo ó abrumado de trabajo, para ayudarle, cuando falta para suplirle, ¿no podria la mujer hallar algunas horas que dedicar á trabajos lucrativos,

para que sus hijos no careciesen de lo necesario y para que la enfermedad ó la muerte del padre no fuera la ruina de la familia?

Aun en ese período, no muy largo comparado con la vida entera, en que los hijos pequeños necesitan cuidados continuos, se ve que las mujeres pueden disponer de algun tiempo, que unas emplean útilmente, y otras malgastan de una manera lastimosa.

La mujer educada será madre no sólo más inteligente y capaz de allegar recursos para sus hijos, sino más tierna y cariñosa; las infanticidas no son personas instruidas, ni tampoco las que tratan á sus hijos con incomprensible dureza. Lo repetimos: la mujer no sale ni puede salirse de la ley eterna, por la cual todo sér que se educa dulcifica su carácter, se hace más humano: y cuando la mujer dilate los horizontes de su entendimiento; cuando comprenda las armonías del mundo moral; cuando vea toda la fealdad del vicio y del crímen y toda la hermosura de la virtud; cuando su exaltacion se convierta en entusiasmo y sus instintos se eleven á sentimientos; cuando su razon pueda servirle de faro en las borrascas de la vida y de apoyo contra los embates del mundo; cuando el ejercicio de las facultades más nobles eleve su sér, purifique sus afectos y le dé mayor delicadeza y sensibilidad; cuando, en fin, sea más buena, ¿no será mejor madre?

Si no fuera este nuestro íntimo convencimiento,

si tuviéramos la más leve duda de que la mujer al cultivar su inteligencia disminuia en lo más mínimo su cariño maternal, arrojaríamos estas páginas al fuego. ¿Cómo habíamos de querer despojar á la humanidad de su sentimiento más elevado?

En todos los amores de la tierra se revela por algun egoismo, el miserable barro de que está hecho el hombre: sólo el amor de una madre nos puede dar idea del amor del Cielo; sólo en él hay pureza inmaculada, abnegacion que no conoce límites, perdon para todas las culpas, olvido para todas las faltas, y piedad y misericordia sin medida: sólo él purifica cuanto toca, hace comprender al alma un mundo de afectos sublimes y la pone en relacion con el Infinito.

Mirad en su prision á la mujer más despreciable, á la prostituta delincuente; vedla trasfigurada al lado de su hijo enfermo, y escuchad las palabras sublimes, que no se manchan al pasar por sus labios impuros.

Ved aquel reo en capilla; es un mónstruo: cínico é impenitente, repugna y espanta. ¡Su madre! Al verla llegar se extremece el centinela y se conmueve hasta el verdugo. Cuando la sacan, la expresion del mónstruo ha cambiado; aquella alma empedernida se ha conmovido, é inclina su frente ungida por las lágrimas de la que le dió el sér. Allí donde todo inspiraba repugnancia y horror, hay algo que hace sentir compasion y respeto; aquella atmósfera pestilente se ha purificado al pasar por ella el amor desolado de una madre.

Y este amor, lo más grande que hay en el mundo moral, ¿habia de ser incompatible con la perfeccion del entendimiento, lo más grande que hay en el mundo de la inteligencia? Habia de haber antagonismo entre los atributos más nobles de la humanidad? ¿No sería posible la armonía entre las cosas más sublimes, ni que la mujer que piensa fuese madre amorosa?

Dios que es inteligencia y amor, ¿apartaria en la madre el amor de la inteligencia? ¡Hijos de las mujeres pensadoras y amantes, vosotros responderéis algun dia á esta especie de blasfemia!

CAPITULO XII.

La mujer soltera.

La mujer soltera inspira cierto desden, reminiscencia brutal, como hemos dicho, de los tiempos en que no se la consideraba más que como hembra, y efecto de que, por falta de educacion, no es todo lo útil que pudiera ser; á veces parece que su vida sin objeto es una carga para la sociedad.

Hay un tipo de mujer soltera, ciertamente poco recomendable. Egoista, extravagante, concentra sus afectos en su perro ó en su gato, ó se vuelve á Dios con tan poca benevolencia para las criaturas, que hace incompresible su amor verdadero al Criador. Es la mujer excéntrica, intratable, ó la beata maldiciente, sin caridad. Este tipo es raro; lo sería mucho más si la mujer se educase; áun creemos que llegaria á desaparecer, porque es una conse-

cuencia del fastidio, del ocio intelectual y del sentimiento de la propia inutilidad: la prueba es que la solterona extravagante de la clase media y elevada, no existe en la mujer del pueblo que trabaja.

La mujer, es mujer aunque no sea madre, es decir, que es compasiva, paciente, afectuosa, y dispuesta á la abnegacion. Más aún: sin ser madre, tiene afectos maternales. Observemos en el hogar doméstico, cuántas veces la hermana ó la tia soltera cuida de los niños con celo incansable, y los sufre y los ama con afecto verdaderamente maternal. Observemos esas sagradas legiones de Hermanas de la Caridad que amparan á los pobres niños que dejó huérfanos la muerte, la miseria ó el crímen. En toda mujer cuyo natural no se haya torcido de algun modo, hay amor á los niños, compasion hácia el que sufre y piedad religiosa. La sociedad, en vez de explotar este tesoro, le desdeña, si acaso no le escarnece.

La mujer soltera, casta si tiene un poco de pan y un poco de educacion, no es, como el hombre célibe, un elemento de vicios, desórdenes y males, sino que por el contrario, puede consagrar toda su existencia al bien de la sociedad. El amor de Dios y del prójimo forma parte muy esencial de su naturaleza: la lleva á los hospicios, á los hospitales, á la inclusa, al campo de batalla, y la hace atravesar los mares en busca de dolores que consolar. Dad instruccion á esta criatura así organizada, dadle instruccion sólida, y vereis desaparecer los *em-*

pleados de los asilos benéficos, y vereis convertirse las casas de *beneficencia* en casas de *caridad*.

La mujer soltera, que caritativa é ilustrada se dedica al consuelo de sus semejantes, es un elemento social de bien y prosperidad que no tiene precio; su actividad, su vehemencia, su piedad, su abnegacion, su vida entera, se concentra en la buena obra objeto de sus afanes; allí está su hogar y su familia, allí sus alegrías y sus dolores. Toda mujer en la cual la educacion no haya contrariado los buenos sentimientos, tiene cuidados, ó por lo ménos disposiciones maternales para los desvalidos que padecen; esto es tan cierto, que los acogidos en las casas de beneficencia, por instinto ó por gratitud, llaman á las Hijas de la Caridad, *las madres*.

No es necesario que la mujer soltera haga votos ni vista un hábito para que su vida se consagre al bien de los demás. ¡Cuántas veces sola en su casa vive cási exclusivamente para la caridad bajo cualquiera de sus formas, ó agregada á una familia cuida al niño como si fuera su madre, y al anciano como si fuera su hija! Y si esto no sucede con más frecuencia y la mujer soltera no es más útil, consiste en que no tiene la conciencia de todo lo que vale; en que muchas veces se considera como un sér inútil que para nada sirve; en que no hay en ella esa independencia moral y esa firmeza é igualdad de carácter que da la ocupacion útil y la inteligencia cultivada, y en fin, en que carece de recursos porque no puede dedicarse á oficios ó profesiones lucrativas.

Si para convencernos de que los errores se encadenan como las verdades, necesitásemos una prueba más, lo sería la especie de desden que inspira la mujer soltera, en vez del respeto que deberia inspirar. Dada la preocupacion de que en la mujer no hay facultades intelectuales que cultivar, ni aptitudes para las artes, la industria y el comercio; suponiendo que multiplicar la especie es su única mision, cuando no la llena, lógico es que se la considere como un sér inútil. Este absurdo está en armonía con otros, y lo estaba con el modo de sér de las sociedades antiguas, en que el suelo carecia de pobladores. Pero en el mundo moderno, en los pueblos civilizados, los hombres se multiplican con sobrada rapidez, el exceso de poblacion se hace sentir con frecuencia, no son madres lo que falta, y la mujer pura y benéfica que se dedica á hacer bien á sus semejantes, que como no hace falta á nadie está pronta á sacrificarse por todos, que tiene en mucho el hacer bien á cualquiera y en poco su vida, que forma su familia de aquella parte del género humano que sufre y la necesita, y que usa de su libertad haciéndose esclava de los santos deberes que se impone; esta mujer es tan respetable y tan útil como la mejor de las madres. Y no se diga que este es un sér ideal; hay muchas de estas mujeres, y podria haber más.

Es tiempo de que no se trate sólo de la madre cuando se habla de la mujer; de que se comprenda que en toda mujer honrada hay sentimientos ma-

ternales; de que no se mire desdeñosamente un gran elemento de bien para la sociedad; de que se salga de las rutinas para el respeto y para el desprecio; de que no se rebaje nada que esté elevado, ni se niegue prestigio á nada bueno, ni admiracion á nada sublime, ni se quieran hacer moldes para vaciar el mérito. Es tiempo de poner fin á la reaccion que enaltecia el celibato sobre el matrimonio, y de comparar la excelencia de las acciones y no el estado de quien las lleva á cabo. ¡Santas mujeres, que no siendo madres habeis prohijado al género humano, recibid el homenaje de mi respeto, el recuerdo de mi cariño, y las lágrimas que corren de mis ojos al pensar en las que habeis enjugado! Sirva vuestra vida ejemplar de argumento contra los que, combatiendo una preocupacion con otra, se niegan á haceros justicia.

CONCLUSION.

Hemos procurado demostrar las contradicciones de las leyes y la confusion de las opiniones y de las costumbres en lo que á los derechos y capacidad de las mujeres se refiere.

Las contradicciones en que incurre el Dr. Gall al asegurar la inferioridad orgánica de las facultades intelectuales de la mujer.

La superioridad moral de la mujer.

Que habiéndose vedado á la mujer el ejercicio de las facultades intelectuales superiores, poco puede decir la historia, y no obstante, su testimonio es favorable á la opinion de que la inteligencia de la mujer no es inferior á la del hombre.

Las funestas consecuencias que acarrea para el hombre, para la sociedad y para la mujer el error de su inferioridad intelectual, y la imposibilidad de

ejercer ninguna profesion y la mayor parte de los oficios.

Que la mujer puede ejercer todas las profesiones y oficios para que no se necesite mucha fuerza física ni sea un obstáculo la ternura de su corazon, ni tengan algo que repugne á su natural benigno.

Que la mujer educada será más dulce, más benévola, porque la educacion suaviza el carácter hasta de los irracionales.

Que no hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos.

Que los hijos, en vez de perder, ganarán, cuando la madre pueda ejercer una profesion ú oficio lucrativo.

Que la mujer soltera no debe ser mirada con desden; que educada puede llenar una alta mision social; que cuando la llena es tan respetable como la madre.

Esto es lo que hemos procurando probar con toda la brevedad que nos ha sido posible, y tratando sólo las verdades esenciales que una vez admitidas conducen á todas sus múltiples consecuencias.

¿Defendemos lo que se ha llamado *emancipacion de la mujer?* No está muy bien definido lo que con estas palabras se quiere dar á entender, y nosotros deseamos consignar con claridad nuestro pensamiento.

Queremos para la mujer todos los derechos civiles.

Queremos que tenga derecho á ejercer todas las

profesiones y oficios que no repugnen á su natural dulzura.

Nada más. Nada ménos.

Queremos para la mujer la dependencia del cariño, y la que ha establecido la naturaleza haciéndola *más débil, más sufrida* y más impresionable; pero rechazamos la dependencia apoyada en leyes injustas, en costumbres inmorales ó absurdas, y en la pobreza ó la miseria de quien no tiene medios de ganar su subsistencia. Queremos la independencia de la dignidad, la independencia moral de un sér racional y responsable; pero estamos persuadidos de que la felicidad de la mujer no está en la independencia, sino en el cariño, y que como ame y sea amada, cederá sin esfuerzo por complacer á su marido, á su padre, á su hermano y á su hijo.

Queremos que sea dócil, dulce: madre, hija y esposa tierna ántes que todo; que su mision sea una especie de sacerdocio, y que la llene con todo el amor de su corazon y todas las facultades de su inteligencia.

Queremos que puesto que las costumbres le conceden mayor libertad que á la mujer de Oriente, de la Edad media y aun de principios de este siglo, su educacion esté en armonía con esta libertad, para que sepa usar de ella.

Queremos que sea la compañera del hombre. Pudo serlo sin educar, del hombre ignorante de los pasados siglos; no lo será del hombre moderno,

miéntras no exista entre sus ideas la misma armonía que hay en sus sentimientos.

Queremos que no se establezcan diferencias caprichosas entre los dos sexos, sino que se dejen las establecidas por la naturaleza que están en el carácter y bastan para la armonía, porque conviene no olvidar que esta se establece con tanta mayor facilidad, cuanto las ideas están más acordes.

Queremos que en la vida social esté representado el sentimiento y admitida la realidad de sus verdades; que esta representacion la tengan las mujeres principalmente, y lleven á las costumbres, á la opinion y por consiguiente á las leyes, un elemento que muchas veces les falta. Que sin negar á la razon sus derechos, hagan valer los del corazon, y digan y prueben que hay casos y cuestiones, grandes cuestiones, en que un ¡ay! es un argumento, y una lágrima, una demostracion.

Queremos que la mujer avive el sentimiento religioso por medios que estén en armonia con la época en que vive. Ya no se imponen las crencias con la autoridad ni se infunden por el martirio. La caridad y la razon deben fortificar la idea de Dios. La caridad está viva, pero la razon yace casi muerta en la mujer, semejante á un misionero que ignorase el idioma de los pueblos que queria convertir. Es necesario que aprenda ese lenguaje, que purifique sus creencias de toda supersticion; que con su ejemplo combata la idea de los que pretenden hacer incompatible la instruccion y la piedad; que

multiplique los caminos para llegar á Dios, y sobre todo, que no haga reflejar sobre la religion algo del descrédito intelectual de quien la practica.

La mujer tiene que quebrantar por segunda vez la cabeza de la serpiente, de ese escepticismo que se enrosca alrededor de nuestra existencia, que nos inocula su veneno, que nos hiela con su frio, y en vez de armonías sublimes, nos da su silbar siniestro.

Las grandes cuestiones se resuelven hoy á grandes alturas intelectuales; es necesario que la mujer pueda elevarse hasta allí, para que no preponderen el egoismo, la dureza y la frialdad, para que no se llame razon al cálculo, y cálculo á la torpe aplicacion de la aritmética.

Dulce, casta, grave, instruida, modesta, paciente y amorosa; trabajando en lo que es útil, pensando en lo que es elevado, sintiendo lo que es santo, dando parte en las cosas del corazon á la inteligencia del hombre, y en las cuestiones del entendimiento á la sensibilidad femenina; alimentando el fuego sagrado de la religion y del amor; presentando en esa Babel de aspiraciones, dudas y desalientos el intérprete que todos comprenden, la caridad; oponiendo al misterio la fe, la resignacion al dolor, y á la desventura la esperanza; llevando el sentimiento á la resolucion de los problemas sociales, que nunca, jamás se resolverán con la razon sóla: tal es la mujer como la comprendemos, tal es la mujer del porvenir. Por ella nacerán á la vida del alma los hijos del pueblo en las generaciones futuras; por ella será

más pausada y más continua la marcha de las sociedades, sin alternativas de velocidad vertiginosa y de paralizacion mortal: por ella se acabarán si es posible las luchas sangrientas y las victorias de la fuerza; por ella será magnetizado ese mundo, tantas veces impenetrable á la palabra de vida.

Y si todos los pueblos necesitan que conmueva sus entrañas la sensibilidad de la mujer, mucho más aquellos ménos adelantados y ménos dichosos. La comunicacion continua con otros países da lugar á comparaciones desventajosas, que si unas veces determinan nobles impulsos de emulacion, no pocas inspiran desden y desaliento, y afan de ir á gozar en el extrajero las ventajas de una civilizacion más adelantada. Contra este deseo, tantas veces puesto por obra y causa permanente de empobrecimiento, ¿pediremos leyes á los hombres? No. Invoquemos una que Dios ha grabado en el corazon de la mujer. Vosotras ¡oh mujeres! que no dais el primer lugar en vuestro cariño á los predilectos de la naturaleza ó de la fortuna; vosotras que quereis más al hijo enfermizo, deforme, desventurado, comunicad al hombre el más generoso de vuestros instintos, enseñadle á amar á la patria, á su madre, porque es infeliz; hacedle sentir cuán vil es y cuán culpable, el que abandona á los suyos en la desgracia; cread una nueva, una grande escuela política, que no combata más que un adversario: el egoismo; que no escuche más que un oráculo: el corazon.

Como complemento del precioso libro que tenemos hoy la dicha de ofrecer á los lectores de la Biblioteca Económica de Andalucía, publicamos á continuacion los artículos que la señora doña Concepcion Arenal ha publicado en diferentes periódicos acerca de las *Conferencias dominicales* celebradas en la Universidad de Madrid durante el presente año, para la educacion de la mujer.

Su mérito no tenemos que encomiarlo; el público lo conoce ya, y nosotros le prestamos el servicio de presentárselos recopilados en un volúmen, como debian estarlo, formando parte de la biblioteca doméstica de todo buen ciudadano y buen padre de familia. La forma en que han visto la luz pública ha impedido á muchas personas leerlos todos; tanto estas, como las que no los conocen, y mucho más las que han podido seguir el curso de las *Conferencias*, estamos seguros de que nos agradecerán mucho la recopilacion.

PRIMERA CONFERENCIA.

Discurso inaugural, leido por el Sr. D. Fernando de Castro.—Conferencia del Sr. D. Joaquin María Sanromá *Sobre la educacion social de la mujer.*

Cuando en los siglos venideros escriba un filósofo la historia del progreso en España, citará, acompañándola de reflexiones profundas, una fecha: el 21 de Febrero de 1869. ¿Se ha dado en este dia alguna gran batalla en que ha triunfado la justicia? ¿Una Asamblea ha promulgado como ley algun derecho, hasta allí desconocido ó negado? ¿Se han agitado las masas como el mar embravecido, y en las oleadas de su cólera han sepultado en el abismo algun impío error, han levantado hasta el cielo alguna verdad santa? No. El 21 de Febrero de 1869 no ha sucedido ninguna de estas cosas. Ni estruendo marcial, ni aclamaciones de la multitud, que no se ha apercibido siquiera que allá en la Universidad central se reunian algunas personas en el salon de grados. ¿Se iba á conferir alguno? Tal vez. El señor

Ministro de Fomento llegaba, y el Sr. Rector y algunos Catedráticos; muchas señoras corrian impacientes en busca de local que ya no habia, y era tal su actividad y el interés con que buscaban lugar en que colocarse, que no parecia sino que el graduando era hijo de todas y de cada una. ¿Pero dónde estaba el jóven que con tanta ánsia querian ver y escuchar?

Era en vano buscarle más que con los ojos del alma; el graduando no tenía cuerpo; era *una idea* que iba á ser proclamada desde la tribuna, una idea de esas que son el resúmen de una época y el gérmen de otra; una idea de las que crecen primero al calor de algunas inteligencias elevadas, para llegar á ser algun dia patrimonio del sentido comun. Allí iba á decirse que la mujer es un sér racional, un sér inteligente, capaz de recibir educacion y de elevarse á las regiones del pensamiento, de perfeccionarse aprendiendo y de mejorarse perfeccionándose. ¿Y quién se atreve á decir estas cosas en España, donde no há mucho que el saber era un caso de conciencia? ¿Algun jóven atolondrado, alguna cabeza volcánica, algun ambicioso oscuro, que no teniendo otro medio de llamar sobre sí la atencion, quiere atraer las miradas por las excentricidades de su inteligencia?

No. El Sr. Ministro de Fomento preside el acto, y no será seguramente por ninguna mira ambiciosa. El Sr. Rector de la Universidad central no ha menester del discurso que lee para formar su repu-

tacion literaria; ántes de ahora ha probado el señor Castro que sabe pensar y sentir, y decir bien lo que siente y lo que piensa. El Sr. Sanromá debe haber aprendido desde la primera vez que habló en público, que ha nacido orador, grande orador. Así, pues, ni el Ministro ni el Rector ni el Catedrático, acudian á la Universidad por ambicion mezquina ni por vanidad pueril; los impulsaba una idea que iban á proclamar, dándole el prestigio de su autoridad y de su ciencia.

En España, sólo en voz baja se habian atrevido á decir algunos que la mujer es un sér inteligente que puede y debe ser educada como tal, y hé aquí que esta verdad brilla en las esferas del poder, en las regiones oficiales, y se dice con fe y se aplaude con entusiasmo.

El hecho es grave, muy grave, y las nobles voces que se han levantado el 21 de Febrero en la Universidad central, tendrán el eco eterno de la aprobacion de los siglos. Acaso por el momento, no sean los más los que aplaudan. ¿Qué importa? La verdad viene del cielo, y la ven primero los que están más altos: ellos la reciben amorosamente, preservándola á veces de los ataques de la multitud, que al fin la comprende y la adora.

Al ver al Sr. Ministro de Fomento presidir la inauguracion de las *Confererencias dominicales* para la educacion de la mujer, al oir en la tribuna al señor Castro y al Sr. Sanromá, muchos y diversos afectos debieron agitar el corazon de las señoras allí reuni-

das; pero uno tal vez se elevaba más alto que todos; el sentimiento de la gratitud. ¡Oh! sí; os damos gracias muy sinceras, gracias del alma, á los que con pensamiento levantado y mano firme habeis roto el primer eslabon de esa cadena de errores que nos sujetaba á la ignorancia; la ignorancia que engendra la preocupacion, que abigarra el carácter, que degrada el sér moral, que sofoca el pensamiento, que aniquila la inteligencia, que seca las fuentes de toda inspiracion grande y generosa. Gracias á los que habeis levantado el impío veto que nos cerraba el santuario del saber; gracias á los que no habeis desdeñado razonar con nosotras, aunque estamos tan abajo en las regiones del pensamiento; gracias á los que habeis extendido la esfera de nuestros deberes y de nuestros derechos, abriendo nuevos horizontes á nuestro espíritu cautivo.

Vosotros sois los verdaderos caballeros, vosotros los nobles paladines que rompeis lanzas por la hermosura de nuestra alma. No negaremos una lágrima á vuestros dolores, ni un canto á vuestra memoria, ni el Supremo Juez os preguntará severo:—¿Qué habeis hecho de la compañera que formé á Mi imágen y semejanza?

No temais, generosos campeones de la educacion de la mujer, no temais que vuestras lecciones se pierdan, ni que nuestros ojos se cierren á la luz de la verdad. Los hombres no han podido destruir la obra de Dios; adormecidas nuestras facultades, no están muertas. ¿No veis cómo por las rejas de ese

calabozo, donde han querido encerrar nuestro entendimiento, se perciben los resplandores del fuego santo que arde en nuestra alma? ¿Cuándo, dónde se ha dicho á la mujer: «Marcha por esa difícil vía que conduce á un alto fin,» que la haya dejado desierta? Nos abrísteis el camino del cielo, y llenamos los potros de mártires y los altares de santas. Nos declarásteis capaces de ejercer la caridad, y recogimos á los niños y consolamos á los ancianos, y cuidamos á los enfermos y auxiliamos á los moribundos. ¿Cuándo nos habeis otorgado vuestra confianza, que faltemos á ella? ¿Cuándo habeis aligerado el peso de nuestra cadena, que no demos un paso hácia el bien?

El hombre, á medida que se ha civilizado, ha refinado sus gustos y ha sentido la necesidad de que la mujer tomase parte en los espectáculos que le divierten. Le ha permitido que baile y cante, que toque y que declame. En las regiones de arte la ha visto elevarse tanto como él, y ha gozado de este placer sin sospechar que encerraba una leccion. Y la leccion era, no obstante, bien clara. La mujer ha recorrido con paso firme todos los buenos caminos que no se le han cerrado. Ha sido mártir, santa, sacerdotisa de la caridad y artista: no le habeis dejado ser más, hombres que ni áun sabeis ser egoistas; abridle nuevas vias y las recorrerá; esto es lo que dice la lógica, el simple buen sentido.

Los que intentan educar á la mujer como á un sér racional é inteligente, han emprendido una tarea árdua, un trabajo rudo; pero el objeto es alto y el

éxito, más ó ménos remoto, seguro. Apresurémosle nosotras con buena voluntad y perseverancia; procuremos vencer nuestros hábitos de frivolidad y holganza intelectual, persuadiéndonos de que el saber es estudio, y el estudio es trabajo. Demos á nuestros maestros la prueba de gratitud más profunda, la recompensa más dulce, utilizando sus lecciones y prestando con nuestros progresos, argumentos poderosos que puedan arrojar á la cara de sus adversarios. Tendremos que luchar con muchas dificultades y que habérnoslas con un enemigo vil que á veces es poderoso: el ridículo; mas aprendamos á despreciarle, y comprenderemos que no hay razon para temerle. El ridículo es como los gases mefíticos de la *cueva del perro:* no matan sino á los que caminan á flor de tierra; levantemos la frente al cielo y le dejaremos muy por debajo, respirando en las regiones serenas de la inteligencia.

SEGUNDA Y TERCERA CONFERENCIA.

Lectura por el Sr. Hartzenbusch de su cuento fantástico *La hermosura por castigo*.—Conferencia del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado sobre la educacion de la mujer por la historia de otras mujeres.—Lectura por el Sr. Arjona de *El castellano viejo*, de Larra.—Conferencia del Sr. D. Francisco de Paula Canalejas *Sobre la educacion literaria de la mujer*.—Lectura por el Sr. Campoamor de dos cantos de su *Drama Universal*.

Hemos contraido el compromiso, con alguna persona que tenemos en mucho, de dar cuenta al público de las *Conferencias dominicales*, no porque creamos que le interesen gran cosa, sino porque comprendemos que deben interesarle. Hablamos de la primera (1), y no habiéndonos sido posible por falta de salud decir nada de la segunda, haremos hoy de ella mencion al ocuparnos de la tercera.

En la segunda *Conferencia dominical* se han empezado las *lecturas públicas*, tan generalizadas fuera de España, y que hasta ahora no habian podido aclimatarse entre nosotros. Creemos que el señor

(1) En *La Reforma* del 25 de Febrero.

Hartzenbusch, que las ha inaugurado en la Universidad central, lo habrá hecho con buen éxito, y que muchos despues de él darán instruccion y recreo por este medio, primero al público, despues al pueblo: la armoniosa lengua en que han escrito Cervantes, Santa Teresa y Fr. Luis de Granada, es bien propia para ilustrar el entendimiento, regalando el oido. El ilustre autor de *Los amantes de Teruel* leyó su bello cuento fantástico *La hermosura por castigo*, altamente moral y bello y armonioso, como todas las obras del Sr. Hartzenbusch.

El Sr. Rada y Delgado, en un discurso de bellas formas, recordó los nombres y los merecimientos de las mujeres célebres, como un ejemplo y un estímulo para que las mujeres todas procuren cultivar sus facultades, y se extendió principalmente hablando de las mujeres españolas cuyos nombres conserva la historia. Oportuno fué el tema elegido por el Sr. Rada y Delgado, porque uno de los obstáculos más insuperables que se encuentran para la educacion intelectual de la mujer, es la menguada idea que de su inteligencia tiene la mujer misma. Su ignorancia entraba hasta aquí como parte integrante del órden establecido, era la legalidad existente en el mundo moral, y es difícil que haya muchas que se sientan con bastante fuerza para ser rebeldes.

Dió principio á la tercera *Conferencia dominical* el Sr. Arjona, leyendo un artículo del inmortal Larra, *El castellano viejo;* decimos mal leyendo, representando, porque nunca ha sido el Sr. Arjona me-

jor actor. Nos hizo ver el cuadro tal como Fígaro le concibió, y el interés con que fué escuchado y la justicia con que fué aplaudido, son clara prueba de que con buena eleccion de lectura y de lector, las *lecturas públicas* podrán llegar á ser *lecturas populares* y un poderoso elemento de educacion para el pueblo.

El Sr. Campoamor subió á la tribuna á leer versos, para lo cual se necesita cierto valor, dado el descrédito en que han caido. Pero el valor suele ser la conciencia de la fuerza, y el modo con que el señor Campoamor fué escuchado y aplaudido prueba bien que, por más que trabajen los copleros por desacreditar la poesía, el público reconoce siempre y saluda con respeto al poeta.

La inteligencia del Sr. Campoamor reviste tantas formas, que no sabemos, á decir verdad, cuándo llena su propio traje ó cuándo está disfrazada. Ya gime doliente, ya rie sarcástica; ya eleva su voz ronca y desapacible, ya entona cantos dulcísimos y suaves. Ayer dejó en nuestra frente el beso puro de un niño; hoy quiere acercar á nosotros los labios abrasados por dónde parece haber pasado la blasfemia; ora nos mece en dulces sueños, ora exagera las amargas realidades; aquí da culto á la verdad, allá parece prendada del sofisma, y alternativamente se pasea por los abismos de la desesperacion y por los cielos de la esperanza. Muchas veces le hemos preguntado:—¿Quién eres?—Nunca nos ha respondido.

En la tercera *Conferencia dominical*, la inteligencia del Sr. Campoamor vistió su traje más bello y alzó su voz más suave y tambien la más poderosa, dando imágenes para nuestra fantasía, verdades para nuestra inteligencia y sentimientos para nuestro corazon. ¿Por qué no es siempre así? ¿Por qué quien puede cautivar las miradas con un hermoso rostro, ha de llamar la atencion con un gesto?

Comprendemos que no faltarian al Sr. Campoamor respuestas para esta pregunta, y le replicamos. En nuestra opinion, las inteligencias elevadas tienen deberes *maternales* para con la humanidad, que puede considerarse como doliente; que padece de ignorancia y de error; de fanatismo y de incredulidad; de egoismo y de pasion, y sufre dolores crueles é infinitos. ¿Qué han de hacer los que más que ella saben, los que mejor que ella sienten? Lo que una madre con el hijo enfermo. Devorar sus lágrimas y su desesperacion por no afligirla; decirle todo aquello que pueda hacerla mejor y ménos desgraciada; buscar en la duda aquellas ideas que sean más consoladoras, y despues de haber hecho cuanto es posible para suavizar los dolores de la vida, apartar la desesperacion de su lecho de muerte. Este es, á nuestro parecer, el papel que deben representar las inteligencias superiores, y no comprendemos cómo quieren cambiarle por ningun otro. Hace muchos años, decíamos á una de nuestras primeras inteligencias exhortándola para que tomase un giro

útil á la humanidad, y en la suposicion de que así lo hiciera:

La página más bella de tu historia
Trazará el sacro fuego que te inflama:
Dejar al mundo un nombre; esa es la *fama:*
Hacer al mundo bien; esa es la *gloria.*

Sucede á veces, tratando de varias cosas, que se deja la más importante para la última, y esto nos acontece hoy al hablar del discurso del Sr. Canalejas, cuyo tema era *Educacion artística y literaria de la mujer*. No caeremos en la mala tentacion de hacer de él un resúmen, dando el feo esqueleto de una hermosa figura. Los discursos pronunciados en las *Conferencias dominicales* se imprimen, y el del señor Canalejas es de los que, despues de haberse escuchado con entusiasmo, se leerá con provecho. Pensamientos profundos, imágenes bellas, sentimientos delicados, conocimiento del corazon de la mujer, de sus ilusiones y de sus desengaños; de las fuentes de su desesperacion y de su consuelo; todo lo notamos en el Sr. Canalejas al oir su voz elocuente. Bien pudo ver en el modo de escucharle y de aplaudirle que se comprendian sus ideas, que se sentian sus sentimientos, y que en el público se reflejaba su inteligencia, como se refleja la luz en las aguas puras y tranquilas. Pero hubo un momento en que no se aplaudió al poeta, ni al pensador, ni al orador elocuente, sino al hombre honrado; al que en nombre del arte, de la poesía, de la virtud y de la dignidad humana, levantaba su voz contra esa pública infa-

mia que se llama *baile* en algunos teatros, y conjuraba á las señoras á que no asistieran á ella, rechazando con indignacion tan vergonzosa inmoralidad. Las palabras con que el Sr. Canalejas anatematizó esos lascivos espectáculos fueron aplaudidas con entusiasmo: pero los aplausos que no van mezclados con bendiciones, son vano ruido, y los hombres de la talla intelectual del Sr. Canalejas deben aspirar á algo más que á triunfos del amor propio.

Nos decia el domingo estas ó parecidas palabras: «Si despues de oir un discurso ó de leer un poema ó »de ver un espectáculo, hay más elevacion en vues»tros sentimientos; si os sentis mejores y con más »propension al bien, prueba es que en el poema, en »el espectáculo y en el discurso hay poesía.» La del suyo tiene esta prueba entre otras, porque despues de oirle ha adquirido fuerza una idea que con desaliento habiamos dejado entre las inútiles aspiraciones: la de levantar la voz, en nombre de la moral públicamente ultrajada, para combatir esos espectáculos, oprobio de un pueblo honrado. No es nuestra voz débil, es la poderosa y autorizada del señor Canalejas la que ha tomado esta generosa iniciativa, y ya que halló un eco tan prolongado, ya que le aplaudimos con las manos y con el corazon los que tenemos encanecido el caballo y los jóvenes imberbes, preciso es que esa voz tome cuerpo y se convierta en una asociacion fuerte y poderosa, en un dique contra ese asqueroso torrente que amenaza inundarnos con su pestilencia. La antigua aristocra-

cia decia:—Nobleza obliga.—La nueva, la del saber, debe decir:—Inteligencia obliga.—Y si obliga, en efecto, como creemos, mucho tiene obligacion de dar quien mucho ha recibido.

Rogamos al Sr. de Canalejas que una la accion á la inspiracion y al consejo; rogamos al inteligente auditorio que asiste á las *Conferencias dominicales*, que sirva de núcleo para una asociacion contra los espectáculos inmorales; rogamos al Sr. Rector de la Universidad que, como sacerdote, se ponga á la cabeza de esta falange que va á combatir por la más delicada de las virtudes, la castidad: que como promovedor de las *Conferencias dominicales* procure que salgan de ellas más que elocuentes discursos y ruidosos aplausos, que salga alguna buena accion para que nadie pueda dudar de la bondad del árbol viendo la utilidad del fruto.

No se comprende cómo las autoridades de la libertad no ven que el despotismo puede descargar su maza sobre una multitud corrompida, pero que la libertad necesita buenas costumbres.

No se comprende cómo hay un hombre que por ganar dinero ha ido á Francia en busca de instrumentos viles que en España no pudo hallar, aceptando un ignominioso privilegio de introduccion. No comprendemos cómo se prohibe la venta de venenos que no son nocivos más que para el cuerpo, y se permite que se vendan los que á la vez envenenan el cuerpo y el alma. Pero aunque no las comprendamos, todas estas cosas suceden, y seria triste

que no pudiera oponerse á tan grande mal correctivo alguno.

Asociémonos contra los espectáculos inmorales y obscenos; hagamos uso de todos los medios honrados, que son muchos, para rechazar la asquerosa baba del vicio que nos quieren escupir al rostro. Nádie nos impide escribir, asociarnos, reunirnos, protestar. Si no lo hacemos, si no sabemos enfrenar la licencia con la libertad, merecedores somos del despotismo, y le tendremos.

CUARTA CONFERENCIA.

Conferencia del Sr. D. Fernando Corradi acerca de la influencia del Cristianismo en la mujer, la familia y la sociedad.—Lectura por el Sr. Segovia de su artículo *Del Lujo*.—Lectura por el Sr. Valera de su poesía *A Genoveva*.

La cuarta *Conferencia dominical* para la educacion de la mujer, estaba á cargo del Sr. D. Fernando Corradi, que con la correccion y fluidez que distinguen su palabra, desenvolvió el siguiente tema. *De la influencia del Cristianismo sobre la mujer, la familia y la sociedad*. Puso de manifiesto las tendencias civilizadoras de la doctrina del Salvador, y cómo en el Evangelio estaba el gérmen del progreso, de la libertad, de la iguáldad y de la fraternidad. Hizo ver cuánto debe la mujer al Cristianismo, que la elevó á compañera del hombre, fortificando en su corazon la caridad y la castidad, las dos virtudes que más la realzan. E insistió por fin, con aplauso de la concurrencia, en que la religion no es responsable de los excesos del fanatismo, condenando enérgi-

camente la intolerancia, causa, dijo, de nuestro atraso y de nuestra miseria.

El Sr. Segovia subió á la tribuna despues, y citó, con merecido elogio, á todos los señores que le habian precedido en aquel lugar, con motivo de las *Conferencias*, manifestando, que no todo habia de ser brillante y elevado y florido, y que las señoras habian de permitir que allí se hablase tambien en tono humilde y hasta familiar, como él iba á hacerlo, sirviendo como de conveniente sombra para que resaltasen más los efectos de luz. O la modestia del Sr. Segovia llega hasta un punto inverosímil, ó quiso añadir la sorpresa á las varias y agradables impresiones que nos produjo su escrito, más propio para brillar entre los más brillantes, que para realzarlos por el contraste de sus pálidas tintas.

El Sr. Segovia tomó por asunto de su escrito *el lujo*, y nunca hemos visto mejor seguido el difícil precepto de instruir deleitando. Dijo muchas verdades, y dado que el auditorio era en gran parte femenino, algunas podian parecer algo aventuradas, pero todas fueron recibidas con aplauso; ni era posible otra cosa, presentándose ataviadas con tal primor de lenguaje y tanto chiste y gracejo. ¡Grande y hermoso privilegio del talento, abrirse paso hasta el entendimiento y hasta el corazon, ejerciendo una especie de dictadura sobre la voluntad! Comprendemos que quien maneja tan magistralmente nuestra armoniosa lengua, como el Sr. Segovia, se indigne y truene contra esa invasion de palabras extranje-

ras admitidas por buen tono y mal gusto, y en prueba de vasallaje intelectual que no pueden aceptar los que tienen en su ingenio medios de sustentar su independencia.

El Sr. Segovia ha empleado todos los tonos para llegar al corazon y el entendimiento, y por el modo de escucharle y de aplaudirle, le probó el público que lo habia conseguido. Recomendamos á todos los amigos de lo bueno y de lo bello la lectura de su discurso, que se imprimirá, y copiamos la definicion del lujo, que nos parece notable. «Gasto supérfluo »é improductivo, sostenido por mera ostentacion, ó »desproporcionado á los recursos de quien le costea.»

Dijo el Sr. Segovia que, influyendo las mujeres tan principalmente en las costumbres, el lujo era en gran parte obra suya. Somos de su opinion, pero preguntamos: ¿Por qué sucede así? ¿Por qué las mujeres son más vanas que los hombres? Porque como ha dicho un hombre eminente, *la vanidad se coloca donde puede,* y las mujeres, dada su educacion, apénas pueden colocarla más que en fruslerías. Detrás de todo error hay una desgracia, y la desgracia del lujo es en gran parte consecuencia de la mala educacion de las mujeres, que da giros extravagantes y perjudiciales á su actividad, y vedando las cosas nobles y grandes á su natural deseo de distinguirse, le impulsa hácia las pequeñas y ridículas.

La mujer, como el hombre, desea sobresalir, y para conseguirlo, echa mano de los medios que tiene. No siéndole permitido adornar su inteligencia,

atavía su cuerpo; á la manera del salvaje se engalana con plumajes y colores, y no pocas veces tambien como él se desfigura.

Educadla, hombres, cultivad sus facultades superiores, y cuando sea ménos frívola, será ménos dada á vistosos atavíos y más dispuesta al órden y á la economía.

Terminada la sabrosa lectura del Sr. Segovia, el Sr. Valera recitó unos sentidos versos, y conmovido con un recuerdo que ha quedado sin duda muy impreso en su corazon, conmovió tambien al auditorio.

El Sr. Rector de la Universidad, que presidia la *Conferencia*, anunció para la próxima, que el señor Labra hablaria de la situacion de la mujer bajo el punto de vista jurídico, y ya que esta materia empieza á tratarse, tal vez no sean enteramente inútiles algunas observaciones, entresacadas de unos apuntes, y que figuran allí con el epígrafe de

CONTRADICCIONES (1).

El error, tarde ó temprano, acaba por limitarse á sí mismo, y la primera forma de su impotencia es la contradiccion: si quisiera ser lógico, se haria imposible. La humanidad, que puede ser bastante

(1) No se suprime esta parte del artículo, cuyas ideas se han visto ya en LA MUJER DEL PORVENIR, para que se comprenda bien el siguiente.

ciega para dejarle sentar sus premisas, no es nunca bastante perversa ó insensata para permitirle que saque todas sus consecuencias: le opone su razon, sus afectos ó sus instintos, y él transige; podemos estar seguros de que donde hay contradiccion hay error ó impotencia.

Aplicando esta regla al papel que la mujer representa en la sociedad, por la falta de lógica del hombre, vendremos á convencernos de su falta de razon primero, y de justicia despues.

Una mujer puede llegar á la más alta dignidad que se concibe, puede ser madre de Dios: descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa, y el hombre que la venera sobre el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio. ¿Qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento impío sería que en el templo osara aspirar á la categoría del último sacristan. La lógica aquí sería escándalo, impiedad.

Si del órden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de menor bulto. ¿Cómo una mujer ha de ser empleada en aduanas ó en la deuda, desempeñar un destino en Fomento ó en Gobernacion? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para estanquera: que pretendiese ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica.

En las relaciones de familia, en el trato del mun-

do, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor? ¿Cuál su puesto? Nádie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto y con desprecio allá. Unas veces sufre esclava, otras tiraniza; ya no puede hacer valer su razon, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible es que la halleis en el caos que resulta del choque continuo entre las preocupaciones y la ilustracion, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia. El libertino que escarnece la virtud, cree en la de su madre; el cínico arriesga la vida en un desafío por defender el honor de su hermana; el que ha hecho muchas víctimas y hollado las más santas leyes, recibe como tal un capricho de la que ama; el que tiene teorías y hábitos de tirano, viene á ser el esclavo de su hija ó de su nieta. El corazon, los instintos, la conciencia, se oponen de continuo en la práctica á esas teorías que conceden al hombre superioridad moral sobre la mujer. Se ve, pues, arrastrado á ceder de lo que llama su derecho cuando no abusa de él, y al conceder esta gracia, ya no establece reglas de justicia, porque no es fácil poner límites á la generosidad del que da por afecto, ni á la exigencia del que recibe sin reflexion. Así, pues, en las relaciones domésticas y sociales del hombre y la mujer, como lo que se llama justicia no lo es, ni puede por lo tanto convertirse en regla permanente y respetada, todo está á merced de los afectos y de las pasiones, todo es tan ocasionado á mudanzas como ellas, y por punto general,

á las mujeres se les da más ó ménos de lo que merecen y les es debido: son, el niño oprimido á quien se hace siempre guardar silencio, ó el niño mimado que impone su voluntad. Con sólo mirar lo que pasa enrededor nuestro, veremos tantas contradicciones como individuos hemos observado.

Si dejando las costumbres pasamos á las leyes, ¿qué es lo que ven nuestros ojos? ¡Ah! Un espectáculo bien triste, porque la ley no tiene la flexibilidad de los afectos, y si el padre, y el esposo, y el hermano son inconsecuentes para ser justos, la ley inflexible no se compadece del dolor ni se detiene ante la injusticia. Las contradicciones de la ley pesan sin lenitivo alguno sobre la mujer desdichada. Exceptuando la ley de gananciales, tributo no sabemos cómo pagado á la justicia, rayo de luz que ha penetrado en oscuridad tan profunda, las leyes civiles consideran á la mujer como menor si está casada, y áun no estándolo le niegan muchos de los derechos concedidos al hombre.

Si la ley civil mira á la mujer como un sér inferior al hombre, moral é intelectualmente considerada, ¿por qué la ley criminal la impone iguales penas cuando delinque? ¿Por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual á él? ¿Por qué no se la mira como al niño que obra sin discernimiento, ó cuando ménos como al menor? Porque la conciencia alza su voz poderosa y se subleva ante la idea de que el sexo sea un motivo de impunidad: porque el ab-

surdo de la inferioridad moral de la mujer toma aquí tales proporciones que le ven todos: porque el error llega á uno de esos casos en que necesariamente tiene que limitarse á sí mismo, que transigir con la verdad y optar por la contradiccion. Es monstruosa la que resulta entre la ley civil y la ley criminal; la una nos dice:—Eres un ser imperfecto; no puedo concederte derechos.—La otra:—Te considero igual al hombre y te impongo los mismos deberes; si faltas á ellos incurrirás en idéntica pena.

La mujer más virtuosa é ilustrada se considera por la ley como inferior al hombre más vicioso é ignorante, y ni el amor de madre, ¡ni el santo amor de madre! cuando queda viuda, inspira al legislador la confianza de que hará por sus hijos tanto como el hombre. ¡Absurdo increible!

Es tal la fuerza de la costumbre, que saludamos todas estas injusticias con el nombre de *derecho*.

Las *Conferencias dominicales* no dudamos que derramarán luz sobre esta cuestion, como sobre otras muchas que á la mujer se refieren; las verdades se encadenan, y no se demuestra una sin preparar el conocimiento de otra.

QUINTA CONFERENCIA.

Las *Lamentaciones de Jeremías.*—Educacion jurídica de la mujer.—Un Domingo de Ramos en el siglo XVI.

Las *Conferencias dominicales,* que hace algunas semanas se celebran en la Universidad central, han sido tan acertadamente dirigidas por el Sr. Rector y por la sociedad formada con este objeto, que están llamando poderosamente la atencion del público: el antiguo salon de grados es ya insuficiente para la numerosa concurrencia que acude todos los domingos ántes de las dos de la tarde, hora fijada; siendo grande el número de señoras, lo cual prueba que se ha conseguido el principal fin de la asociacion. Hasta ahora no ha decaido el interés de las *Conferencias,* como lo puede comprobar quien se tome la molestia de leer los seis elegantes folletitos que van ya publicados.

Cuatro de estas importantes sesiones han tenido

la honra de ser descritas y analizadas en varios periódicos por la señora doña Concepcion Arenal; y en verdad que ha sido buena suerte de las *Conferencias* mismas, y de cuantos hemos tomado parte en ellas, el lograr tan discreta cronista: desgraciadamente para todos, el Domingo de Ramos no pudo asistir la entendida escritora por hallarse indispuesta, y esta lamentable circunstancia privará al público de un elegante y ameno artículo crítico como los anteriores, siendo forzoso que se contente por hoy con la descarnada y árida relacion que brevemente vamos á hacer de la quinta *Conferencia*.

Ocupó el primero la tribuna el presbítero Don Antonio García Blanco, antiguo y muy conocido catedrático de lengua hebrea, para leer algunos fragmentos de las *Lamentaciones de Jeremías*, tales como el distinguido hebraizante las ha traducido directamente del hebreo, y aparecen en un librito que se distribuyó á las señoras presentes, las cuales podrán conservar así, no solo el texto de los lastimeros *threnos*, sino el interesante prólogo, tan instructivo como ameno, con que los ha enriquecido el traductor.

Este carácter de amenidad sabe dar siempre el Sr. García Blanco á todas sus explicaciones, y es indudablemente circunstancia que debe procurarse con empeño, cuando se trata de trasmitir ciertos conocimientos de árido aspecto, y más si son las que escuchan personas del sexo femenino, ménos acostumbradas á cierta clase de estudios.

No es posible encarecer, ni podria creerlo quien nunca haya oido al erudito profesor, con qué paciencia, atencion y deleite fueron oidas sus explicaciones acerca de lo que eran los profetas entre el pueblo hebreo: dió noticia de los colegios en que aprendian á profetizar, y que eran como conventos, que participaban de lo que ahora llamaríamos seminarios y noviciados; allí, dijo, aprendian ciencias semejantes á las que modernamente titulamos *cosmogonía, antropología, ideología, estética* y otras varias; allí se ejercitaban en alcanzar y poseerse del *espíritu de Dios*.—¿Y qué es el espíritu de Dios? preguntaba el Sr. Blanco. Y luégo respondia, apoyándose en el texto sagrado, que dice:—«Todas las vías del Señor son de misericordia y de verdad.»—Ese espíritu de verdad y de misericordia es el que inspira á los profetas.

Estendióse despues en noticias curiosas y eruditísimas acerca de las profecías; explicó su índole, su lenguaje figurado, poético, hiperbólico; su estilo apasionado, enigmático, solemne, misterioso. No omitió el contarnos las particularidades notables con que se producian aquellos anuncios tremendos, aquellas amenazas, aquellas reprensiones, aquellas amargas y severísimas censuras contra el vicio, contra la depravacion, contra la tiranía. Hizo tambien mencion el Sr. Blanco de los falsos profetas de pueblos más modernos, como los de Roma, llamados *augures, aruspices,* ó más bien *haruspices, extispices, prodigiatores, fulguratores*, etc.

No recordamos que nombrase á todos estos el

Sr. García Blanco, pero con su erudita á la par que sencilla explicacion, nos dijo lo bastante para estimular á los curiosos á un paralelo entre los inspirados de Israel y aquellos fanáticos impostores latinos que formaban tambien un *colegio* ó corporacion y tenian sus tradiciones y sus libros *(libri etrusi, haruspicini, fulgurales, rituales*, etc.)

Comprendió tambien en su explicacion el distinguido catedrático, la forma literaria de los *thremos*, de los cuales decia, que mejor que *Lamentaciones*, deberian llamarse *Lamentos* de Jeremías, y puso al alcance de todos la razon de escribirse al principio de cada verso una letra del *alefato* ó alfabeto hebreo, por su órden natural de *aleph, beth, ghimel, daleth*, etc., formando como una especie de acróstico simbólico. Y en verdad que nunca hemos oido tan clara y sencillamente explicada esa alegórica circunstancia á que aludia San Jerónimo cuando decia de Jeremías: *Civitatis sua* (Jerusalem), *ruinas quadruplici planxit alphabeto.*

Hechas estas interesantísimas explicaciones, procedió el Sr. Blanco á leer algunos fragmentos de su traduccion, á la cual, fuera del ingenioso artificio de seguir el mismo órden alfabético, nos abstenemos de dar otro elogio, porque sería ostentar, quien esto escribe, una competencia muy ajena de su ignorancia. Para los mas peritos se pondrá aquí una muestra de esta notable traduccion:

Tradujo de la *Vulgata:*

ALEPH.—*Quomodo sedet sola civitas plena populo:*

facta est quasi vidua domina gentium: princeps provinciarum facta est sub tributo.

Tradujo del texto anterior el P. Scio:

«ALEPH.—¿Cómo está sentada la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda la señora de las naciones: la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.»

Y traduce el Sr. García Blanco del texto hebreo directamente:

«ALEPH.—¡Ay! ¡Que yace solitaria la ciudad de tanto concurso! ¿Está como viuda? ¡Tan grande entre las gentes! ¡Tan principal entre las provincias! ¡Sujeta á tributo!!!»

El verso *beth,* que en la *Vulgata* empieza diciendo: «*Plorans ploravet in nocte,*» y que el P. Scio tradujo: «Lloró hilo á hilo en la noche,» le empieza nuestro traductor hebraizante de este modo: «¡Baladrado llanto llora por la noche!»

Ha hecho muy bien el ilustre profesor, ya que le venía de molde por su inicial B, de resucitar ese verbo malamente arrumbado, como otros muchos vocablos significativos de nuestra lengua, por los malos españoles que la desprecian porque la ignoran. *Baladrar*, significa en castellano dar gritos, alaridos y áun aullidos. Cervantes ha dicho:

«..... el espantable
baladro de algun mónstruo.»

Baladrado llanto es, pues, no un llanto mudo ni áun de sollozos, sino un llanto de alaridos y de agudos ayes lastimeros.

La oracion de Jeremías, que sirve de remate á los cuatro *threnos*, no tiene el acróstico alefático: pero el Sr. Blanco se ha complacido en tomar por iniciales de sus *versos* las letras de nuestro abecedario.

No pudo ser breve tal lectura adornada con tal leccion; pero ni el auditorio mostró la menor impaciencia, ni dejó de recompensar al orador con justos aplausos.

El Sr. Labra pronunció despues un largo discurso, bien nutrido de doctrina, sobre la *Educacion jurídica de la mujer*. Se lamentó con razon de la ignorancia en que vivimos los españoles en general, hombres y mujeres, de los derechos que la ley nos concede y de los deberes que nos impone. Entró luégo á demostrar lo mal parada que la mujer sale del conjunto de las disposiciones legales hoy vigentes; dijo bien dichas cosas muy buenas, ya que no enteramente nuevas, y coincidió en algunos puntos con ciertas opiniones indicadas por la ilustre escritora que ya hemos nombrado, la señora Doña Concepcion Arenal, en el artículo en que analizó la cuarta *Conferencia*.

No se atreveria el que estas líneas va escribiendo á juzgar unas ni otras; pero en su humilde opinion hay gran peligro en perder de vista un principio que el Sr. Rector puso muy en claro en su discurso inaugural de estas *Conferencias*, á saber: que el hombre y la mujer no son dos séres idénticos; son más bien complemento el uno del otro,

destinado cada uno á *muy diversas* funciones, dotado de *muy diversas* aptitudes: deben, pues, ocupar muy distinto lugar en la sociedad civil y en la política. Todo lo demás son sueños generosos. Así lo demuestran, desde el *Génesis* hasta nuestros dias, la Historia sagrada, la Historia profana, la Historia natural, la legislacion de todos los países cultos, la filosofía, fisiología, la razon y el sentido comun.

Se admira la Sra. Arenal de que la mujer que ha podido ser Madre de Dios sea considerada *por el hombre* indigna de llenar las funciones del sacerdocio. Hay aquí un error DE HECHO: *el hombre* en la sociedad pagana creó sacerdotisas; pero el *Dios-hombre* lo dispuso de otra manera. Eligió madre porque quiso ser verdaderamente hombre naciendo de una mujer, pero no eligió mujeres para el sacerdocio; esta alta mision fué conferida *exclusivamente* á individuos del sexo masculino por el Divino Fundador de nuestra religion; y no en verdad porque faltasen allí santas mujeres á quienes elevar al sagrado ministerio con la imposicion de las manos é infundiendo en ellas el Espíritu Santo.

Sea permitido refutar de paso esta opinion, que nos parece aventurada, ya que hay tan irrefragable autoridad para combatirla: si no existen otras de tanto peso para contradecir algunos asertos del señor Labra, dejémoslo para otra ocasion, y pongámonos todos de acuerdo en que en efecto falta mucho, muchísimo, para colocar legal y socialmente á la mu-

jer en el puesto que le corresponde, y que entre nosotros no ha alcanzado todavía.

Para amenizar discretamente esta *Conferencia*, despues de un discurso de tan elevado asunto, nos leyó el Sr. D. Antonio Hurtado un precioso fragmento de cierta obra que trata de publicar con el título de *Galas de Madrid:* el trozo leido fué una interesante descripcion de un Domingo de Ramos en la calle Mayor de la corte en el siglo XVI. Una feliz combinacion de lo lírico y lo dramático, géneros ambos en que es maestro el autor, dan doble encanto á aquella sabrosa muestra de la obra citada. La reunion la premió con repetidos aplausos, y en nuestro concepto no hizo otra cosa que justicia.

SEXTA CONFERENCIA.

Lectura por el Sr. Bustillo de un artículo suyo *Sobre la educacion de la mujer.*—*Conferencia* del Sr. D. Santiago Casas *Sobre la higiene de la mujer.*—Lectura por el Sr. Aguilera de tres poesías suyas.

La *higiene* era el asunto de la sexta *Conferencia* tratado por el Sr. Casas con palabra fácil, argumentos apropiados y razones concluyentes, expuestas con claridad. Gran mérito contraen, y mucha gratitud debemos á los que no se arredran ante la aridez de un asunto, y sacrificando su amor propio al amor á la humanidad, quieren instruirla de lo que debe saber, arrostrando su fastidio y su impaciencia, porque es frecuente que los hombres presten atencion á las cosas en razon inversa de su importancia. Pero el público que acude á las *Conferencias dominicales* de la Universidad, no es un público cualquiera; y si los oradores, y los humanistas, y los poetas que suben á la tribuna le hacen un gran favor, seguros pueden estar de hallar jus-

ticia y de que allí no hay razon que no se comprenda, ni sentimiento que no se sienta, ni matiz, por ténue que sea, que pase desapercibido: complace el escuchar como escucha. Este público, á pesar de lo árido del asunto, oyó al Sr. Casas con mucho gusto, aplaudiéndole con justicia.

La higiene, como tantas otras cosas, para las cuales se la juzga incompetente, es de la especial competencia de la mujer. Ella cuida de la ventilacion y aseo de la casa, del régimen alimenticio y de que el abrigo sea apropiado á la estacion. Ella atiende á que el niño no carezca de ninguna de tantas cosas como necesita, y puede hacerle formar hábitos que contribuyan á la conservacion de su salud. Ella puede corregir una organizacion viciosa, fortificar la endeble y evitar que la robusta decaiga y se debilite. Ella, con su dulzura y la perseverancia de su organizacion y su cariño, puede alcanzar que las reglas minuciosas de la higiene, practicadas por el niño, lleguen á ser hábitos en el hombre.

Pero ¿cómo puede aprender higiene la mujer sin tener algunas nociones de fisiología, ni tener conocimiento de la fisiología careciendo de todos los auxiliares? Si ha de instruirse, es preciso que su instruccion tenga cimiento, de mayor ó menor extension, pero sólido y seguro.

Si no, las reglas que se le dan las aprenderá de memoria, si acaso las aprende, y serán como esos libritos de *cuentas ajustadas* para los que no saben aritmética; en ofreciéndose una suma ó multiplica-

cion que no esté en el libro, ó se paran, ó dicen un disparate.

Si los hombres se persuadieran de cuánto les importa que las mujeres sepan higiene para cuidar los niños, enfermos y ancianos, para contribuir á prolongar y hacer más grata la vida, y para no ver á su prole raquítica y enfermiza; si supieran que muchos no serian endebles y escrofulosos si su madre, y su abuela y su visabuela hubiesen tenido higiene, de seguro procurarian que la aprendiesen sus esposas y sus hijas: en esto, como en todo, la mayor perfeccion de la mujer redunda en ventaja del hombre.

Terminado el discurso del Sr. Casas, el señor Bustillo leyó un artículo muy bien escrito, en que presenta como ideal una mujer educada cual debe estarlo, y que á su vez educa bien á sus hijos; que es la verdadera compañera de su esposo, el apoyo de de su padre, y en fin, el ángel de la familia. Comparó la familia patriarcal con la familia moderna, probando cuánto aventaja ésta á la otra, más propia para pintada en un lienzo ó cantada en una égloga, que para gozar en ella felicidad verdadera. El Sr. Bustillo mostró su buen criterio, á la vez que su buen deseo de preservar á la mujer, ilustrándola, del influjo de esa turba de lisonjeros que la pervierten para perderla, y fué justamente aplaudido.

Subió el señor Ruiz Aguilera á la tribuna á leernos tres composiciones, y con decir que eran suyas, está dicho que parecieron cortas; que estaban llenas de ternura, de imágenes bellas, de sentimientos ele-

vados, que exhalaban como un perfume de violeta, y que iban á buscar en el alma, y le encontraban, aquel lugar en que hallan eco los buenos propósitos, los dulces efectos, las aspiraciones á la virtud, y las voces misteriosas que murmuran palabras melancólicas y hacen verter lágrimas de esas que mejoran y consuelan.

El Sr. Aguilera, sin carecer de energía viril, siente como una mujer y saca de su lira sonidos que nos hacen ver pajarillos que aletean, niños que rien, doncellas que suspiran y tristes consolados. En sus cuadros, por lúgubres que sean, hay siempre un reflejo de bondad que hace vislumbrar la esperanza. Debe tener el consuelo de que sus cantos no hacen nunca mal, y hacen siempre bien; idea mucho más dulce para el corazon, que gratos pueden ser á los oidos los más estrepitosos aplausos. Cuando la poesía ocupe el lugar que le corresponde, el público del señor Aguilera será el pueblo, porque acierta á herir cuerdas que vibran en todos los hombres, y se hace comprender de los de abajo y admirar de los de arriba.

Aquí terminaria nuestro artículo, si el del ilustrado autor que ha reseñado la quinta *Conferencia* no nos hubiera puesto en el caso de decir algunas palabras más, primero, para darle gracias por la mucha que nos ha hecho; despues, para razonar, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, la opinion que motiva su censura. Comprendemos todo lo delicado del asunto y todo lo desventajoso de nuestra posicion. Lo que

decimos podrá parecer absurdo, ridículo y hasta impío: tenemos por cierto que la gran mayoría de los lectores nos condenará, negándonos la razon, y quién sabe si algo más; pero como lo que hemos escrito nos parezca verdad, y nos lo parece hace muchos años, nos creemos en el deber de decirla y de sostenerla, arrostrando la desaprobacion, la censura y la crítica, que no pueden retraer á quien está á prueba de indiferencia.

Convenimos con nuestro ilustrado crítico, «en »que hay peligro en perder de vista que el hombre »y la mujer no son dos séres idénticos,» porque hay siempre peligro en perder de vista la verdad. Pero ¿hasta qué punto son idénticos y diferentes? ¿Cuáles funciones sociales son más propias del hombre, y cuáles de la mujer? En la division del trabajo social, las costumbres y las leyes del hombre, ¿están en armonía con las leyes de la naturaleza? Esta es la cuestion.

No es posible tratarla por incidencia y en un artículo de periódico, y nos limitaremos al punto objeto de la crítica del Sr. D. A. M. S.

Nos parece que hay contradiccion entre venerar á la mujer en los altares como santa, y hasta como Madre de Dios, y no considerarla digna de ocupar ni el puesto más humilde en la jerarquía sacerdotal. Pero dice el ilustrado crítico: «Eligió Madre (Jesucristo), porque quiso ser verdaderamente hombre naciendo de una mujer; pero no eligió mujeres para el sacerdocio.»

Harto conocemos cuán bajos estamos para comprender los altos fines de Dios; mas á nuestra limitada razon le parece que si quiso tener Madre, fué para honrar á la mujer y levantarla de la postracion moral en que yacía, porque para ser *verdaderamente hombre* no necesitaba haber nacido de mujer, como no necesitó del concurso de varon, naciendo sobrenatural y milagrosamente. La circunstancia de nacer de mujer, no fué *necesaria* al Omnipotente; parece elegida para ennoblecer en su Madre á las mujeres todas, tan envilecidas en Oriente; y no hay duda de que en el mundo cristiano muchas veces se ha tenido en cuenta, para no despreciarlas más, el hecho de que una mujer fué Madre de Dios. Cuando, por ejemplo, en un Concilio hubo un obispo que suscitó la cuestion de si la mujer pertenecia á la especie humana, opinando por la negativa, el Concilio acordó que sí, atendido á que *Jesucristo habia nacido de una mujer* y era llamado *Hijo del hombre*.

Que Jesucristo no eligiera mujeres para el sacerdocio se comprende bien, sin inferir de aquí su incapacidad *perpétua* para desempeñarle. Dios no hace milagros sino cuando son indispensables; en los demás casos deja obrar las leyes del mundo físico y las del mundo moral. La mujer de Oriente, en su ignorancia y en su descrédito, ¿tenía aptitud para el sacerdocio, que entónces era el apostolado, y era propia para propagar la nueva doctrina? ¿No hubiera sido preciso un milagro permanente para que su razon hubiera parecido fuerte y su palabra inspirada?

Dios hubiera podido hacer este milagro, pero no era necesario, y no lo hizo.

El Sr. D. A. M. S. llama sueños á nuestras opiniones. «Así lo demuestra,—dice,—desde el *Génesis* hasta nuestros dias, la Historia sagrada, la Historia profana, la Historia natural, la legislacion de todos los países cultos, la filosofía, la fisiología, la razon y el sentido comun.»

El sentido comun, que á las veces es sentido *raro*, y algunas sentido *vulgar*, suele necesitar siglos para enterarse de los procesos y dar acertado fallo, y miéntras no está en autos, es recusable. El sentido comun ha sancionado la esclavitud en la antigüedad, y en los tiempos modernos el tormento y la confiscacion: puede decirse de él lo que decia Larra del diccionario: *Que tiene razon, cuando la tiene.*

La Historia sagrada y profana dicen que los pueblos salvajes miran á las mujeres con el mayor desprecio y las tratan con la mayor crueldad; que á medida que las naciones se civilizan, es decir, se hacen más justas, las mujeres son miradas con ménos desden, su condicion mejora, y puede calcularse el lugar que merece un pueblo en la consideracion del mundo, por el lugar que en él ocupa la mujer. La Historia sagrada y profana nos dice que el sentimiento religioso, la caridad, la abnegacion, la dulzura, la castidad, cualidades que forman el buen sacerdote, son mucho más comunes en la mujer que en el hombre.

La legislacion de los países cultos nos dice que

va dando cada vez más derechos á la mujer, y dejando de considerarla como un sér imperfecto y degradado, y sanciona la institucion de las *Hijas de la Caridad*, cuyas manos, si no fueron consagradas, están ungidas por las lágrimas que enjugan.

La Historia natural y la fisiología del cerebro, que es la que aquí importa consultar, nos dicen que la mujer es compasiva, más dulce, más casta y más piadosa que el hombre: es decir, que más que él posee en alto grado las cualidades que forman un buen sacerdote.

En vista de estas indicaciones, de este índice de ideas, que otra cosa no podemos dar aquí, no sabemos hasta qué punto la razon y la filosofía serán filosofía y razon, condenando como *sueños* los que algun dia podrán ser realidades. Ese dia está muy léjos, sin duda alguna. Hay cosas más hacederas que deberian intentarse ántes; tambien es cierto. Pero no siempre conviene discutir las reformas por el órden de su facilidad, ni siempre tampoco somos dueños de elegir el lugar y la hora de la discusion. Aunque la ocasion no parezca propicia ni la tarea útil, importa mucho siempre buscar la verdad. En los libros santos leemos: «No se debe decir: ¿para qué sirve esto? porque el uso de todo se descubrirá con el tiempo.»

SÉTIMA CONFERENCIA.

Discurso del Sr. García Blanco *Sobre la educacion de las madres* leido por él mismo.—*Conferencia* del Sr. D. Segismundo *Moret sobre la influencia de la mujer, sobre la primera educacion y vocacion de los hijos.*—Lectura por el Sr. Retes de sus romances históricos.

Empezó la sétima *Conferencia* el Sr. García Blanco leyendo un discurso, que, escrito hace 27 años, es desgraciadamente oportuno. Decimos desgraciadamente, porque adelantándose su autor más de un cuarto de siglo á la generalidad de sus compatriotas, no pusieron por obra sus consejos del año 1842, y en el de 1869 ha podido repetirlos con doble oportunidad, la que tienen siempre las cosas muy buenas, y la que lleva consigo el elocuente recuerdo de las cosas importantes que se olvidan.

El discurso del Sr. García Blanco es como suyo, lleno de nervio y de doctrina, y tiene la energía que da la fe, la seguridad de la conciencia, la calma de la razon y la belleza de la esperanza. Ha-

ce ver la necesidad de educar á la mujer para que sea buena madre, y al obrero para que sea buen ciudadano, y teniendo muy condensadas las ideas, para formarla de él, es preciso leerle. Mucho celebraríamos que se imprimiera en la misma forma que los demás de las *Conferencias*, al lado de los que puede figurar dignamente. ¿Qué importa que se publicase hace muchos años, si sus altas razones pasaron

Sin huellas y sin raíces
Como barcos por el mar?

No se siembra el grano que cae sobre la roca, ni se da á luz un escrito el dia en que se imprime, sino aquel en que se comprende.

La sétima *Conferencia* no se celebró en el salon de grados, sino en el paraninfo; ya se comprendia que, aunque espacioso, vendría estrecho á la concurrencia; hablaba el Sr. Moret. Con decir que habló como siempre, no tenemos más que decir para los que le han oido alguna vez, y áun esto sobra, porque despues de haberle escuchado, se comprende que no puede hablar de otro modo. En aquella organizacion privilegiada y armónica, la elocuencia es una cosa tan necesaria como la caida de los graves, y sus palabras tienen que llegar al corazon como los rios al mar.

Para los que no han oido al Sr. Moret, diremos que es capaz de impresionar hasta á los que no oigan, porque son elocuentes su gesto y su accion; porque como todos los grandes oradores, es un gran

actor. Toca el asunto con su vara mágica, y el asunto acude sumiso, y le modifica, y moldea, y suaviza sus asperezas ó las hace punzantes, y le presenta diáfano ú oscuro, macizo ó vaporoso, frígido ó candente á su voluntad.

El que trató en la sétima *Conferencia* fué la influencia de la madre sobre los hijos, en la educacion primera, la más importante, y en la vocacion. Mucho se ha dicho ya sobre el caso, pero el mismo instrumento que en manos de un músico vulgar produce sólo sonidos desacordes, tiene para el gran artista notas que llegan al alma; y el Sr. Moret probó que nunca se agota la materia para las inteligencias elevadas, porque hallan siempre argumentos nuevos para convencer el entendimiento, nuevos caminos para llegar al corazon. Al escucharle, no pudimos ménos de bendecir á la Providencia que no ha permitido que una organizacion tan armónica y tan poderosa sirviese de instrumento al error, ni que el prestigio de una palabra tan elocuente fuese á servir de incienso á las cosas viles, ni de escarnio á las cosas santas. No, esto no es, esto no puede ser; todo grande orador es un vaso privilegiado, desde cuyo fondo exhálan sus perfumes la conciencia, el sentimiento, la razon y la verdad.

Se necesita cierto valor para subir á una tribuna de donde baja el Sr. Moret. El Sr. Retes tuvo ese valor, probándonos muy luégo que no era temeridad. Ha escrito en romances la historia de España, y á juzgar por la muestra, le deberán mucho la ense-

ñanza y la literatura. Leyó la introduccion y los reinados de Wamba y D. Rodrigo, acertando con la *difícil facilidad* de los romances. Los suyos tienen armonía y nervio, máximas morales, bellas descripciones, sentimientos delicados y elevadas ideas. La historia se hace drama; los personajes hablan con facilidad y lenguaje apropiado. Cuando la hija del Conde D. Julian pide venganza á su padre, el Sr. Retes siente y hace sentir todo lo terrible de la ofensa, y como poeta y como actor arrancó merecidos aplausos. La historia, asi escrita, es fácil de aprender y difícil de olvidar, y el que la escribe merece consideracion y gratitud.

Sólo faltó en esta *Conferencia* su incansable iniciador que las ha presidido todas. El Sr. Rector no pudo asistir por hallarse enfermo, y aunque dignamente sustituido por el Sr. García Blanco, no por eso se dejó de notar su ausencia. Le deseamos salud en nombre de las *Conferencias dominicales* y en nombre de la amistad.

OCTAVA CONFERENCIA.

Conferencia del Sr. D. José Echegaray.—*Influencia del estudio de las ciencias físicas en la educacion de la mujer.*—Lectura por el Sr. Nuñez de Arce de una poesía suya.

El Sr. Echegaray se habia encargado de la octava Conferencia, para hablar sobre el siguiente tema: *Educacion científica de la mujer*, y probó que no habíamos dicho mal al decir hace pocos dias: «Todo grande orador es un vaso privilegiado, »de cuyo fondo exhalan sus perfumes la conciencia, »el sentimiento, la razon y la verdad.»

Para nosotros, que no hemos contado nunca los votos, sino que hemos procurado pesarlos siempre; que respecto á las facultades intelectuales de la mujer, tenemos convicciones profundas no conmovidas, ni modificadas siquiera, por los muchos años que han vivido sujetas á la prueba del tiempo; para nosotros que vemos el orígen de infinitos males en la falta de educacion intelectual de la mujer, que

hasta donde nuestras fuerzas alcanzan hemos procurado estudiarla, cayendo más de una vez sobre el papel en que consignamos nuestro pensamiento las lágrimas, expresion de nuestra pena al ver tantas desdichas, consecuencia de un mísero error; para nosotros que veneramos el saber, que apreciamos al Sr. Echegaray en todo lo que vale, siguiéndole, hasta donde podemos, con nuestra inteligencia, y adivinándole despues con nuestro corazon; para nosotros tenía la última *Conferencia* un interés muy especial, y al subir el orador á la tribuna nos preguntamos: ¿Qué dirá? ¿Verá la cuestion desde arriba, como la vemos desde abajo los que no hemos podido remontarnos tanto? ¿Vendrá á dar con su fuerza apoyo á nuestra debilidad, ó poniendo su razon poderosa enfrente de nuestra conviccion profunda, turbará la paz en las regiones de nuestro pensamiento? El gran matemático, conducido por el cálculo, ¿irá por la misma via á donde nos lleva el instinto? ¿Recibiremos de él nuevo impulso, ó al mirarle marchar en direccion opuesta caeremos desalentados á orillas del camino, alzando con amargura los brazos al cielo como quien pregunta: para qué nos fueron dados los ojos, si no hemos de distinguir la luz de las tinieblas?

El Sr. Echegaray desvaneció pronto nuestras dudas, y mentalmente le pedimos perdon por haberlas tenido. El sacerdote de la ciencia, el ungido de la verdad, no podia lanzar el horrible anatema de la ignorancia eterna é invencible sobre la mitad del

género humano. A la altura de su pensamiento no llegan los vapores mefíticos que exhalan el error y las pasiones; cerca de aquella rueda más distante del suelo, de que habla fray Luis de Leon, comprende mejor que el vulgo de los hombres lo que es y lo que se será, y profetiza la educacion intelectual de la mujer. No sólo forma parte de la falange redentora, sino que marcha en la vanguardia; cumple así como quien es: inteligencia obliga; quien distingue bien desde léjos, debe dar la direccion; el buen ejemplo conviene que salga de donde se vea; los que Dios coloca tan altos, es para que vayan delante.

El gran matemático cree que la mujer es un sér racional; cree que tiene aptitud para las ciencias, y afirma que llegará un dia en que las estudie. Se presentarán muchas dificultades. ¿Cómo podrán vencerse? No se ha parado á hacer este estudio de detalle; no le importa. El sabe á dónde se *debe* ir; á dónde se *puede* ir; los que vengan despues, investigarán el *cómo*. El dice que en la frente de la mujer, como en la frente del hombre, ha penetrado un rayo de la divina luz; él proclama valerosamente *la unidad de la razon humana*. Detengámonos aquí un momento; que el orador que nos ha hecho gozar tanto, nos haga meditar un poco; no pase su palabra por nuestra inteligencia como el viento por las cañas.

La unidad es la gran ley. Cada paso que damos hácia ella, nos acerca un poco á la verdad, á la justicia, al bien. El género humano tarda en comprender su sencillez sublime; imagina un Dios para cada

alegria, y cada dolor, y cada necesidad; una ley para cada pueblo; principios infinitos que convierten la ciencia en un laberinto; castas diversas, oprobio y desdicha de las naciones. Las grandes ideas, base y asiento de la humanidad, se fraccionan, se trituran, y el huracan las barre, y las acumula y las separa, y se alzan imperios y desaparecen, dejándonos esas ruinas que dicen con su desconsoladora grandeza lo que queda de las ciudades que son templos del error. El hombre siente, cree, comprende, proclama, al fin, la *unidad* de Dios, y de esta fuente purísima sale la unidad del género humano, su dignidad, su igualdad, su fraternidad.

Pero el error no huye nunca; se retira siempre por escalones; tiene que conceder la unidad de la especie humana, la igualdad entre los hombres; pero se consuela sosteniendo la desigualdad entre el hombre y la mujer, y murmura no sabemos qué blasfemias, invocando el nombre de Dios, como le invoca el sacerdote de la India al declarar al pária tres veces vil, y hacerle mil veces desdichado.

Por *diversidad* en la mujer, entiende *inferioridad*. Al principio es absoluta, es en todo; la suerte de la mujer salvaje sería la del pária sin el instinto de la propagacion. La unidad avanza, el error, con su sistema infernal de fraccionamiento, áun le hace frente y salva una parte del botin. Confiesa que la conciencia de la mujer sea *una* con la del hombre, que *unos* son sus afectos y sus sentimientos; pero sostiene la *diversidad* de su entendimiento. Hay dos

entendimientos, uno varonil, que debe educarse para que comprenda las obras de Dios y disminuya los dolores de los hombres, y otro femenino que no ha de recibir educacion, porque no es susceptible de elevarse á nada grande ni de comprender nada bello. Este es el último absurdo que sostiene el error en su último recinto, y nos parecia que la elevada inteligencia del Sr. Echegaray iluminaba la lóbrega fortaleza y se abrian grietas en las viejas murallas á su voz, que, como un ariete, proclama *la unidad de la razon humana*... Ella atravesará triunfante por entre las rutinas y los sofismas, como salió de la cautividad y del desierto la unidad de Dios. ¿Quién osará oponérsele? Cuando la verdad pasa, hasta el mar se retira.

Para sostener que la mujer es susceptible de educacion científica, el Sr. Echegaray no fué á buscar pruebas ni en la historia, ni en la psicología, ni en ninguna de las ciencias que pudieran suministrárselas: apeló á la experiencia, dió una leccion de física, explicó el sonido y la luz, derramando tanta, que era imposible no ver claro todo lo que mostraba: aquí nos sosprendió y nos admiró. Que él podia enseñar á los que saben, era de presumir; que fuese lógico, abstracto, elevado, evidente para los que están iniciados en las ciencias, nada más natural; pero que descendiese de las altas regiones del pensamiento hasta ponerse á nivel de su auditorio femenino, que debió considerar y consideró en efecto como un niño inteligente; que pusiese á su alcance las verdades

científicas, engalanándolas con todas las bellezas de la poesía; que con una flexibilidad intelectual tan increible, revistiese todas las formas, emplease todos los tonos, desde la confidencia íntima hasta la autoridad grave; que tuviera tanta elevacion, tanta sinceridad y tanta coquetería; que el atleta tejiera aquellos encajes, cincelase aquellas filigranas y combinara aquellas flores, esto á la verdad, no lo esperábamos, ni hemos acabado todavía de admirarlo.

Si las ciencias tuvieran muchos intérpretes como el Sr. Echegaray, más rápidos serian sus progresos y más conocidas sus verdades. Pero si todos no saben decirlo como él, la ciencia es todo lo que él ha dicho: *El estudio es una oracion, la ciencia es religiosa*. No temamos que el saber haga ateos; inspírenos temor, sí, el ateismo de la ignorancia y la brutalidad, que escribe su decálogo bajo la inspiracion de los apetitos, que pisa las Tablas de la ley porque le sirven de obstáculo en las vías de la iniquidad, y que se encoge de hombros para probar que no hay Dios. El sabio no es impío. La palabra del Sr. Echegaray, ¿no tenía, más que ciencia, gracia y poesía? ¿No tenía uncion religiosa? ¿No habia momentos en que convertia en templo el paraninfo, en púlpito la tribuna; y él se asemejaba á un monje de Zurbarán, que, armado con toda la ciencia del siglo XIX, venía á enseñarnos las armonías y las bellezas de la creacion, para que comprendiéramos por ellas la grandeza y la bondad del Creador?

Terminado el discurso del Sr. Echegaray, al

compás de estrepitosos y prolongados aplausos, subió á la tribuna el Sr. Nuñez de Arce, y leyó una epístola en verso al Sr. Hurtado.

Tiene esta composicion muchas bellezas que notamos, y otras que no hemos podido notar, porque no oíamos bien, áun ocupando un sitio no léjos de la tribuna. Las condiciones acústicas del paraninfo son detestables: esto no puede evitarse, ¿pero no podria remediarse algo modificando la tribuna? Quedaria algo más fea, pero lo principal es que se oiga lo que en ella se dice. Rogamos á los señores que lean en lo sucesivo, que se esfuercen cuanto les sea posible, y les aseguramos que, si alguna vez el público no aplaude como debe, no es porque no comprenda, es porque no oye.

Vamos á tomarnos la libertad de hacer otras indicaciones al señor Rector. ¿No convendria que pasasen algunos minutos desde que se acaba el discurso hasta que empieza la lectura? Cuando el público queda impresionado como le dejó el Sr. Echegaray, se le hace una especie de violencia, arrancándole inmediatamente á la situacion en que está el ánimo. Se encuentra bien con aquel recuerdo, quiere saborearle, y hasta que se han acallado un poco los ecos que el orador despertó en su alma, escucha mal otra voz.

NOVENA CONFERENCIA.

Carta profética del Sr. D. Antonio María Segovia, leida por él mismo.—*Conferencia* del Sr. D. Gabriel Rodriguez sobre la *Influencia de las ciencias económicas y sociales sobre la educacion de la mujer*.—Lectura por el Sr. Silió de varias poesías suyas.

Empezó la novena *Conferencia* leyendo el señor Segovia una *Carta profética*, escrita como él escribe, y en que hay ingenio y filosofía. Las profecías de la imaginacion no suelen cumplirse; pero las de la razon se realizan tarde ó temprano. No sabemos si se fundará alguna vez la Colonia Barataria, en memoria del autor del *Quijote*, donde se escriban en piedra las aventuras del famoso hidalgo y vivan agradable y filosóficamente los literatos; pero tenemos por cierto que el trabajo manual acabará por redimirse de la ignominia que un tiempo le infamaba, que desaparecerán las ridículas clasificaciones hechas por el capricho, y en virtud de las cuales no se puede hacer tal cosa, sin dejar de ser persona decente, y no es posible dedicarse á tal obra sin

comprometer su dignidad; que el aprecio que merezca el obrero hará apreciable la obra, y que, segun profetiza el Sr. Segovia, se descansará del trabajo intelectual por el manual, variando éste, y no dedicándose exclusivamente á ciertas ocupaciones que sólo ocupan algunas horas, y dejan el resto en laociosidad y sus consecuencias. La carta abunda en bellezas literarias, y la profecía, cúmplase ó no, honra al profeta.

Terminada la lectura, empezó la Conferencia el Sr. Rodriguez sobre este tema: *Educacion económica de la mujer* El ingeniero economista dió el grande apoyo de su autoridad, de su saber y de su elocuencia, á la opinion de que la mujer tiene una inteligencia que puede y debe educarse. Decia el Sr. Rodriguez que aunque nada se enseñara ni se aprendiera en las *Conferencias,* aún serian de suma utilidad, porque el hombre no puede manifestar el deseo de aprender ni esforzarse para conseguirlo, sin elevar su nivel moral y hacerse mejor. Dice bien, y podria añadir, tratándose de las *Conferencias dominicales,* que cuando un hombre de su mérito y de su reputacion viene á ellas, haria un gran bien, aunque nada enseñara y con sólo consignar su voto favorable á la educacion intelectual de la mujer. Esta votacion nominal de hombres ilustres tendria grande influencia para abrumar con el peso de la autoridad á los que se revelan contra la razon. Pero los ilustres oradores de las *Conferencias* no se limitan á votar; razonan, discuten, enseñan, contribu-

yen poderosamente á que la verdad se comprenda y se sienta, y á que llegue aquel momento en que, saturando la atmósfera, cae y la encuentran al paso áun los que no quieren cogerla.

Muy oportunamente leyó el Sr. Rodriguez una pragmática encaminada á combatir el lujo, en la que se mandaba el traje que habian de llevar las personas, segun su calidad, y cómo habian de comer, y los que podian ir en coche y los que debian andar á pié.

Despues de la parte dispositiva, ridícula en alto grado, venía la sancion penal horriblemente injusta, y por la cual el contraventor, segun fuese, noble ó plebeyo, sufria una ligera pena, ó era condenado á galeras.

Una prueba más de que el error es grande amigo y poderoso aliado de la iniquidad. Con este documento probó hasta la evidencia el orador, los inconvenientes de legislar en materias que racionalmente no son legislables, y adónde llevan las leyes de los hombres en oposicion con las de Dios, que las ha dado para el mundo económico como para el mundo físico.

Manifestó el Sr. Rodriguez, que la mujer está tan interesada como el hombre en la economía social, y que, como él, es capaz de comprender las leyes económicas. Así aparece con evidencia á poco que se reflexione. Comprendemos que puedan abrigarse dudas acerca de si la mujer es capaz de estudiar las ciencias físicas, matemáticas, etc.; pero las verda-

des de la ciencia económica pueden ponerse todas al alcance del sentido comun: basta para esto despojarlas de todo inútil aparato y llamar las cosas por sus nombres. Si nos hablan de *derechos protectores y de proteger el trabajo nacional*, tal vez no comprendamos bien; pero si nos dicen que todo se reduce á que un catalan quiere que toda tela de algodon pague al entrar en España una contribucion que la encarezca, de modo que él pueda vender la suya con ventaja; que un valenciano quiere que el arroz al entrar en España pague una contribucion que le encarezca, de modo que él pueda vender lo suyo con mayor ventaja; que un vizcaino quiere que el hierro que entra en España pague al entrar una contribucion que le encarezca, para que él pueda vender el suyo con ventaja; que un castellano quiere que el trigo que entre en España pague una contribucion que le encarezca, para que él pueda vender el suyo con ventaja; como no hay asomo de justicia en conceder la peticion á unos de los peticionarios y negársela á los otros, resultará que el catalan venderá mejor sus tejidos de algodon, pero comprará más caros el hierro, el arroz y el trigo: que el valenciano venderá mejor su arroz, pero comprará más caros los tejidos de algodon, el trigo y el hierro; que el vizcaino venderá mejor su hierro, pero comprará más caros el trigo, el arroz y los tejidos de algodon; que el castellano (que le sobre trigo) le venderá mejor, pero comprará más caro el hierro, los tejidos de algodon y el arroz. Resultará que los productos no se

mejorarán, porque hay seguridad de venderlos caros, aunque sean muy malos. Resultará que de este sistema artificial, si como productor se obtiene alguna ventaja, como consumidor se sufren muchos perjuicios. Resultará que, para conseguir estos perjuicios, hay que pagar un ejército de carabineros y de empleados en aduanas, cuya mision es entorpecer el comercio y encarecer los artículos. Resultará que, enfrente del ejército de carabineros, habrá un ejército de contrabandistas, excelente plantel de bandidos, y que baste por sí solo para desmoralizar á un pueblo. Y resultará, en fin, que la proteccion del trabajo nacional y de la industria nacional, traducida al castellano, quiere decir, proteccion de los errores nacionales. Todo esto es bastantes sencillo y no creemos que sea superior á la inteligencia de las mujeres.

Conjuraba el Sr. Rodriguez á su auditorio femenino á que no sirviera de obstáculo á las reformas; así lo creemos de las señoras reunidas allí; pero en general, ¿cómo la ignorancia, tenida hasta aquí por invencible de la mitad del género humano, no ha de ser un obstáculo al progreso de la otra mitad?

Terminado el brillante y aplaudido discurso del Sr. Rodriguez, leyó el Sr. Silió algunas de sus composiciones poéticas. Se habla mucho del gusto de *hacer gracia*, y extrañamos que no se hable más de la satisfaccion de *hacer justicia* y de ver que otros la hacen. Grande la tuvimos al oir que el público interrumpia con aplausos al poeta. Porque el señor

Silió no es un coplero ó un versificador, es un poeta. El que ha escrito «A un artista,» «La caravana,» «El ideal,» que ha escrito «Los viajeros,» pruebas ha dado de haberse elevado hasta las regiones de la tempestad, de haber descendido hasta las profundidades del dolor y de llevar el sello augusto y terrible que no se imprime nunca en las frentes vulgares.

Un año hará que aparecieron las poesías del señor Silió: es un librito pequeño, en que tal vez no se habrá fijado el público, á lo que puede haber contribuido el mal criterio de algunos críticos. En un periódico, de cuyo nombre no queremos acordarnos, un crítico, de cuyo nombre realmente no nos acordamos, incapáz sin duda de sentir ni comprender las delicadas bellezas de la poesía del señor Silió, censuraba ágriamente sus combinaciones métricas, y se burlaba del público hasta el punto de copiar en prueba de su errado juicio alguna estrofa de «El Ideal», composicion tan armoniosa, tan lírica, que parecia citada para probar la falta de imparcialidad ó la falta de competencia del crítico.

Triste efecto debe producir en el jóven poeta que modula sus primeros cantos, sentir el hielo de la indiferencia y el mordisco de la crítica ignorante ó apasionada. Algo mefítico y letal debe haber en la atmósfera intelectual que nos rodea para que se repita con frecuencia un fenómeno estraño, á saber: que la primera obra de un autor sea su obra más perfecta. Parece que la voz del poeta no tiene eco,

no halla aire siquiera y se extingue en el vacío; parece que no hay nada que la sostenga á la altura á que se levantó, y que tiene que descender para ser oido. Si empieza su movimiento de descenso, ¿hasta dónde bajará? ¡Quién sabe! Tal vez hasta las regiones en que no puede vivir el poeta

¿Para qué quiere la sociedad poesía? ¡Para qué! Para ser sociedad. Para ser algo más que un agregado de hombres que, á fuerza de calcular, no acierten con lo que les conviene. Para no arrastrarse por el lodazal de la materia. Para comprender la belleza, y no dar culto á mónstruos que estravian el entendimiento y depravan el corazon. Para hacer sentir la verdad y la justicia, que no regeneran la tierra sin el aliento de la inspiracion. Para reflejar un rayo de la divina luz, sin el cual sólo hay tinieblas en las regiones del alma. Y ¿por qué la sociedad que necesita poesía, abandona al poeta? ¿No sabe ella esta necesidad, ó cree que los poetas son de la raza de los mártires? Triste ignorancia de lo que le conviene, ó errado cálculo contar con el heroismo como componente social. La inspiracion es un elemento de armonía como el cálculo, y para no petrificarse con el hielo del egoismo, es indispensable sustentar el fuego sagrado.

DÉCIMA CONFERENCIA.

Conferencia del Sr. Alvarez Osorio sobre el matrimonio.—Discurso del Sr. Barbieri sobre la música, leido por él mismo.—Poesías del Sr. Ros de Olano y del Sr. Moreno Gil, leidas por el último.

El matrimonio ha sido el asunto de la décima *Conferencia*, tratado por el Sr. Alvarez Osorio con palabra fácil y frase correcta. Hizo el orador una declaracion importante, á nuestro modo de ver; dijo que habia ido allí, no llamado como otros hombres eminentes que ántes que él habian subido á aquella tribuna, sino expontáneamente y con el deseo de contribuir á la realizacion del pensamiento del Sr. Rector de la Universidad y llevar una piedra al edificio de la educacion de la mujer. Esta expontaneidad, que le honra, prueba que la idea camina muy de prisa, que la voz del Sr. Castro va despertando numerosos ecos entre las personas ilustradas. Aunque las *Conferencias* tuvieran que suspenderse, decia el orador, no habrán sido inútiles; en ellas arrojamos la semilla que un dia fructificará.

Así es cierto: no en vano se dice y se repite la verdad por personas que la autorizan con una reputacion merecida; no en vano se apela á los sentimientos de justicia, que pueden sumergirse en un momento en las tempestades que levanta el error, pero que al fin sobrenadan y hallan puerto; no en vano se sacude con violencia ese andamiaje que no puede tener trabazon sino en las tinieblas; no en vano se despiertan los ecos dormidos de la dignidad humana; los siglos no se arrojan ya como una masa bruta aplastándonos bajo el peso de los hechos, ni el tiempo prescribe contra la verdad; una vez comprendida, sus leyes no se derogan por ningun tirano. La semilla arrojada por los oradores de las *Conferencias dominicales*, no será como aquella de que hablan los libros santos, que cae sobre la roca, ó cerca del camino, donde se la comen las aves del cielo.

Encareció el Sr. Alvarez Osorio la santidad del matrimonio, la dicha del hogar doméstico, única verdadera; negando los bienes de la libertad del que está solo, y anatematizando con calurosas y sentidas frases, el celibato voluntario y vicioso. Tratando del celibato, habló con justa indignacion del decreto dado por el Ministerio de la Guerra, derogando el que con fecha de 11 de Agosto de 1866 permitia contraer matrimonio á los oficiales subalternos del ejército sin hacer depósito alguno.

No faltó quien dijera por lo bajo, si era oportuna ó no allí aquella censura; á nosotros nos pareció

oportunísima, y al público, que aplaudió al orador, debió parecerle lo mismo. Hay actos que deben censurarse en la plaza y en la calle; en el hogar doméstico y en la tribuna; en el teatro y en la prensa; cada uno como pueda y donde pueda, sin mas limitacion que la mesura y el decoro que á sí mismo se debe el que vale y que todos debemos al público. De estos actos es el decreto que exige á los oficiales subalternos para poder casarse, «acreditar haber im»puesto con anticipacion en la Caja general de De»pósitos, á nombre de uno de los contrayentes, »efectos públicos en cantidad bastante para produ»cir 600 escudos de renta líquida.»

Es preciso que el despotismo haya echado raíces bien hondas entre nosotros para que sea posible que, despues de una revolucion hecha en nombre de la moralidad y del progreso, se deshaga lo que en favor del progreso y de la moralidad habian hecho los Gobiernos retrógrados.

Decia muy bien el Sr. Osorio, que con el mismo derecho que el Sr. Ministro de la Guerra, podria el de Gracia y Justicia prohibir el matrimonio de los funcionarios de su ramo que disfrutan poco sueldo, á ménos que no acrediten una renta con que vivir. Nosotros añadimos, que los demás ministros podrian hacer lo propio, y añadimos más, que con mejores razones deberia prohibir la ley el matrimonio al jornalero que sólo cuenta con un salario eventual ó al hombre que no tiene modo de vivir conocido. Que no se casen, pues, sino los que acrediten una

renta proporcionada á su clase. Para completar esta medida, ábranse nuevas inclusas, habilítense más salas en San Juan de Dios y auméntense en los juzgados algunos escribanos para actuar en las causas criminales.

Tarda mucho en sacudirse la lepra del despotismo. ¿Por qué ha de necesitar nádie, militar ni paisano, licencia para casarse? ¿Por qué ha de estar prohibido el matrimonio á nádie, soldado ni oficial, ni qué derecho tiene el Ministro de la Guerra para intervenir en la existencia de sus subordinados, fuera de los actos del servicio? Que el oficial y el soldado cumplan como buenos en la guerra y en la paz; que se presenten aseados, sin mancha ni *mal remiendo*, como dice la ordenanza, y que en su casa coman patatas ó perdices, no es de la incunvencia del ministro ni del legislador.

Asombra, cómo por un simple decreto se priva á una clase entera de derechos que no son legislables y se la declara fuera de la ley comun; asombra ver cómo en una cuestion gravísima se atiende á la fase ménos importante, prescindiendo de todas las otras; cómo se vulneran los principios elementales de justicia, y á unos hombres, cuya ley debe ser el honor, se les niega en muchos casos un derecho, el más santo de todos, el derecho de ser honrados y de salvar la honra de la mujer que aman y la honra de sus hijos.

El silencio es uno de los deberes de los militares; pero no nos obliga esa ley dura, y si queremos que

defiendan nuestros derechos en el terreno de la fuerza, defendamos los suyos en el terreno de la discusion, y pidamos en la prensa, en la tribuna, donde podamos, que se restablezca el decreto de 11 de Agosto de 1866, que permitia contraer matrimonio á los oficiales subalternos, sin hacer depósito alguno. Si vemos con indiferencia que no se respeta el derecho de los militares cuando obedecen, no nos quejemos de que atropellen el nuestro cuando mandan.

Felicitamos al Sr. Alvarez Osorio por haber tratado esta cuestion en las *Conferencias dominicales*.

El Sr. Barbieri leyó con voz armoniosa una disertacion sobre la música, erudita y escrita con elegancia. Probó el maestro la antigüedad de la música; la importancia social y religiosa que en todos tiempos habia tenido, y cómo ni la austeridad de los primeros cristianos, ni la rudeza de los tiempos bárbaros, habian arrojado del castillo feudal ni del templo el arte divino. Dijo, apoyándose en hechos históricos, la grande afinidad que existe entre la música y la mujer, tan sensible á su sublime influencia y tan propia para guardar el fuego sagrado de la inspiracion musical.

Es sensible que los gobernantes y los gobernados no miren en la música más que una diversion, sin ver su importancia social. Tendria mucha, aunque no fuese más que pasatiempo, porque una diversion que no hace daño, que no desmoraliza, no

es cosa que debe mirarse con desden. Pero la música puede y debe ser mucho más que un entretenimiento inofensivo; puede y debe ser un elemento de educacion, porque suaviza los impulsos feroces, purifica los sentimientos, dulcifica las amarguras del dolor, hace sentir las grandes verdades y los grandes hechos, eleva el alma y despierta en el corazon ecos dormidos que responden á voces venidas del cielo.

Para manifestar hasta qué punto se infiltra la música en las cosas de la vida, y por consiguiente en el lenguaje, terminó el Sr. Barbieri su lectura con un chistoso cuento, compuesto de frases y maneras de decir tomadas de la música, y con el cual, además de su proposicion, probó su mucho ingenio y buenas dotes literarias, siendo justamente aplaudido.

Terminada la lectura del Sr. Barbieri, subió á la tribuna el Sr. Moreno Gil á leer, al compás de grandes aplausos, cinco sonetos del Sr. Ros de Olano y dos composiciones suyas. Al escucharle nos preguntamos: ¿por qué los versos, tan desacreditados en el público, son tan aplaudidos aquí? Y nos respondimos, que no hubieran caido en tal descrédito si todos los versos que se imprimen llevasen el visto bueno de la poesía, como las delicadas composiciones del Sr. Moreno Gil y el hermoso canto á *La Soledad* del Sr. Ros de Olano. Sentimos no recordar algun verso del último soneto del general-poeta, para copiarle en prueba de lo que vamos di-

ciendo. ¡Quiera Dios apresurar el dia en que el público no se contente con un poco de música mejor ó peor, y no difícil de proporcionar en nuestra lengua, en que distinga bien el versificador del poeta, y en que no aplauda ninguna composicion que no tenga un sentimiento que haga sentir ó un pensamiento que haga pensar! Hasta entónces, la garrulería de los copleros sofocará la voz de los poetas.

Como es aún más raro que hacer buenos versos leerlos bien, como además de corazon y talento se necesitan dotes físicas, conjunto que se reune pocas veces, felicitamos á las *Conferencias dominicales* por un lector como el Sr. Moreno Gil, y á los poetas que tengan la buena suerte de ser interpretados por él.

UNDÉCIMA CONFERENCIA.

Conferencia del Sr. D. José Moreno Nieto sobre la *Influencia de la mujer en la sociedad*.—Lectura por el Sr. Arjona de un capítulo de *La Historia* del Conde de Toreno.—Lectura por el Sr. Aguilera de dos poesías suyas.—Lectura por el Sr. Moreno Gil de la oda *Al Dos de Mayo*, de D. Juan Nicasio Gallego, y de las décimas *Al Dos de Mayo*, de D. Bernardo Lopez García.

De la influencia de la mujer en la civilizacion era el tema de la undécima *Conferencia*, que trató el Sr. Moreno Nieto con el torrente de su palabra. A pesar de aquella rapidez vertiginosa, sus ideas son claras, su frase correcta, elegante y muchas veces elocuente. ¿Qué especie de actividad es la de su cabeza que apénas da lugar á la voz para que formule sus pensamientos? No se comprende, ni puede dejar de hacer pensar cuán variable es el valor de ese elemento que entra en todo trabajo humano y que se llama tiempo. Entre la marcha lenta de una inteligencia obtusa y las creaciones instantáneas del orador de que nos ocupamos, hay tal distancia, que cási hace comprender lo que puede llegar á ser

el tiempo para la Inteligencia Suprema. No continuaremos estas reflexiones por no ser propias del asunto, esperando que se dispensen al asombro de quien por primera vez tiene el gusto de oir al señor Moreno Nieto.

Habló el orador de cómo la mujer, suavizando la rudeza del salvaje y del bárbaro é influyendo en la belleza de las artes y la elevacion de los sentimientos, habia contribuido á civilizar el mundo, é insistió principalmente en que la tendencia espiritualista y religiosa de la mujer, siempre conveniente, es de todo punto indispensable en una época como la actual, irreligiosa y materialista.

Tuvo momentos de verdadero fervor al recordar cómo buscamos á una mujer que por nosotros interceda, cómo en la tribulacion acudimos á la que se llama *Refugio de los pecadores* y *Consoladora de los afligidos*, cómo en nuestro dolor imploramos á la Madre dolorida de Dios y de los hombres. El público de la Universidad, á quien ciertamente no se tildará de *neo*, sintió con el orador y le aplaudió. Respuesta elocuente á los filósofos á la violeta, que quieren privar á la humanidad de todo lo que á ellos les falta; que pretenden dar leyes al mundo sin conocer el corazon del hombre; para quienes no tiene realidad nada que no sea tangible; que niegan las verdades de sentimiento mutilando nuestro sér; que declaran omnipotente la inteligencia, esa inteligencia que halla por todas partes límites ante los cuales se detiene ó se estrella; y que llaman ra-

zon, no al conjunto armónico de nuestras facultades aplicadas á los elementos todos de la humanidad, sino al juicio parcial y muchas veces hostil de un entendimiento abrumado por el peso del asunto que equivoca la calma con la impotencia y la soberbia con la energía.

El Sr. Moreno Nieto espera en la influencia de la mujer para el porvenir moral y religioso del mundo, y pide para ella mayor instruccion, á fin de que pueda infundir fe y espiritualizar á una sociedad descreida y materialista. Ciertamente que las mujeres conservan el fuego sagrado; mas para trasmitirle, necesitan medios que estén en armonía con los tiempos en que viven.

Aunque la educacion de la mujer sea el objeto de las *Conferencias dominicales*, no era posible olvidar en la del domingo que era el dia 2 de Mayo, fecha escrita con sangre en las calles y en las plazas y grabadá con dolor en los corazones.

El Sr. Arjona leyó un capítulo de la *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, por el Conde de Toreno, en que se refieren los principales sucesos del terrible dia. Despues del relato de la traidora matanza, se comprende la exaltacion, el entusiasmo y la cólera del pueblo todo, trasmitidas á la posteridad por la historia y eternizadas para el corazon por la poesía.

El Sr. Aguilera leyó su *General No importa* y su *Vuelta del voluntario*. La primera composicion revela la energía, el patriotismo, los levantados sentimien-

tos del poeta; eco fiel y prolongado de la voz de un pueblo que llevó su perseverancia hasta el heroismo. La segunda es una creacion del Sr. Aguilera: son sus sentimientos delicados, elevadísimos y tiernos, personificados en aquel Juan que pelea como un hombre, llora como una mujer y muere como un santo. Ni áun á las escenas de muerte y de venganza deja de llevar el Sr. Aguilera aquel suave perfume de bondad que da tal encanto á su poesía.

A pesar de las dificultades cási insuperables con que se lucha para leer versos en la tribuna del paraninfo de la Universidad, el Sr. Moreno Gil interpretó magistralmente la oda *Al Dos de Mayo* de D. Juan Nicasio Gallego, y las octavas *Al Dos de Mayo* de D. Bernardo Lopez Garcia, grito sublime de guerra que vivirá miéntras viva la lengua castellana. Nunca estas dos composiciones, de mérito tan diverso, nos habian producido la impresion que recibimos al oirlas leer, casi podemos decir, representar, por el Sr. Moreno Gil. Es una buena fortuna para cualquier poeta que merezca este nombre, hallar quien así le comprenda y le haga comprender.

Despues de ofrecer el debido homenaje á los mártires de la independencia, pagamos tambien el merecido tributo á los mártires del honor. Nuestro pensamiento cruzó los mares y vió la escuadra del Callao, envuelta en el humo del combate, y vió retirarse cubiertas sus naves de cadáveres y de gloria, con brechas en los cascos por donde se lanzaba el mar, sin ninguna en la honra de los heróicos tripu-

lantes; y los saludamos con amor y con respeto, deseando á los muertos paz en el seno del Señor, y justicia y salud á los vivos.

Este último voto no se ha cumplido, al ménos para todos.

El valeroso capitan que derramó su sangre á bordo de la *Numancia*, sufre doliente.

¡Quiera el cielo darle alivio, prestar á su cuerpo fuerza proporcionada á la de su espíritu, y que tengamos siquiera esa figura grande y noble donde puedan volverse los ojos con orgullo y hallar un poco de consuelo el alma agitada!

. . . . . .

Terminado este artículo, nos mandan el siguiente diálogo, rogándonos que lo copiemos á continuacion, y vamos á hacerlo en prueba de docilidad y candidez.

La escena pasa en la Universidad central, á la salida del paraninfo, un dia de *Conferencia*, entre una señora y un caballero.

Caballero. Voy á comprar el folletito de la *Conferencia* anterior. Veo con disgusto que las señoras pasan de largo por la mesa en que se venden, sin que las atraiga lo lindo de la impresion ni lo módico del precio.

Señora. ¿Cuánto cuesta?

Caballero. Un real.

Señora. Es en efecto barato.

Caballero. Y áun así no se vende.

Señora. En España no se compran libros.

Cuando una los quiere leer se piden prestados.

Caballero. ¿A quién?

Señora. Si se conoce al autor, es lo más derecho; se le piden á él, y en este caso no se devuelven.

Caballero. Pero al autor le cuestan el dinero.

Señora. ¿Sí?

Caballero. Es claro. Aunque ponga gratis su inteligencia, su corazon y su trabajo, no le dan el papel ni le imprimen de balde; de modo que pedir al autor un libro que se vende, es como pedirle su precio.

Señora. Pues no habia caido yo en eso. Antes me parecia á mí que hacia favor al autor pidiéndole su libro; porque era prueba de que le queria leer, cosa que debe lisonjearle.

Caballero. Las señoras, permítame Vd. que lo diga, tienen Vds. á veces ideas muy extrañas.

Señora. Perdone Vd. Esta opinion no es de las que Vds. llaman *cosas de mujeres;* mi marido en este punto piensa lo mismo que yo.

Caballero. Y cuando no se conoce al autor, ¿qué se hace para leer el libro?

Señora. Pedirle á alguno que le tenga y le da aunque no sea suyo, ni del que le prestó, ni del del otro, porque un libro corre así cuatro, seis, ocho, diez ó más casas.

Caballero. ¿Y cuando no se conoce al autor, ni á nadie que tenga el libro?

Señora. Entonces no se lee, porque al cabo, un libro no es una cosa precisa.

Caballero. Cierto. Lo que se ahorra en libros se gasta centuplicado en contribuciones, lo cual, sin duda, parecerá preferible á su señor esposo.

Señora. No le he oido á mi marido que tengan nada que ver las contribuciones con los libros.

Caballero. Lo creo. Pero dejando á un lado los libros en general, me parecia á mí que las señoras debian comprar estos folletitos que á ellas se dedican y que por su bien se imprimen. Una sociedad de personas de mérito, de mucho mérito algunas, y muy ocupadas, dan su tiempo, su inteligencia y su trabajo para que las *Conferencias dominicales* ofrezcan instruccion é interés; dan, además, su dinero para imprimirlas, y las señoras no las compran, siquiera como prueba de gratitud y deferencia á quien tanta tiene con ellas. Además, no tendrán tan buena memoria que recuerden todo lo que aquí se ha dicho, ni estaria mal que por unos cuantos reales formasen una coleccion de esos libritos, primera piedra puesta con tanto mérito y tanto trabajo en el edificio de su educacion intelectual.

(Se interpusieron varias personas entre los interlocutores y la que tomaba nota del diálogo, y no pudo saber cómo terminó.)

Nosotros le trascribimos por complacer al amigo que nos le ha remitido, y en la persuasion de que nuestro artículo no será más leido que los folletitos de las *Conferencias.*

DUODÉCIMA CONFERENCIA.

Conferencia del Sr. Tapia sobre *La educacion religiosa de la mujer*.—Lectura de varias poesías por el Sr. Rada y Delgado.—Lectura de un discurso sobre el *Quijote*, del Sr. Valera, por el mismo.

A cargo del Sr. de Tapia estaba la duodécima *Conferencia;* el tema era: *La educacion religiosa de la mujer*. Las malas condiciones acústicas del paraninfo de la Universidad, y el habernos colocado bastante léjos de la tribuna, fueron causa de que perdiésemos gran parte del discurso del señor Tapia; no atreviéndonos á hablar de él por este motivo, máxime cuando el asunto es delicado para tratarle con la menor duda de poder incurrir en equivocacion.

Leyó despues el Sr. Rada y Delgado una oda del Sr. Delgado y Lopez, premiada en un certámen en Córdoba. El asunto de la composicion es *La Resurreccion del Señor*, cuyas dificultades son proporcionadas á su altura. Nos parece que el poeta las ha

vencido, sobre todo en la primera mitad de su canto, superior á la segunda, y decimos nos parece, porque una rápida lectura, más que para hacer formar un juicio, sirve para producir una impresion. Hay asuntos cuya tenuidad ó cuya grandeza los hace imposibles para la palabra, instrumento limitado y grosero, incapaz de expresar todo lo que abarca la mente y todo lo que siente el corazon. Ese límite, que no puede pasar el poeta, le salva el músico; la música lleva el alma por los espacios y por los abismos, y la pone en comunicacion con el infinito. ¿Quién sabe, cuando el arte se perfeccione, si la música será el complemento de la poesía en asuntos imposibles de tratar con la palabra sola? ¿Si, por ejemplo, en la resurreccion del Señor, la poesía pintará el estado de la tierra despues de muerto Jesús, deteniéndose al levantarse la losa de su sepulcro, para dejar á la música que haga ver con los ojos del alma lo que la palabra no puede reproducir?

Pero dejando á un lado esto, que tal vez no sea más que un sueño extravagante, vengamos á la agradable realidad de *Las melodías* del Sr. Rada y Delgado, que leyó, y leyó muy bien su autor. Cada una encierra una idea ó un sentimiento delicado, expresado con mucha originalidad en aquellos diálogos que, al par del ingenio del autor, prueban la riqueza y flexibilidad de nuestra lengua, que así se puede fraccionar en emistiquios, sin dejar de ser enérgica y sonora.

El Sr. Valera leyó un discurso sobre el *Quijote*,

ó más bien algunos fragmentos de este trabajo, que nos pareció muy notable. Truncado por la lectura hecha á saltos, digámoslo así, no se puede formar de él una idea exacta; pero desde luégo se ve, á más de la belleza del estilo, el extenso horizonte que abarca el crítico, su mucha erudicion, sus apreciaciones filosóficas, la rectitud de su juicio al despojar al *Quijote* de la supuesta parte misteriosa y enigmática, y su delicadeza al juzgar al generoso hidalgo, cuyos elevados sentimientos excitan admiracion y simpatía, á pesar de las bufonadas del ridículo y de las extravagancias de la locura.

Y ya que del *Quijote* se habla, no será fuera de propósito decir algunas palabras sobre el homenaje tributado á su inmortal autor en el aniversario de su muerte por la *Academia de Conferencias y lecturas públicas de la Universidad*, y con saber los nombres de las personas que la componen, está dicho que el recuerdo sería digno de la memoria de Cervantes. Está consignado este homenaje en un librito con el título de *Fiesta literaria celebrada en honor de Miguel de Cervantes Saavedra*, y cuya lectura confirmará lo que acabamos de decir. No parecerá mal que demos de él un índice.

Un discurso del Sr. Rector de la Universidad, breve, pero bien pensado, bien escrito y lleno de amor y respeto al autor del *Quijote*, y del generoso deseo de que lancemos la fea mancha de ingratitud, empezando á hacer justicia á nuestros hombres eminentes. El génio no puede tener maldiciones para la

humanidad; pero ¿cómo los nuestros, olvidados ó escarnecidos, nos han de bendecir desde el cielo miéntras les neguemos justicia sobre la tierra? Ya que los hemos hecho mártires, ¿les negaremos la palma y la corona del martirio? A la sombra de las estátuas levantadas á los grandes hombres, el pueblo siente generosos impulsos y comprende altas verdades. Enseñándole á respetar á los muertos, aprenderá el respeto de los vivos y á no dejar á la posteridad la triste tarea que nos han legado los pasados siglos, al consignar en la misma página de la historia los merecimientos del génio y la ciega ingratitud de su patria.

Un soldado poeta, el Sr. Ros de Olano, personificó la dichosa fraternidad de las armas y las letras, y saludó al guerrero de Lepanto y al escritor inmortal. En su breve discurso, en que hay apreciaciones muy elevadas, ensalzó debidamente el valor y el génio del grande hombre infortunado.

El discurso del Sr. Canalejas es elocuente, filosófico y sentido; refleja todos los méritos de Cervantes y todos sus dolores. Si los que duermen el sueño de la muerte oyen las voces del mundo en que pasaron la vida, la voz del Sr. Canalejas habrá sonado grata al gran poeta maltratado por la fortuna, y reconoceria en él aquella posteridad justa que veia en sus angustias y cuya mano invisible le ayudó, sin duda, á llevar la cruz por el doloroso camino de su existencia. Despues de estos discursos están las composiciones poéticas.

Las hermosas décimas del Sr. D. Ventura de la Vega.

Unas décimas del Sr. Aguilera que, como suyas, tienen sentimiento, filosofía y nobles aspiraciones.

Una graciosa é intencionada letrilla del señor Bustillo.

Unos cuartetos, melancólicos y elevados, en que el Sr. Silió pinta el mayor de los dolores del génio.

Unas bellas décimas del Sr. Rada y Delgado.

Un cuadro de costumbres del siglo XVII, escrito en conmemoracion de Cervantes por el Sr. Hurtado, donde el poeta dramático excita gran interés, personificando y poniendo en accion la injusticia de los contemporáneos de Cervantes y el fallo equitativo de la posteridad.

Tal es el índice del libro, cuya lectura recomendamos al público, que no debe ser por su indiferencia continuador de los contemporáneos del desconocido génio, ni dejar sólo y á mucha distancia ese grupo de hombres inteligentes que acuden á tributarle el merecido homenaje. Las altas inteligencias han celebrado á Cervantes con la pompa que merece el génio: nosotros le hemos de cantar con modestia propia de su virtud, uniendo una voz de amor á las voces de la admiracion general. El cautivo de Argel, que dejó en Africa tantas pruebas de la bondad de su corazon, como de la superioridad de su inteligencia habia de dar despues, tendrá un lugar en los *Anales de la virtud:* la suya brilló tanto, que no puede ser oscurecida ni áun por los resplandores de su gloria.

DÉCIMATERCIA CONFERENCIA.

Conferencia del Sr. García Blanco, sobre *Educacion conyugal*.—Lectura por el Sr. Arjona de un proverbio del Sr. Aguilera.

La décimatercia *Conferencia* estaba á cargo del Sr. García Blanco; el tema era *Educacion conyugal*. Antes de entrar en materia, el Sr. García Blanco entró en algunas consideraciones sobre los diferentes géneros de oratoria y de elocuencia, que no debe ser la misma para el orador sagrado, para el letrado, para el tribuno y para el catedrático. Bien se le conoce, sin que él lo diga, que ha pasado su vida dedicado á la enseñanza; las formas de su discurso son didácticas, y tienen el tono y la autoridad de maestro, que sienta bien al que, como él, sabe tan perfectamente lo que se dice. Nos leyó un programa de «Educacion para las madres de familia» en veinte lecciones, y aunque no sea este trabajo de los que pueden apreciarse por una rápida lectura, y aunque hay personas, y somos del número, que juzgan mejor de lo que leen que de lo que oyen leer, creemos poder afirmar, sin incurrir en error, que el

programa está bien meditado, es muy completo, encierra todo lo esencial en materia tan importante, y tiene, en la leccion relativa á los deberes de la mujer viuda, una idea delicada y tiernísima con la cual estamos conformes, felicitando por ella al Sr. García Blanco. Hablamos de la fidelidad al esposo, *áun despues de muerto.*

El anciano profesor se propone dar, conforme á este programa, un curso completo sobre tan importante asunto el próximo año académico, *si Dios quiere y los hombres no lo impiden;* son sus palabras. Deseamos y esperamos que no se lo impedirán; todo lo que le hemos oido sobre la educacion de la mujer nos parece lleno de prudencia, de verdad y de alto buen sentido, y ni motivo ni pretexto vemos para que se prohiba la circulacion de ideas de tan evidente utilidad. En todo caso, si una losa, sea cual fuere, cae sobre estas ideas, no por eso quedarán eternamente sepultadas. Aunque la verdad se encierre en un sepulcro y se le pongan guardas, ella resucita siempre al tercero dia.

La leccion que leyó el Sr. García Blanco fué la sexta, en que trata de la eleccion de esposo ó esposa, y todas las reglas que da para alcanzar el acierto en cuestion de tan vital interés, son atinadas y prudentes en alto grado. Aunque sencillas, dictadas por la experiencia y muy al alcance del sentido comun, su aplicacion es difícil. ¿Por qué? Por las preocupaciones que acerca de la mujer tienen los hombres, y ella misma; por la inferioridad positiva que resul-

ta de la inferioridad de su educacion, y que la imposibilita, además de las leyes, para dedicarse á las profesiones y oficios lucrativos, y por la prisa de casarla que suelen tener sus padres, que debian retardar el matrimonio para dar lugar á la reflexion. La mujer no tiene más carrera que el matrimonio, y los padres quieren á toda costa *dejarla colocada*, y quieren bien, porque la situacion de una mujer sola es muy desventajosa y en muchísimos casos verdaderamente aflictiva.

Como las mujeres no entienden de nada, ricas, las explotan los que manejan sus asuntos; pobres, están imposibilitadas de ganarse el sustento, y se ven espuestas á la pobreza ó á la miseria y á todos los peligros que llevan consigo. ¿Qué mucho que los padres deseen con ánsia colocar á sus hijas? Para avivar su deseo, entra hasta la vanidad, porque suponiendo que la mujer soltera no sirve para nada, le alcanza más ó ménos la falta de consideracion con que se miran las cosas inútiles, y los padres, no queriendo que sus hijas hagan un mal papel, contribuyen muchas veces á que hagan un mal matrimonio.

Como este es el mayor de los males, deberian evitarle aceptándolos todos ántes, pues siendo tan comun el error al juzgar á la mujer, no ha de ser fácil el acierto en lo que concierne á su felicidad. La pasion ó el apetito quieren apresurar el momento del matrimonio, y esta impaciencia, en vez de hallar freno en la razon, halla auxiliares en argumentos que la simulan, revistiendo sus apariencias. La

jóven ve tambien su porvenir sombrío, el triste papel que hará en el mundo, muertos sus padres, si no tiene el apoyo de un esposo, y esto sirve unas veces de motivo y otras de pretexto para contraer sin premeditacion lazos indisolubles.

Terminada la leccion del Sr. García Blanco, el Sr. Arjona leyó un proverbio moral del Sr. Ruiz Aguilera, haciendo resaltar sus muchos chistes y lo cómico de los diálogos que tienen los dos principales personajes.

En el *Perro flaco todo es pulgas*, da el Sr. Aguilera una leccion verdaderamente moral á los que quieren salir de la esfera en que los ha colocado la fortuna ó la justicia. Deberia perseguirse sin descanso esa mala vergüenza de ser pobre, ó de no ser rico, tan comun y tan fatal. La riqueza, que suele ser obra de la casualidad, cuando no de alguna cosa peor, que no puede ser título de legítimo orgullo, es motivo de vanidad. Obra de vanidad son sus ostentaciones, y por vanidad se remeda y se finge cuando no se tiene. La vanidad, que tanto teme el ridículo, debe ser perseguida por él. Nadie se rebaja por lo modesto de su posicion, aunque sufra la prueba más ruda con el trato de personas que la tienen mucho más aventajada.

En la casa más humilde se puede recibir á un rey con dignidad, que está en el carácter del dueño, y no en los muebles de la habitacion. El que para apreciar á los hombres les despoja de todo lo que deben á la fortuna, no teme ser apreciado del mismo mo-

do, ni se siente humillado por la falta de lo que vale tan poco. Lo que rebaja, lo que es ridículo, son las necias aspiraciones, los esfuerzos impotentes, los remedos y el afan de fingir un bienestar de que se carece. La pobreza ó la mediania es noble, noblemente llevada; pero se degrada cuando se deja abigarrar con los colorines y los cascabeles de la vanidad.

DÉCIMACUARTA CONFERENCIA.

Lectura por el Sr. Uña de un artículo traducido del francés.—*Conferencia* del Sr. Pí y Margall sobre *La mision de la mujer en la sociedad*.—Lectura del Sr. Silió de su leyenda *El esclavo*.

Dió principio á la décimacuarta *Conferencia* el Sr. Uña leyendo un artículo traducido del número de 13 de Mayo de *La Revue de l' Instruction publique*, escrito por M. C. Hippeau, que trata del estado de la educacion intelectual de las mujeres en los Estados-Unidos. Para nosotros, las verdades no necesitan ser *tangibles* para ser evidentes, y evidente ha sido siempre que la superioridad intelectual del hombre es obra de la educacion; mas los que quieren hechos, tienen en la descripcion del colegio Vassar, leida por el Sr. Uña, un argumento sin réplica. En el Norte de América las mujeres rigen, de CIEN escuelas, SETENTA; y téngase muy presente que en ellas no se da sólo la instrucion elemental, sino la que nosotros comprendemos en la segunda enseñanza, y aún más ampliada. Supongamos que los cono-

cimientos no sean muy profundos; pero ¡cuánta aplicacion y cuánta aptitud no necesita una maestra para poder iniciar á sus discípulos en todos ellos!

En ese pueblo que calumniamos con tanta frecuencia, porque es más fácil vomitar miserables improperios que imitar grandes ejemplos; en ese pueblo hay *sórdidos mercaderes* que dejan miles y millones de duros para obras de beneficencia y utilidad general. Uno de estos hombres ilustrados y benéficos es M. Vassar, fundador del colegio que lleva su nombre, y para el que ha dado DIEZ MILLONES de reales.

La noble alma de este plebeyo fabricante de cerveza concibió el proyecto de crear un establecimiento de enseñanza, en que las mujeres recibieran la instrucion que se da á los hombres en las universidades.

El colegio Vassar ha sido incorporado á las universidades por un decreto de la législatura de Nueva-York. ¡Gloria y gratitud eterna al ilustre fundador y al pueblo grande que ha proclamado, á la faz del mundo, la unidad de la razon humana! ¿Cómo no ha de crecer ese pueblo? Dios envía prosperidad á las naciones segun comprenden y obedecen sus santas leyes.

La democracia americana no tenía más que un gran pecado, que ha lavado con torrentes de su sangre generosa.

Sorprende á primera vista, que no habiendo al

canzado la ciencia en América mayor altura, ni tanta como en Europa, se quiera allí comunicar á la mitad del género humano, para quien está vedada en el viejo mundo; mas no debe admirarnos si reflexionamos un poco, porque cuando no hay equidad y justicia se puede ser Aristóteles y sostener la legitimidad de la esclavitud y la inferioridad de la mujer. La aristocracia, se ha dicho, *no tiene entrañas;* es verdad, y es igualmente cierto, que del corazon de los pueblos, como de los hombres endurecidos, se levantan nubes opacas que oscurecen su entendimiento. Así se explica cómo en tantos pueblos, sobre todo de la antigüedad, el estado social no corresponde al estado intelectual, y cómo esa América, que no es la primera en el mundo científico, está á la cabeza del progreso. Allí los sentimientos son más sanos, y las pasiones y la preocupacion se oponen ménos veces á la marcha de la justicia.

La esclavitud intelectual de la mujer, como todas las esclavitudes, es hija desdichada del abuso de la fuerza. Las sociedades europeas están formadas por la guerra; el conquistador de la América del Norte ha sido el trabajo. ¿Cómo la obra de este santo héroe, cuya gloria no pueden cantar voces humanas, habia de confundirse con los legados sangrientos de los Atilas de todas las edades?

Esas civilizaciones inoculadas con una lanza, reciben en la herida un vírus que tarde ó nunca arrojan. La conquista de la América del Norte, hecha

por el trabajo, ha fundado la igualdad, sin la cual la fraternidad es mentira, la libertad sueño, y ni en el país donde no hay privilegios el hombre ha de estar dispuesto á creerse un sér privilegiado y superior á la mujer, ni el plantador americano, aislado en los bosques, luchando con la naturaleza, léjos de los hombres y admirando la obra de Dios, podia desconocer las cualidades de su inteligente compañera, con cuyo poderoso auxilio vencia tan gigantescos obstáculos. Si, como se ha dicho, la mujer americana ha hecho la América, es porque el hombre americano no ha desconocido la mujer.

Terminada la oportuna lectura del Sr. Uña, subió á la tribuna el Sr. Pí y Margall, á cuyo cargo estaba la *Conferencia;* el tema era *La mision de la mujer en la sociedad*. Para los que abogamos por la educacion intelectual de la mujer, es gran consuelo y auxiliar poderoso un voto tan autorizado como el del Sr. Pí y Margall, en quien reconocen elevada inteligencia, profundos estudios y vastos conocimientos, áun los que no están de acuerdo con sus teorías económicas. Idea que en el presente tiene tales abogados, no puede dejar de ser un hecho en el porvenir.

El Sr. Pí y Margall quiere que el niño y el jóven, en vez de ir á la escuela y al colegio, donde se corrompen, reciban la primera y segunda enseñanza en el hogar doméstico, y la reciban de su madre, que como se comprende, necesita para esto un gran caudal de conocimientos. Ciertamente, si la mujer

contribuyese como debia á la educacion intelectual del hombre, no se veria esa especie de antagonismo tan frecuente entre los médios que perfeccionan la inteligencia y los que deben conservar puro el corazon. El jóven cuando más necesita guía, cuando sus pasiones empiezan á dar voces desacordes que se sobreponen á la razon y tal vez á la conciencia; cuando sus ideas vagas se desvanecen al contacto de un ardiente deseo; cuando las opiniones informes se amoldan al capricho propio ó ajeno; cuando la voluntad, como un caballo salvaje, no admite freno ni direccion y atropella cuanto se le opone al paso, entónces el jóven se emancipa moralmente de su madre, cuya inteligencia queda ya muy por debajo de la suya. Si no es malo, respetará siempre á la que le dió el sér; pero este respeto será más bien obra del corazon que del convencimiento; bastará para que no la falte, pero no para que se detenga en el camino de los desórdenes; porque las tentaciones que le seducen y los impulsos que le arrastran, necesitaban para ser contenidos todo el prestigio de la razon y toda la influencia del cariño.

Acostumbrado el Sr. Pí y Margall á revolver en su pensamiento las grandes cuestiones sociales y á estudiar para ello la historia de la humanidad, nos decia que en el hombre hay tres fuerzas: la inteligencia, la actividad y el sentimiento; y que unos pueblos son la personificacion de la inteligencia, otros de la actividad y otros del sentimiento. Grecia y Roma rayaron muy alto: la primera por su inte-

ligencia, por su actividad la segunda, y el cristianismo ha venido á llamar á las sociedades modernas á la vida del sentimiento. Han respondido, pero débilmente; la principal mision de la mujer, decia el orador, es fortalecer el sentimiento, alimentarle, darle fuerza, hacerle la base de la actividad y de la inteligencia. Hermosa mision, pero que no podrá llenar miéntras sus facultades intelectuales estén ineducadas é inactivas; porque no puede llevarse aislado á la sociedad para perfeccionarlo, lo que no puede aisladamente tener perfeccion en el indivíduo, y el sentimiento de la mujer, ¡cuántas veces se extravía por no ir guiado por la razon, cuántas se escarnece por no tener la autoridad y el prestigio de la inteligencia!

El Sr. Pí y Margall parecia influido por esas mujeres del porvenir, tiernas, inteligentes é inspiradoras de las grandes cosas, porque comprenderán las elevadas ideas; parecia que una mujer pensadora y amante le habia dictado las palabras con que nos decia que la *humanidad* no son los séres humanos que pueblan en *este momento* la tierra, sino todos los que la *han poblado, la pueblan y la poblarán;* que debiamos pensar cuánto debemos á los que nos han precedido en esta tierra trasformada por sus esfuerzos, y regada con la sangre generosa de los que conquistaron lo que hoy se llama derecho y recibió un dia el nombre de crímen ó locura; de tantos mártires del error ó del trabajo que han consagrado su vida á vencer los obstáculos que la natu-

raleza ó los hombres oponian al progreso del género humano. No ya la posesion de un derecho, la más insignificante de nuestras satisfacciones materiales, supone la inteligencia y el trabajo acumulado de muchas generaciones. Y al reconocernos deudores de los que han pasado, ¿cómo no sentirnos impulsados á trabajar por los que vendrán? Ese piadoso recuerdo de gratitud hácia los que han muerto, ¿no nos inspirará ninguna noble resolucion en favor de los que han de nacer? Viajeros que encontramos allanados tantos caminos, no hemos de mejorar ninguno, y al sentarnos á la sombra del árbol que otros plantaron, ¿no saldrá de nuestra alma ninguna bendicion á su memoria, ni arrojará nuestra mano ninguna nueva semilla para que los caminantes fatigados del porvenir hallen tambien donde guarecerse y nos bendigan?

El recuerdo del sacrificio hecho en nuestro favor, nos impone el deber de la abnegacion; la humanidad no puede tener más que colaboradores activos, ó deudores ingratos y envilecidos. Al considerar al género humano como uno en el tiempo y en el espacio; al unir con un lazo de amor y gratitud el pasado, el presente y el porvenir; al hacer salvar á la fraternidad los confines de la muerte, el Sr. Pí y Margall nos hizo formar alta idea, no solo de su cabeza, sino de su córazon, y bien de la humanidad merecen los que como él la comprenden.

Terminada la *Conferencia* el Sr. Silió leyó la introducion y primer canto de su leyenda *El escla-*

vo. Aquí no es el poeta tierno y melancólico, que pregunta vacilando desde el valle:

«¿A dónde irán los viajeros
que trasponen la montaña?»;

es el vate que oye la voz de su conciencia enérgica, vibrante, y la trasmite, rodeándola de ese poder que se llama belleza, poesía, para que resuene más léjos el anatema que lanza contra la esclavitud. No podemos dejar de felicitar al hombre honrado por el fondo de su obra, ni al poeta por su forma; no debemos hablar más del inmenso dolor que la motiva. Continuaremos guardando silencio sobre la cuestion de la esclavitud, no por patriotismo, sino por humanidad; y quiera Dios que ella nos diga pronto á todos:—Hablad. Ya podeis hablar.

DÉCIMAQUINTA CONFERENCIA.

Conferencia del Sr. Castelar.—Lectura por el Sr. Silió de su leyenda *El esclavo*.—Lectura por el Sr. Aguilera de su apólogo *Plus ultra*.—Lectura por el Sr. Bustillos de la letrilla *Los matrimonios de Dios y los matrimonios del diablo*.

La décimaquinta *Conferencia* estaba á cargo del Sr. Castelar, que fué al paraninfo de la Universidad llamado, segun dijo, por su antiguo maestro y siempre amigo el Sr. Rector. Voz ménos autorizada y ménos querida creemos que hubiera bastado para llevarle allí, donde todos los que habíamos asistido á las *Conferencias* le esperábamos, y donde, nos atrevemos á decirlo, debia ir, porque inteligencia obliga; porque la humanidad no cuenta, sino que pesa los votos, y faltaba el suyo en aquella urna donde se recogen los que quieren redimir á la mujer de la esclavitud de la ignorancia; y en fin, porque para derribar un edificio, más que batir los muros, importa socavar los cimientos, y el cimiento de todas las preocupaciones está en la falta de ilustracion de la mujer.

Además, si llega un dia en que las *Conferencias dominicales* son anatematizadas, ¿no querrá ver su nombre entre los calumniados, y como San Pablo, incurrir en anatema por el bien de sus hermanos?

La hora señalada para la *Conferencia* era mala, porque á la misma tenian junta general las señoras del Ateneo.

El paraninfo, alfombrado, recibiendo el sol por la techumbre de cristal que no daba paso al aire, habia de ser una estufa. La entrada no era gratis, como en las otras *Conferencias*. Las señoras, por punto general, no son republicanas, y por regla más general todavía, son católicas, y no obstante, acudieron con gran anticipacion y en tanto número, que no cabian en el espacioso local que les estaba destinado. ¡Poder de la elocuencia! ¡Señal de progreso! ¡Muestra de tolerancia! Perspicacia natural, por la que entiende la mujer que no debe sacrificarse lo esencial de las cosas á la extrañeza que puede causar su forma; noble instinto que le hace comprender que, diga el Sr. Castelar lo que quiera, hay siempre en el fondo de su alma un sentimiento religioso. El Hijo dejó caer sobre su corazon una gota de su sangre redentora, de aquella sangre que inoculó en el mundo el amor á los débiles y á los afligidos; el Padre hizo brillar ante sus ojos un rayo de la Divina luz; el Espíritu Santo le mandó una de sus lenguas de fuego; ¿y él habia de desconocer la Trinidad Santísima y blasfemar de Dios? ¡Imposible! Desde el abismo podrá negarse, pero desde las nu-

bes ninguno dice: No hay cielo.—Las mujeres no creen, no pueden creer en la impiedad del Sr. Castelar, cuya palabra candente estuvo el domingo llena de uncion religiosa.

Se juzgaba con frecuencia mal al Sr. Castelar, porque se buscaba en él al filósofo, al maestro, al político, al hombre de Estado, sin ver que en la tribuna no puede ser nada de esto, porque es una máquina de guerra. Atleta de bellas proporciones, parece á veces deforme, porque para herir toma extrañas posturas; porque su mision, su ley, es herir, abrir brecha. La tribuna, desde que sube á ella, se convierte en una batería; su voz se asemeja á un grito de guerra; su ademan parece indicar el sitio más apropiado para el asalto; sus ojos ven siempre un muro que batir, y si entona un canto melodioso, no deja nunca de llevar el compás con el ariete. Esta es la ley de su naturaleza, la condicion de su existencia intelectual. No le pidais más calma que la del cansancio, ni más luz que los relámpagos, ni más armonías que las de la tempestad.

El Sr. Castelar habrá alcanzado triunfos más ruidosos; pero ninguno que deba lisonjearle tanto como el que ha obtenido en el paraninfo de la Universidad. Las señoras, la gran mayoría al ménos, no piensan como él, ni en religion ni en política; y no obstante, le han escuchado con recogimiento y entusiasmo, aplaudiéndole, admirándole y siguiendo como fascinadas su pensamiento atrevido y su palabra torrentosa.

Recorriendo el Sr. Castelar el vasto campo de la historia, hacía ver la influencia de la mujer en la sociedad, más palpable en los momentos solemnes, y la de la madre, más de relieve en los grandes hombres. Insistió en que sin libertad no hay dignidad, ni moralidad, ni religion verdadera, concluyendo por pedir á las mujeres que no sean un obstáculo para el progreso, y que inspiren á sus hijos el amor á la patria. Este deseo del Sr. Castelar no se verá realizado sino en muy pequeña escala, hasta que la mujer reciba una instruccion más ó ménos extensa, pero sólida, y se habitúe al trabajo intelectual y á la reflexion. Porque, conviene tenerlo muy presente, por mucho que importe, lo esencial para la mujer, como para el hombre, no es saber geometría ó higiene, física ó teología, mecánica ó economía política; lo esencial es la gimnasia intelectual, el ejercicio de las facultades superiores, la aptitud para la reflexion, el hacer de la inteligencia un instrumento poderoso capaz de trabajo sostenido, en vez de dejarla sumida en letargo eterno. Lo grave de la ignorancia, no es que no se sepa esta ó la otra ciencia, es que no se sabe discurrir; es que toda criatura ignorante, refractaria á la verdad, es buen conductor del error y de la injusticia.

Es necesario que los hombres del progreso, los de todos los matices, piensen sériamente en instruir á la mujer; porque miéntras sea cautiva de la ignorancia, no tendrán los pueblos verdadera libertad.

Terminado el discurso del Sr. Castelar, y cal-

mada un tanto la agitacion producida por su conmovedora palabra, leyeron el Sr. Silió un canto de su hermosa leyenda *El Esclavo*, y el Sr. Bustillo una chistosa é intencionada poesía, titulada *Los matrimonios de Dios y los matrimonios del diablo*.

Leyó tambien el Sr. Aguilera un apólogo, titulado *¡Plus ultra!* Diálogo entre un carro, una tartana y una diligencia, que quieren oponerse al paso de una locomotora y son lanzados al abismo. El autor demuestra con mucho ingenio el error de los que creen que los adelantos son perjudiciales, y el absurdo insensato de ponerse como obstáculos en las vías del progreso.

Terminada la *Conferencia*, el Sr. Rector, que la presidia, dijo que se suspendian hasta Octubre, en que se empezarian de nuevo, *siendo aún más instructivas;* y dió las gracias á las señoras por su asidua asistencia, y á los oradores, á los que han leido, á todos los individuos de la *Sociedad de Conferencias y lecturas*, por su ilustrada y activa cooperacion; y creemos interpretar los sentimientos de las señoras dándoselas tambien en su nombre.

Por nuestra parte, la gratitud que imperfectamente expresamos en la reseña de la primera *Conferencia*, se ha aumentado al ver tantos hombres eminentes que no han desdeñado venir á dirigirnos la palabra, y que abrumados de trabajo, todavía han tenido tiempo para ir á consignar su voto favorable á la educacion intelectual de la mujer, y para

hacer una grande obra de misericordia: enseñar al que no sabe.

Pero ¿qué hemos aprendido las señoras en la Universidad? ¿Nos ha enseñado literatura el Sr. Canalejas, derecho el Sr. Labra, economía política el Sr. Rodriguez, física el Sr. Echegaray é historia el Sr. Castelar? Seguramente que no. Lo que han aprendido las señoras, es que nuestras primeras inteligencias opinan que la mujer debe cultivar la suya; lo que han aprendido los hombres, es que las señoras asisten con asiduidad y constancia á reuniones donde se trata gravemente de cosas graves. Esto es lo que se sabe ya positivamente, y el señor Rector de la Universidad debe estar satisfecho por haberlo averiguado.

Las *Conferencias* de este año no podian ser verdaderamente didácticas, en el sentido que suele darse á esta palabra; eran un trabajo de preparacion indispensable y como la labor que se hace ántes de arrojar el grano.

Esperamos que en el nuevo año académico las *Conferencias* se convertirán en lecciones; conviene que las señoras lo tengamos presente, y que no vayamos á la Universidad á *pasar un buen rato*, sino á estudiar, á aprender.

Creemos hacer un verdadero servicio á los lectores de la BIBLIOTECA ECONÓMICA ANDALUZA dándoles á conocer, por las cartas que insertamos á continuacion, una obra de la Sra. Doña Concepcion Arenal, titulada *Cartas á los delincuentes*, y que aunque impresa puede decirse que no está publicada, porque, sin que entremos ahora á averiguar la causa, el hecho es que no ha llegado á noticia del público.

Aunque este libro, como su título lo indica, se dirige principalmente á los delincuentes, como su objeto sea esplicar la razon y la moralidad de las leyes penales, copiando las que infringen con más frecuencia, basta hojearle para comprender que es útil á todos, porque en la educacion de todos debia entrar el conocimiento de la ley penal, fácil de aprender, y cuya igno-

rancia suele tener consecuencia tan fatales. Asombra ver á una persona ilustrada, reducida á prision por causas políticas, por apariencias engañosas ó por un momento de estravío, sin que tenga la menor idea de la pena en que ha incurrido, del derecho que le asiste, de sus medios de defensa, ni de cuándo se le atropella ni cuándo se le hace justicia. El que debia guiar á su defensor, que no debia necesitarle, recibe los oráculos de un abogado novel y los consejos del escribano, y se deja conducir como un ciego por caminos peligrosos.

En la instruccion más elemental deben entrar nociones de derecho, especialmente de derecho penal; si contribuimos algo á generalizar esta idea, y por consiguiente á apresurar el dia en que se convierta en hecho, dando á conocer la obra de la Sra. de Arenal, creemos haber prestado un verdadero servicio.

La carta «A los inocentes» no se dirige tan sólo á los encarcelados, sino á todo el que sufre y cree no merecer su mala suerte. La resignacion más firme, la que esta más en armonía con los tiempos en que vivimos, á que no puede negarse ningun ser racional, es la que tiene su origen en la razon.

CARTA III.

Necesidad de las leyes.—Amparan pricipalmente al que las infringe.

Hermanos mios: Suponiendo que mis cartas anteriores no habrán sido enteramente inútiles, suponiendo que alguno de entre vosotros quiera prestarme atencion, voy á poneros de manifiesto la justicia de las leyes que os han condenado á la pena que sufris. Una de las causas de que el castigo no moralice, es el no estar bien convencidos de que es justo. Muchos de entre vosotros, la mayor parte acaso, ¿qué idea tiene del por qué y del cómo se halla en la prision? Primero un delito ó un crímen cuya gravedad no habeis meditado, no comprendeis, y que el interés, la pasion y la ignorancia disculpan. Teníais necesidad, habeis robado; teníais cólera, habeis herido; os convenia que la mentira apreciase como verdad, habeis perjurado. ¿Hasta

qué punto sois culpables? Las disposiciones que nos impulsan al mal, nos inducen á disculparle, y es raro que nadie se pida á sí propio cuenta muy estrecha de sus acciones. La que os trajo aquí, ¿qué es para vosotros? Un hecho que se castiga cuando se prueba. La Guardia civil os persigue, se apodera de vosotros ¿qué veis en ella? La fuerza. El juez os condena conforme con lo que dispone un libro que se llama *Código*. ¿Qué son para vosotros el Código y el juez? Un enemigo que os aplica una ley hecha en contra vuestra. Venis á presidio. ¿Y qué razon veis para estar él? La vara del cabo, los fusiles de la guardia, las cadenas que arrastrais ó que os pondrán si intentais escaparos. El delito, el juicio, la sentencia, el castigo, es una lucha en que habeis llevado lo peor. ¿Cuál es para vosotros la moralidad de todo esto? Que habeis sido vencidos y que el vencedor os oprime porque es más fuerte. En consecuencia odio al vencedor, odio á la Guardia civil, al juez, á los jefes de la prision, á los capataces, y hasta al sacerdote que os amonesta y al médico que os cura.

Si me prestais atencion, si vuestra conciencia aletargada despierta, si logro que penetre en vuestra alma la luz de la verdad, no más que uno solo de sus divinos rayos, comprendereis el absurdo de vuestro modo de ver, os asombrareis de vuestra ceguedad, y tributareis á la justicia el más solemne, el más meritorio de todos los homenajes, el del que habiéndola desconocido, al fin la comprende y la

venera. Pero ántes de tratar de la justicia de las leyes, veamos su necesidad. Las leyes penales, únicas de que debemos ocuparnos, las que castigan los crímenes, los delitos y las faltas, ¿creeis por ventura que son alguna cosa intrincada, extraña, caprichosa, inventada por los hombres, reducida á reglas á fuerza de ingenio y cavilosidades? No, hermanos mios; las leyes penales son una cosa clara, sencilla y natural, como lo es comer cuando se tiene hambre, beber cuando se tiene sed y abrir los ojos á la luz: yo espero que si me prestais atencion, llegareis á comprenderlo así.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad. Ya veis cuán débil nace el niño, ya veis cuán débil es el hombre comparado con los animales; ponedle sólo en medio de los bosques luchando con las fieras, con los insectos, con los elementos, y vereis qué pronto perece. Para resistir á tantos peligros como le cercan, á tantos elementos de destruccion, necesita unirse á sus semejantes: sólo combinando con ellos su fuerza, deja de ser débil y puede existir. Pero no creais que se trata sólo ni principalmente de la fuerza física, ya hemos visto que en el hombre es una cosa muy secundaria; la asociacion que hace al hombre fuerte es la de la inteligencia de las ideas. No se concibe un hombre que reducido á sus solas fuerzas pueda vivir mucho tiempo, pero si viviese, aunque hubiera nacido con las mejores disposiciones, no sabria discurrir, su inteligencia quedaria sofocada como se ahoga el que tenga el

pulmon más dilatado, si no encuentra aire que respirar. ¿Cómo podrá resistir, ó vivir, que es lo mismo, el hombre en la soledad que aisla su inteligencia y aniquila su fuerza moral?

Pero aún cuando supongamos por un momento que el hombre materialmente pudiese vivir solo, que pudiese resistir á las causas físicas que tendian á destruirle, sucumbiria de dolor ó de tédio. Si alguna vez os han encerrado solos, lo comprendereis fácilmente, y aunque así no sea, por la necesidad que sentis de comunicar con vuestros semejantes, comprendereis que la soledad absoluta es opuesta á la naturaleza del hombre y la destruye. Si os pusieran en libertad y os dieran todos los regalos que pudiérais desear y concebir; si viviérais en un hermoso país, con clima templado, y habitárais un magnífico palacio con mesas cubiertas de sabrosos manjares y vinos exquisitos, pero con la condicion de no ver ni oir nunca persona humana, renunciaríais á todos aquellos aparentes bienes, y preferiríais el rancho y las paredes de vuestra prision y voluntariamente os volveríais á ella.

No es necesario insitir más sobre este punto: el hombre siente por instinto que no puede vivir sólo. Y si los hombres necesitan vivir en sociedad, ¿qué regla habrán de tener para estar en paz? Una muy sencilla, la que sirve de fundamento á todas las leyes penales desde que el mundo ha empezado hasta que deje de ser, la que sabeis vosotros, la que saben los niños ántes de tener uso de razon. *No hagas á*

otro lo que no quieras que te hiciesen á ti. Ahí teneis el principio fundamental de toda justicia, tan sencilla que todos la comprenden, tan evidente que nádie la niega, y que no está escrita en todos los códigos sino porque está grabada en todas las conciencias.

Imaginemos la sociedad más sencilla compuesta de dos hombres, supongamos que no hay asociacion siquiera, sino reunion: dos de entre vosotros han cometido una falta y sido encerrados en el calabozo; ya teneis deberes y derechos el uno para con el otro. Os entrarán el pan, el rancho y el agua. Cada cual tiene el *derecho* de que el otro no se coma su racion y el *deber* de no comerse la de su compañero: tiene el *derecho* de que le deje dormir y el *deber* de no despertarle: tiene el *derecho* de que durante el sueño no le mate, y el *deber* de no matarle miéntras duerma: tiene el *derecho* de que no le calumnie diciendo que ha querido forzar la puerta ó prorumpido en palabras ofensivas contra sus jefes, y el *deber* de no calumniar tampoco. Ya veis que en la reunion de solos dos hombres, que no puede llamarse aún sociedad, reducidos á un estrecho calabozo donde sus relaciones son tan limitadas, hay ya *deberes* y *derechos*. El que no los respeta merece *una pena* para que le castigue porque faltó, para que le contenga y no vuelva á faltar, para que sirva de ejemplo á los otros que todavía no han faltado. A fin de que esta pena sea proporcionada al delito, es decir, justa, para que no sea obra del capricho

del que la impone se necesita *una ley*. Mas para imponer esta ley es preciso averiguar si hubo realmente falta, juzgar su gravedad; esto no puede hacerlo más que el *juez*. Pero el que falta no se presenta gustoso ni á ser juzgado ni á sufrir la pena que mereció, quiere eludirla, hay que obligarle materialmente; de aquí la necesidad de emplear la fuerza, y los fusiles, y las paredes, y las rejas y las cadenas.

Si á vosotros os dijeran ahora: los 800 ó 1.000 hombres que hay en este presidio van á embarcarse para América; hay allí una isla fértil y desierta que es preciso poblar. Tomad provisiones para un año y herramientas para labrar la tierra, y construiros habitaciones. Quedais solos, en libertad de hacer lo que os parezca, pero no conteis más que con vosotros mismos, nadie vendrá en vuestro auxilio ni os es permitido salir. ¿Qué haríais entónces? ¿Permitiríais que las provisiones se repartiesen con desigualdad de modo que unos tuvieran más de lo necesario y otros se murieran de hambre? ¿Permitiriais que miéntras que los unos labraban la tierra los otros les robasen el fruto de su trabajo? ¿Que los holgazanes fuesen á habitar la casa hecha por los laboriosos y los arrojasen de ella? ¿Que convirtiendo en armas homicidas los instrumentos del trabajo, los más perversos matasen ó hiriesen, para saciar sus instintos feroces y alcanzar por el terror lo que no querian obtener por su laboriosidad? ¡Ay de vosotros si tal hiciéseis! Nadie querria sembrar para que otro recogie-

se, nadie edificar para que otro se albergase. El hambre llegaria implacable, y exasperados por ella, os disputaríais con encarnizamiento los restos de vuestras provisiones, que sólo podrian alimentar algunos dias á los que triunfasen en la lucha, y vencedores y vencidos perecerian sin quedar de ellos más que el recuerdo de sus crímenes y sus huesos insepultos descarnados por las fieras.

Pero no: vosotros que maldecíais las leyes, las estableceríais en vuestra colonia, por necesidad, por instinto de conservacion. ¿Y qué leyes serian estas? Las mismas con muy corta diferencia que aquellas porque habreis sido juzgados. Las leyes no son más que expresion de la necesidad social y de la conciencia humana, y como vuestra sociedad tendria las mismas necesidades que todas, y vosotros, aunque extraviada y sofocada á veces, teneis conciencia, vuestras leyes serian justas. Como el ladron no quiere ser robado, ni el asesino que alevosamente le hieran, castigaríais el robo y el asesinato, y los crímenes y los delitos todos, sin otra diferencia que vuestro código seria más severo, infinitamente más duro en las penas que impusiera, como hecho para una sociedad ignorante y débil. La dureza de las sociedades, como la de los indivíduos, está en proporcion de su debilidad y de su ignorancia

Las leyes penales varían en los castigos que imponen, pero no en las cosas que prohiben, y la base de todos los códigos pasados, presentes y futuros, es, como ya os he dicho: *no hagas á otro lo que no*

quieras que te hagan á ti. Cuando faltais á este precepto, cuando atacais la vida, la hacienda, la honra, ó haceis daño de cualquier modo que sea, no es solamente un juez que interpretando un código os condena; se alzan contra vosotros todas las leyes de todos los países, de todos los tiempos; habeis faltado á la ley humana, á la ley de Dios, os dicen los hombres que han sido, y los que son y los que serán, arrojando sobre vuestro crímen el peso de los siglos.

Ya lo veis, la sociedad no puede vivir sin leyes; puede decirse sin exagerar nada, que como el hombre necesita respirar aire; toda reunion de hombres, toda sociedad necesita respirar justicia, y que si le falta perece ahogada en la iniquidad y en la sangre. Los ladrones en cuadrilla, si han de organizarse de modo que puedan existir algun tiempo, establecen entre sí los mismos principios de justicia que atacan en la sociedad.

Pero si os fuera dado destruir el órden establecido, si por un acto de vuestra voluntad pudiérais anular ese Código penal contra el que tanto protestais; si cada uno de vosotros tuviese libertad para atacar las haciendas, la vida y la honra, sin que la Guardia civil le persiguiese ni el juez le condenase, ¿qué pensais que sucederia? ¿Pensais que viviríais dichosos con el fruto de vuestras rapiñas y el precio de la sangre que habíais derramado? ¡Insensatos! ¡Ay de vosotros el dia en que no hubiese leyes ni jueces! Si fuera posible que sonase esa hora, la última estaba muy cerca para vosotros, y debiais daros

prisa á reconciliaros con Dios los que todavia creeis en él. Al suprimir el Código, ¿podríais suprimir las necesidades de la sociedad, la conciencia humana, y la ley divina que ha dispuesto que los malvados sean un corto número?

¿Qué dice la necesidad social? Que es preciso que se respete la hacienda, la vida y la honra.

¿Qué dice la conciencia? Que hay derecho para castigar á los que atacan aquellas cosas.

¿Qué dice el mayor número que las respeta? Que hay fuerza para destruir á los agresores, que son los ménos.

Así, anulada la ley, queda la necesidad, el derecho y la fuerza de destruiros, y seríais destruidos, indefectiblemente aniquilados.

En las sociedades primitivas, en los pueblos ignorantes, y por consiguiente débiles, la ley es dura, acaba de salir de la mano del ofendido y participa de su temor y de su cólera. Cuando la accion de la sociedad que tanto maldecís es débil, la del indivíduo la suple, y como el indivíduo no perdona tan fácilmente como la sociedad, como no puede perdonar porque le falta fuerza, el malhechor no halla misericordia. A veces es entregado al ofendido ó á sus parientes para que sacien en él los furores de su cólera. En todas las legislaciones criminales antiguas se ven las huellas de esos tiempos parecidos á los que imaginais tan bellos, en que la fuerza pública siendo cási nula, la del indivíduo tenia que suplirla; en que el malhechor, en vez de ser perseguido por la

Guardia civil, lo era por las personas á quienes habia hecho daño y por sus parientes y amigos, en que sin exageracion puede decirse que era *cazado;* en que no habia piedad para él; en que la ley con su pena de muerte prodigada sin compasion, con sus cárceles donde se trataba á los presos como no tratamos hoy á ningun animal, con sus torturas y sus horribles suplicios, reflejaba por todas partes la cólera del ofendido. De esos tiempos en que las leyes eran débiles como vosotros quisiérais que fuesen, viene el dar á la justicia el horrible nombre de *venganza pública.*

Y por horrible que sea, donde no hay justicia, es preciso que haya venganza, y si no os presentais ante el juez imparcial es preciso, que os someteis al fallo del hombre á quien habeis robado, ó de los vengadores de vuestras víctimas. Donde no hay fuerza pública, todos se arman contra el bandido que roba y mata, como contra un animal dañino que tala los campos, y el bandido sucumbe, *es cazado.* Antiguamente, cuando la ley era débil y cruel como os he dicho, no habia presidios y pocas cárceles se necesitaban. Como la regla de la pena es ahora la prision, entónces lo era la muerte: los malhechores eran inmolados sin misericordia, y si no habia razon, habia propiedad en llamar venganza á la justicia.

Vosotros que os creeis fuertes, imaginando, insensatos, que si no hubiera jueces y leyes, podriais poner por obra vuestra voluntad y vivir dichosos de

rapiña y de matanzas, salid de la prision. Retírese la guardia, ábranse las puertas, armaos de hierro y de cólera reprimida y de odio añejo; ya no hay ley, ni paredes, ni rejas, ni soldados: atacad las haciendas y las vidas. No os detengais; sólo hallareis un obstáculo. Los hombres honrados, puesto que no tienen quien los defienda, han resuelto defenderse, y vais á pelear uno contra mil. ¿Os aterra la proporcion? Pues no podeis destruirla, porque esta proporcion es la obra de Dios.

Fuerza es desistir de la empresa, al salir de aquí; si no quereis ser hombres honrados á la luz del dia, teneis que hacer mal en las tinieblas y ocultaros donde al fin os hallarán; y cuando os hallen, ya podreis comprender que es una fortuna para vosotros, que en vez de sufrir la cólera del que habeis ofendido, os lleve la Guardia civil conduciéndoos, impasible como el deber, al juez que examina imparcial vuestro delito, y le aplica la pena señalada por la ley. A él no le habeis ofendido, no os conoce, no puede aborreceros, y para ser justo no há menester heroismo ni áun virtud, como el ofendido que os castigase y que para haceros justicia necesitaba perdonaros ántes.

Ya lo veis, las leyes son absolutamente necesarias; cuanto mayor es su fuerza, tanto ménos dura es la suerte de los que condenan, y su proteccion, conveniente para todos, es más necesaria para los que la han infringido. Antes de entrar en el exámen de la justicia de las leyes, convenceos de su

necesidad, y salid del error en que estais, imaginando que si no las hubiese, seríais fuertes y dichosos. La *fuerza pública* que mirais como enemiga, léjos de serlo, os ampara, os defiende de la *venganza pública*. Sabedlo: los delincuente son débiles, y las leyes que hacen los hombres de bien, á los criminales principalmente aprovechan, porque sin ellas serian inmolados.

CARTA IV.

A las corrigendas.

Mis cartas anteriores se dirigen indistintamente á los penados de ambos sexos. Las corrigendas, como los presidiarios, ignoran en su mayor parte las leyes que las condenan; desconocen su justicia; tienen ideas confusas de la virtud, del deber, de lo que es la sociedad para ellas, de lo que ellas son para la sociedad; sufren el castigo como quien cede á la fuerza: se aturden ó se desesperan en lugar de resignarse, y la desgracia, que es la gran maestra de los que quieren aprender, nada les enseña. Todas estais igualmente necesitadas de que una voz amiga, pero severa, os explique en qué faltásteis, porqué sois castigadas, y cómo podeis borrar las huellas de vuestra falta, recibiendo la pena como una penitencia merecida.

Pero si el legislador os asimila á los ancianos, mujeres reclusas, y teniendo compasion de vuestra

debilidad os trata con más blandura, ¿no deberé yo hacer entre vosotros y los hombres alguna distincion como la que hace la ley? La hago con mi corazon, y si en mis cartas anteriores, si en las siguientes hallais algunas frases que os parezcan duras, que no pueden aplicarse á vuestra prision ni hallan eco en vuestra alma, en vez de pensar:—*Nos creen peores de lo que somos*,—decid:—*Eso se ha escrito para los hombres*.

Yo no creo, como vulgarmente se cree, que la mujer que llega á ser mala es peor que ningun hombre, porque sé que hay hombres que llegan con su perversidad hasta un punto en que se puede decir: —*No hay más allá*.—Si alguna de entre vosotras puede competir en maldad con los hombres malvados, es bastante para que sea un mónstruo y el oprobio de su sexo. En la mujer choca más el mal porque se espera ménos. Ha recibido de Dios más ternura, más compasion, más afectos benévolos, más disposicion á sufrir resignada, á olvidarse de sí propia, á sacrificarse por los demás, y su mano débil, y su corazon amante y su horror á la sangre, parecen decirle:—*Has nacido para verter lágrimas sobre los dolores que consueles*.—Así, el mal en la mujer choca, sorprende, asombra; los mismos vicios ó crímenes son en ella más repugnantes y odiosos que en el hombre, y por eso, cuando llega á ser tan mala como él, parece infinitamente peor. Así, de tal modo está organizada para amar, para compadecer, para consolar, para huir de los medios violentos,

que si el hombre criminal infringe una ley santa, la mujer parece infringir dos, la de Dios y la de su organizacion. Así, la mujer que es tan mala como el hombre, es más repugnante: no lo olvideis, hermanas mias; teneis en vuestra naturaleza ménos medios de ser malas, más elementos para ser buenas, y por consiguiente, mayor obligacion de serlo. Los hombres, que cuando sois perversas os miran con desprecio y con horror, no hacen sino anticipar el juicio de Dios, que será con vosotras muy severo.—¿Qué has hecho, dirá el Señor en el dia de la justicia, qué has hecho, mujer criminal, de los altos dones con que habia enriquecido tu alma? ¿Cómo has convertido en dureza la ternura de tu corazon? ¿Cómo se han vuelto maldiciones y blasfemias las dulces palabras que habia puesto en tus labios? ¿Cómo has suplido la debilidad con la astucia, y no pudiendo vencer el santo horror que te dí de la sangre, has suplido con el veneno el hierro homicida? ¿Cómo has secado en tus ojos las lágrimas de la compasion, haciendo verter tantas, cuando te habia mandado al mundo para enjugarlas? ¡Caiga sobre ti mi justicia, mujer perversa, y maldita seas por los siglos de los siglos!

No permita Dios que entre vosotras haya ninguna sobre quien deba recaer tan terrible juicio, y si alguna hubiere, ojalá que se apresure á borrar con el arrepentimiento la huella de la culpa, aplacando la justicia divina é implorando misericordia.

Al dirigirme á los criminales, creo que habrá

muchos que no me escuchen; entre vosotras habrá ménos. Es raro que una mujer rechace al que se acerca á ella con dulzura; que quiera aparecer vil y perversa ante las personas buenas; que no conserve, allá en el fondo de su corazon, algun sentimiento dulce, alguna lágrima pura para alguna cosa santa, alguna aspiracion hácia el Dios que ofende y parece haber olvidado. La mujer que no ama y que no cree, la que no tiene algun afecto en este mundo y alguna idea del otro, es un sér tan extraño y tan monstruoso, que cási siempre me parece ver allí algun trastorno físico, algun estado nervioso semejante á una enfermedad, y tengo impulsos de decir:—*Hay que llamar al médico para esta mujer que no cree en Dios.*

Si entre vosotras hubiera alguna enferma de este modo, pedid al Señor por su salud, que la oracion del desdichado que pida por otro que lo es más todavía, debe ser muy aceptada á los ojos de Dios. Vosotras le habeis ofendido, pero no le habeis olvidado; no le deja la mujer sino para volver á Él, solamente que en esta ausencia culpable, suele perder la felicidad y la honra. Todavía si os arrepentis y os enmendais, podeis recobrarlo todo, hasta el honor, porque aunque el mundo vuelve difícilmente su aprecio cuando una vez le ha retirado, nadie es bueno ni malo mucho tiempo sin que Dios y los hombres le hagan justicia.

Necesito toda vuestra atencion, porque voy á dirigirme principalmente á vuestro entendimiento.

Voy á explicaros la justicia de las leyes que os han condenado, á daros á conocer las que podeis infringir. El camino que habeis emprendido está lleno de precipicios que no distinguen vuestros ofuscados ojos, y que puede mostraros quien los ve con claridad. Haced uso del entendimiento que habeis recibido de Dios; es ofenderle despreciar uno de sus más altos dones, dejando ociosa la facultad de pensar y de comprender lo que os conviene, y dónde está el peligro y dónde la salvacion.

Impresionables y vehementes, pasais de la exaltacion de las pasiones á la de las creencias; del olvido de Dios á la supersticion; del pecado al arrepentimiento, y muchas veces no perseverais en él porque vuestra razon no acude como debia en auxilio de vuestra fe. Es preciso ser razonables y creyentes, que la sabiduría suprema no nos ha dado distintas facultades y disposiciones para que se combatan, sino para que se sostengan, ni ha hecho tres cosas distintas del precepto religioso, de la utilidad y de la justicia.

Si me prestais atencion, os convencereis de que las leyes son necesarias, son justas, son fuertes, y que es locura culpable ponerse en lucha desigual con quien tiene razon y tiene fuerza. Os convencereis de que las leyes de los hombres están en armonía con la de Dios; y que si no por amor á Él, por amor de vosotras mismas, por cálculo, debeis respetar esas leyes ó siquiera obedecerlas, porque lo que es justo, es útil, y la utilidad, fuera de la justi-

cia, es engañosa, es mentida, es la que os ha llevado donde estais con los cálculos siempre errados del que olvida sus deberes. Vosotras sentis los vuestros; es preciso razonarlos, porque solo así sereis fuertes contra la mala tentacion. Si, por no haber podido resistirla están los hombres en presidio, si el delito es en ellos hijo de la debilidad, ¿qué será en vosotras, donde no tiene ni áun la apariencia engañosa de fuerza y energía? Muchas, las más tal vez, ¿no habeis sido arrastradas á el por las tristes circunstancias en que os colocó una debilidad? ¿Mirásteis cara á cara el mal que habeis hecho, y dijísteis en vuestro corazon, voy á lanzarme á el, ó el mal no vino sino despues de los halagos de un seductor que escuchásteis en hora menguada? El delito ó el crímen á que os arrastró con su ejemplo ó con su abandono el hombre que os sedujo, estaba bien léjos de vuestro pensamiento el dia en que por debilidad cometisteis la primera falta. Si hubiérais sabido cómo se encadenan, si hubiérais sabido cómo envuelven en una especie de red, si hubiéreis sabido que el escudo de la mujer es su honor, porque desde el momento que le pierde todas sus virtudes se hallan como sin amparo y sin defensa; si hubiérais sabido que la debilidad en una mujer, si no es un crimen ni un delito, es como una brecha por donde pueden entrar los delitos y los crímenes todos; si hubiérais sabido que el desprecio del mundo habia de empujaros á ser despreciables, y que no teniendo amparo en el aprecio propio, y desesperando de vos-

otras mismas, no habíais de hallar otro refugio que en la embriagez del mal y en la desesperacion; si todo esto hubiérais sabido, mujeres desdichadas, habríais rechazado con horror al hombre pérfido, detrás de cuyos halagos estaban el robo y el infanticidio!

Ahora sabeis ya todas estas cosas; la desgracia y la culpa os han enseñado sus tristes misterios. ¿Serán perdidas lecciones compradas á tan alto precio? Vosotras deberiais tener experiencia de los hombres y de las cosas, y en general no la teneis. ¿Por qué? Porque la experiencia no es el recuerdo de las cosas que nos han pasado, sino el conocimiento que de ellas se adquiere reflexionando, comparándolas y juzgándolas. Procurad adquirir esa experiencia de que tanto necesitais, y yo procuraré ayudaros. Fortificad vuestro corazon con la fe, y vuestro entendimiento con el raciocinio; escuchadme, y comprendereis la moralidad de las leyes y las leyes del mundo moral; el enlace de los derechos y de los deberes, que haciéndoos justos, os parecerán más fáciles, porque nada facilita tanto una cosa como la voluntad de hacerla, y nadie influye más constantemente en la voluntad, que la idea de la justicia. La justicia, cuando se forma de ella una idea clara como la que yo intento daros, sobrenada como un cuerpo ligero en el Océano cuyas olas embravecidas le sumergen un momento. En el alma humana como en el mar, la tempestad no es la regla, sino la excepcion: las pasiones pasan, la conciencia queda, y si

logro ilustrar la vuestra, no quedará en vano. Yo sé que muchas escuchais, que muchas comprendeis. Procurad aprender; cuanto más cerca esteis de la verdad, más léjos estais de la desgracia y del crímen: la mujer, aún ménos que el hombre, debe ser mala por cálculo.

CARTA V.

Grandeza de arrepentimiento.

Hermanos mios: Al recordar mis cartas anteriores, siente mi corazon una secreta pena; hay en ellas algunas frases severas que, dirigiéndose á desgraciados, podrian parecer dureza si no fueran necesidad. La blandura, bien lo sabeis, suele tomarse entre vosotros por debilidad, que excita desden, y yo sería objeto del vuestro, si con mis palabras os diera á entender la creencia de que todos estábais dispuestos á escucharlas y seguir mis consejos y á penetraros de mis razones. La propension que tiene el hombre á despreciar al que enseña, es mayor todavía en el presidio que en el mundo, y yo sería objeto de burla para los perversos, si ellos no lo hubieran sido de mis severos juicios. La perversidad, su prestigio al ménos, hasta cierto punto, se desar-

ma en cuanto se adivina, y el malvado, dispuesto á burlarse del que le compadece, del que le exhorta, del que le hace bien, siente una cosa parecida al respeto por el que le conoce. Esta es la razon de las duras palabras con que he pintado las cosas horrendas; este el motivo de bajar con el pensamiento á los abismos de la iniquidad y decir: *Sé lo que en ellos pasa.*

Por mí ni para mí no he menester consideracion ni respeto; por vosotros y para vosotros necesito que mis palabras tengan el prestigio que da á las suyas el que sabe lo que dice y á quien lo dice. Si alguna vez os parecieran duras; no se las aplique ninguno que no las merezca; más dispuesta estoy á haceros gracia que agravio, y mi corazon os defiende más veces que os acusa. Escuchad mi voz como la de un amigo, que es á veces severa porque no puede engañar; y créed, que si las lágrimas de la compasion borrasen las huellas de la culpa, vuestras almas aparecerian puras y sin mancha como han salido de la mente de Dios. Pero sólo el arrepentimiento purifica, sólo él regenera y ennoblece lo que la culpa ha degradado. ¡Ojalá que el vuestro os levante y os rehabilite! ¡Ojalá que llegueis por él á una segunda inocencia! ¡Ojalá que la compasion que me inspirais, pueda trocarse algun dia en admiracion y respeto!

¡Respeto y admiracion! Extrañeza ó risa os causarán tal vez estas palabras aplicadas á los que arrastran en la prision sus cadenas y su ignominia. Sí;

admiracion y respeto, que no hay ningun hombre caido tan abajo que no pueda levantarse, ninguno tan humillado que no pueda ennoblecerse, ninguno tan culpable á quien si de veras se arrepiente y se enmienda, no digan Dios y los hombres:—*Yo te perdono.*

La inocencia es pura, el arrepentimiento es sublime; la inocencia complace, el arrepentimiento admira; la inocencia es serena como la paz; el arrepentimiento grande como el triunfo; la inocencia da una luz suave; el arrepentimiento deslumbra con el fuego en que se ha purificado; la inocencia pasa como una paloma que no aventuró su vuelo léjos de la tierra; el arrepentimiento estuvo en lo más alto y en lo más bajo, sabe lo que pasa en las nubes y en los abismos; la inocencia vive en la ignorancia dichosa de las tempestades de la culpa; el arrepentimiento sabe todos los secretos del bien y del mal; la inocencia lleva una frente pura que se ve con satisfaccion; el arrepentimiento tiene la suya llena de cicatrices que conmueven, porque se adivina en ellas, primero una mancha y despues una herida; pasamos á veces al lado de la inocencia sin notarla; el arrepentimiento dice siempre á nuestra atencion: *¡detente!* porque aquella criatura que vivió en la oscuridad del error, que se dejó arrebatar por el torbellino de sus pasiones, que se embriagó con el vicio ó con el crímen como con una de esas bebidas dulces que hacen perder el juicio, que se degradó encenagándose en el desprecio de los demás y en el

suyo propio, que vivió en el abismo de la desesperacion, y que despues de todo esto, abre sus ojos á la luz, su corazon á la esperanza, y se levanta y vuelve á caer, y se estremece, y se avergüenza, y se purifica, y lucha, y tiene horas de desaliento y de fe, y triunfa; este hombre, quien quiera que haya sido, es grande, y al darle nuestro apreció le daríamos poco, porque es digno de nuestra admiracion. El hombre arrepentido nos interesa y nos admira porque pensamos los dolores que debió sufrir donde estuvo, la fuerza que habrá necesitado para llegar á donde está: el hombre que se levanta no es ménos grande que el que no ha caido. Así, cuando os digo que aún podeis inspirar admiracion y respeto, es como si dijera que aún podeis arrepentiros.

Muchos de entre vosotros, al creeros incapaces de arrepentimiento y enmienda, padeceis un error, os calumniais, y espero que alguno ha de decir un dia:—*Yo soy mejor que pensaba.*

CARTA XXIV.

Delitos contra la honestidad.—Artículos 358, 359, 360, 361 y 362.

Hermanos mios: Al abrir el Código por el título que dice *Delitos contra la honestidad*, sucede algo parecido á lo que os decia en otra carta; las tristes ideas que despierta en el ánimo no están en armonía con la severidad de las penas, que exceptuando uno ó dos casos, no son graves. ¿Por qué así? Porque el pensamiento va de los artículos de la ley al delito que castiga, y le mira como orígen de tantos otros y como la causa de infinitas maldades y desventuras. La deshonestidad es un delito, que áun prescindiendo del castigo que Dios le impondrá, y áun suponiendo que burle el de la ley, no queda nunca impune. El deshonesto arruina su fortuna para comprar los favores de una mujer despreciable, dispuesta á dejarle por otro que la pague más. Ar-

ruina sus fuerzas con los excesos, y su salud, contrayendo enfermedades repugnantes y dolorosas, que si no le matan, anticipan su vejez y le hacen más bien un objeto de desprecio que de lástima. El deshonesto, excitado por el demonio de la lascivia, no tiene tranquilidad ni sosiego; vive en una excitacion febril; sus sentidos, como un aguijon emponzoñado, le arrastran de un exceso á otro, y ántes agota las fuerzas que satisfaga el apetito. Los desórdenes deshonestos producen debilidad de cuerpo y alma, y el hombre gastado en los vicios de la crápula, no tiene fuerza para nada, ni en su brazo ni en su cabeza. Hijo, aflige á sus padres y acaso los deshonra; esposo, hace la desgracia de su mujer, y tal vez la precipita en el mismo camino que él sigue; padre, da vida á séres débiles ó enfermos que le maldecirán un dia, que no le ampararán en su vejez ni le consolarán en sus trabajos, porque les deja por herencia pobreza, debilidad, mal ejemplo.

Como el hombre deshonesto no vive más que por los sentidos, que se gastan pronto, si no sucumbe á los excesos, estos le acarrean una vejez despreciable y desdichada, porque no sabe qué hacer de una existencia que ha perdido el único atractivo que para él tenía. Pero es raro que el hombre deshonesto cuente muchos años, y vosotros recordareis que entre vuestros compañeros y vuestros amigos, tanto en presidio como fuera de él, pocos de los que se entregan desenfrenadamente á este vicio llegan á viejos, y de él son victimas muchos, tal

vez la mayor parte de los que salen de la prision para el cementerio.

Ningun vicio va sólo, y la deshonestidad tiene un largo acompañamiento, porque al debilitar el cuerpo y el amor al trabajo; al conducir á la casa de las malas mujeres donde siempre hay hombres malos, conduce al juego, á la embriaguez, á las reyertas, y á concertarse para buscar recursos en el robo, y á los golpes, y á las heridas, y al presidio ó al cadalso. ¡Cuántos hombres se han perdido por el trato con mujeres malas! ¡Cuántos deben á sus consejos y á sus instigaciones el cautiverio en que gimen y la cadena que arrastran!

Y si la deshonestidad hace tanto daño á los hombres, ¡cuánto mayor no es el que causa á las mujeres, donde es tambien más repugnante! La mayor parte de sus crímenes, la mayor parte de sus desgracias irreparables vienen de la deshonestidad, puerta fatal por donde entran tantas desdichas.

Solo la ignorancia y la ceguedad más lamentable pueden conducir á una mujer al olvido del pudor. Si la jóven que se abandona viera el cuadro de lo que infaliblemente ha de sucederle, no era posible que aceptase la vida de la mujer deshonesta, peor mil veces que la muerte. Cualquier favor se agradece; pero los que hace una mujer con mengua de su pudor, en vez de inspirar gratitud son motivo de desprecio. El seductor se burla de la mujer seducida, la abandona, la desdeña, la escarnece; el olvido de los servicios que le ha prestado, de los sacri-

ficios que por él ha hecho, no es cosa vituperable. Aunque hambriento le haya dado de comer, desnudo le haya vestido, enfermo le haya cuidado, perseguido le proporcionase asilo, á nada está obligado para con ella, *porque es su querida*. Los beneficios que le obligarian con un enemigo, no le imponen deber alguno con la que le ama; el dia que quiere la abandona, nádie le pregunta por qué, y si alguno se lo preguntare, responde: *porque me he cansado de ella;* el mundo tiene la respuesta por buena, y dice al hombre: *es natural,* y á la mujer: *te está bien empleado*. Parece que hay dos leyes de moral; una equitativa y justa, que tienen los hombres entre sí; otra inicua para las mujeres que los aman y son débiles con ellos. Pueden ser injustos, infames y crueles sin ser acusados de infamia ni de crueldad; pueden ser criminales sin que nádie les pida cuenta de su crímen. Que un hombre engañe á una mujer, ¿qué tiene eso de malo? ¿Para qué le creyó? Que la deshonre, ¿qué hay que decirle? Ella es la que debe mirar por su honor. Que la abandone, ¿qué hay que extrañar? Ya se sabe que los hombres son inconstantes. Que la desespere y ella se arroje por la ventana al mar ó á la prostitucion ¿Y Qué? ¿Es suya la culpa si se enamoran de él mujeres necias que siguen amando cuando ya no son amadas? Si robara á una familia un duro, sería un hombre despreciable; pero si le roba su honra, si le roba á una jóven la felicidad de toda la vida, si la sepulta en el dolor ó en el oprobio, es un hombre honrado, porque las

cuestiones de mujeres son cuestiones aparte que se rigen por otras leyes y otros principios que los de la eterna justicia.

La mujer que es débil con un hombre, será por él desgraciada, y su dolor, en vez de excitar compasion; moverá á risa. Si alza la voz para demandar justicia, todos se volverán contra ella, todos, hasta los hijos del amor á que sacrificó su virtud. Esta es la ley, mujeres desdichadas; ley dura y terrible, pero á que no podeis sustraeros; ley que os dice:—Sé honesta si no quieres ser infeliz.—Con razon se llama á una prostituta *una mujer perdida*. Perdida está en efecto la triste, y cuando abandonada por su seductor ó huyendo de su insufrible tiranía, olvidó todo miramiento y se abandonó por completo, aquel dia se *perdió* verdaderamente para la felicidad lo mismo que para la virtud. Las mujeres deshonestas son desgraciadas, profundamente desgraciadas, porque es condicion de la mujer necesitar cariño para ser feliz, y la que es liviana sólo inspira repulsion y desprecio.

Nunca se conmueve mi corazon tan tristemente como al entrar en un hospital de mujeres donde se curan las enfermedades consecuencia de la prostitucion. Allí las enfermas no suelen quejarse, saben que á nádie inspiran lástima y procuran sofocar el dolor físico lo mismo que el dolor moral, con chanzas obscenas y con blasfemias y con carcajadas que dan lástima como las de un loco. Quieren embriagarse en el vicio, no les queda otro recurso; quieren

escupir sobre las cosas santas parte del desprecio que inspiran; quieren negar lo que para ellas está vedado; quieren reirse del mundo para vengarse del dolor que les causa. ¡Pobres mujeres! Son y se sienten desdichadas, y lo confiesan cuando llega á su lado alguna de esas almas que tienen bastantes lágrimas de compasion para sofocar el fuego siniestro que brilla en la pupila de la prostituta. ¿Quién puede mirar sin una profunda lástima aquel sér tan infeliz y tan degradado, que lleva su extravío hasta hacer gala de lo que debia causarle vergüenza? ¿Quién no se aflige al ver aquella mujer qué fué inocente y fué pura, que pudo ser respetada, y hoy, para ganar pan, arroja su cuerpo al muladar del vicio que le envenena; vende por algunos reales á un hombre repugnante el derecho de trasmitirle una enfermedad asquerosa; y pasa continuamente de los brazos de la lujuria á la cama del hospital, donde á nádie inspira compasion, donde á todos inspira desprecio y asco, donde se la cura para que vuelva á servir como á un animal que enferma, y curado, puede ser útil. Digo mal, esta comparacion no dá todavia idea de lo que inspira en el hospital la mujer deshonesta, cuando sus mismas compañeras se burlan de sus dolores, y cuando el practicante, al cortar ó quemar sus carnes, le dirige, por via de consuelo, alguna obscena chanza. Si no muere jóven, ¡qué cosa más digna de compasion que su vejez anticipada y su fin que nádie llora!

La mujer criminal es sin duda más odiosa, pero

no hay nada tan despreciable como la mujer deshonesta: no hay hombre, por vil que sea, que no se juzgue superior á ella y la desdeñe. Como la primera necesidad de su naturaleza es inspirar amor y sentirlo: como por más que haga la mujer no puede ser feliz sino queriendo y siendo querida, la mujer deshonesta es profundamente desgraciada, cuando dice otra cosa miente, y mentira son su alegría cuando parece alegre; su contentamiento, cuando canta, y su satisfaccion cuando se rie. Si pudiera verse el corazon de las mujeres impúdicas que por algun tiempo parecen dichosas, se veria su desgracia como una llaga incurable cubierta con un paño lujoso; y digo por algun tiempo, porque si su felicidad fuera posible, nunca duraria más que su hermosura, que dura bien poco.

Yo quisiera, hermanas mias, que os convenciérais de esta verdad, para mí evidente; que la mujer, cualquiera que sean su clase y circunstancias, no puede ser feliz si deja de ser honesta, y que áun prescindiendo del castigo que pueden imponerle la ley de Dios y las leyes de los hombres, debe conservar su honestidad por cálculo, por egoismo, como una cosa necesaria al bienestar de toda su vida. ¡Oh, mujeres! Conservad el pudor como vuestro más precioso tesoro, agarraos á vuestra honestidad como á la única tabla que puede salvaros en todas las tempestades de la vida. Con ella, por más azarosa que sea vuestra existencia, podreis llegar á puerto seguro; sin ella naufragais sin remedio. Y vosotras,

infelices, que habeis caido, apresuraos á levantaros, apresuraos á salir de ese abismo inmundo; siempre es tiempo de volver al buen camino, nunca es imposible la virtud, ni hay mancha tán negra que no pueda lavarse con las lágrimas del arrepentimiento. Tal vez os asusta vuestra debilidad comparada con los obstáculos que teneis que vencer, y decis atribuladas: *¿Cómo hemos de hacer?* Levantaros por el corazon, ya que por el corazon habeis caido; curaos amando las heridas que amando recibísteis; salvaros por el amor de Dios, del amor de los hombres que os ha perdido. Mirad á la Magdalena: el amor mundano la hizo pecadora, amó á Jesucristo, y fué la santa que hoy adoramos en los altares.

Os he dicho que la deshonestidad es una puerta por donde pueden entrar todas las maldades en el corazon de la mujer, y muchas de entre vosotras, refiriendo su historia, confirmarian esta triste verdad. ¿Cuántas estais en la prision por haber escuchado las engañosas palabras de un hombre que obtuvo vuestros favores sin ser vuestro esposo? Muchas, acaso el mayor número. Aquella falta os condujo á otras, á delitos tal vez, que la mujer que se ve despreciada, en peligro está de ser despreciable, y va por el mundo como barco sin timon que el viento arroja sobre todos los escollos. ¡Pobres mujeres! Si fuísteis víctimas una vez, no lo seais dos. Sed cuerdas y honestas al salir de la prision, para no volver á ella, para que el mundo no vuelva á arrojaros la piedra de su desprecio, para que el

Salvador pueda deciros como á la mujer adúltera:

VETE Y NO PEQUES MÁS.

Veamos ahora las penas que impone el Código á los delitos contra la honestidad:

Art. 358. El adulterio será castigado con la pena de prision menor.

Cometen adulterio la mujer casada que yace con varon que no sea su marido, y el que yace con ella, sabiendo que es casada, aunque despues se declare nulo el matrimonio.

Art. 359. No se impondrá pena por delito de adulterio, sino en virtud de querella del marido agraviado.

Este no podrá deducirla sino contra ambos culpables, si uno y otro vivieren, y nunca si hubiere consentido el adulterio ó perdonado á cualquiera de ellos.

Art. 360. El marido podrá en cualquier tiempo remitir la pena impuesta á su consorte, volviendo á reunirse con ella.

En este caso se tendrá tambien por remitida la pena al adúltero.

Art. 361. La ejecutoria en causa de divorcio por adulterio surtirá sus efectos plenamente en lo penal cuando fuere absolutoria.

Si fuere condenatoria, será necesario nuevo juicio, para la imposicion de las penas.

Art. 362. El marido que tuviere manceba dentro de la casa conyugal ó fuera de ella con escándalo, será castigado con la pena de prision correccional.

La manceba será castigada con la pena de destierro.

Lo dispuesto en los artículos 359 y 360 es aplicable al caso presente.

Como veis, es grande la diferencia que para el castigo establece la ley, entre el marido que falta á su mujer, y la mujer que falta á su marido. Esta diferencia depende en parte de la naturaleza de las cosas y en parte de la opinion.

De la naturaleza de las cosas, porque por más que se pretenda igualar los dos sexos, el pudor es una cosa más natural en la mujer, porque es una cosa más necesaria; porque si la mujer, en lugar de recatarse, solicitase como el hombre, sería tal el desenfreno y la corrupcion de costumbres, que la especie se degradaria, acaso llegaria á extinguirse; porque la mujer puede dar al hombre como hijos suyos el fruto del adulterio, cosa que el hombre no puede hacer. Porque la mujer es la que moraliza ó desmoraliza el hogar doméstico; si ella es viciosa, difícil es que sus hijos no lo sean: el mal ejemplo del padre nunca es tan pernicioso. El padre puede comunicar el bien y el mal que hace; la madre lo inocula, y es vana declamacion querer igualar cosas que la naturaleza ha hecho diferentes.

Como os he dicho, parte de la diferencia que establece la ley está en la naturaleza de las cosas, y parte en la opinion. El hombre puede afligir á su esposa cuando la falta, pero no puede deshonrarla; la mujer, faltando al marido, le deshonra, es la depo-

sitaria del honor de los dos, y por consiguiente del de la familia; de modo que el marido ofendido y engañado, en vez de ser objeto de compasion, lo es de desprecio. Por más que esto sea absurdo, es, y la ley no puede sobreponerse enteramente á la opinion, que es la más imperiosa de todas las leyes humanas. Lo más que la ley ha podido hacer, y lo ha hecho, es suavizar la dureza de las penas contra el adulterio, que en muchas legislaciones antiguas era castigado de muerte.

Al adúltero le parece tal vez que lo que él toma como un pasatiempo, al hacer propia la mujer ajena, no es cosa que merece castigarse con cuatro ó seis años de prision; pero que se ponga en el lugar del esposo ofendido, que mire á su mujer en brazos de otro, y le parecerá que es bien suave la pena que la ley impone al que le roba á un tiempo el amor de su compañera, la confianza que tenía en la madre de sus hijos, la seguridad de que son suyos los que estrecha contra su corazon y alimenta con el sudor de su frente, la paz de su casa y el honor de su nombre, que corre escarnecido de boca en boca.

Los que estais en la prision por adúlteros y os parece excesivo el castigo que sufris, escuchad á vuestros compañeros casados cuando llegan á saber que su esposa les es infiel; oidlos rugir como leones, y prorumpir en imprecaciones horrendas, y golpear los muros, y agitar sus cadenas, y jurar por el infierno que la primera cosa que harán al recobrar su libertad, es matar al que los ha ofendido, y cuando

los veais así, decidles que es muy dura la pena impuesta por el Código á la ofensa que quieren vengar. Ignoro lo que os responderán; pero de seguro será alguna cosa que os haga guardar silencio, como quien no tiene razon. Y notad que la esposa infiel del presidiario tiene, al cometer su delito, causas atenuantes que vosotras no podeis alegar. Su marido le dió el ejemplo del mal; la ha dejado en el abandono, y lo que es peor, ha arrojado sobre ella el borron de pertenecer á un hombre que está en presidio y en la miseria y en la ignominia: corre mucho peligro la virtud de una mujer. Tenedlo presente, esposos ofendidos, y el dia que salgais, pensad, que si vuestras esposas cayeron en el precipicio, las pusísteis á la orilla, y no adopteis la regla de moral tan cómoda como perversa, de que el hombre, aunque falte á todo, tiene derecho á que no se le falte en nada.

En cuanto á las mujeres, ¿á qué hablarles de las penas que les impone el Código por delitos de deshonestidad, cuando el mundo y su propio corazon se las imponen mucho más severas? Para que la mujer deshonesta sea desdichada, no há menester que la ley la castigue, el desprecio de sus amigos, de sus parientes, de su esposo, de sus hijos, de su mismo seductor, del mundo entero, se encargan de no dejar impune un delito que, perseguido ó no por la justicia, envenena la existencia de la mujer que le comete.

¡Oh, mujeres! No falteis á vuestros maridos aun-

que os falten; sedles fieles, si no por ellos, por vosotras. No es como el Salvador el mundo, que con sus manos impuras arrojará sobre vosotros la piedra de su desprecio inexorable. No es como el Salvador el mundo, que no admite á vuestro delito ninguna circunstancia atenuante. No es como el Salvador el mundo, que por débiles os oprime exigiendo de vosotros prodigios de fortaleza. Sed fieles siempre para no ser escarnecidas nunca, para honrar á vuestros padres, para ser honradas de vuestros hijos, para que su cariño os consuele, para que os respete el mundo y el mismo esposo extraviado, á quien vuestra virtud puede atraer, á quien vuestro corazon puede perdonar; que el corazon de la mujer buena no es rencoroso, y se olvida fácilmente de todo, ménos de la necesidad que tiene de amar y de ser amada. ¡Oh, mujeres! Sed honestas; si no, creedme, estais perdidas.

CARTA XXII.

Imprudencia temeraria.

Hermanos mios: El mal se hace tan fácilmente, que es necesario tener cuidado para no hacerle, y esta necesidad constituye en todos un deber y un derecho. Un deber, porque estamos obligados á considerar si de nuestras acciones puede resultar perjuicio á otro; un derecho, porque los demás tienen obligacion de no hacer nada que nos perjudique. Hay culpa de nuestra parte, no sólo cuando hacemos mal con intencion, sino cuando resulta de nuestra falta de prudencia; porque hemos recibido la razon para emplearla y no para obrar como dementes que carecen de ella. Si hubiera una historia exacta de todas las desgracias que resultan de no meditar las acciones ni prever sus consecuencias, os asombrárais al ver que sin voluntad de hacerle se pueda hacer tanto da-

ño á otro, y comprendereis que la prudencia es un deber.

Todos tenemos derecho á no ser sacrificados al aturdimiento de un insensato. El que obra cediendo á un impulso cualquiera, sin tener para nada en cuenta el daño que de su accion puede resultar para sí ó para los otros; el que no reflexiona el resultado probable ó posible de lo que va á hacer ; el que renunciando á su razon se constituye en una especie de demencia voluntaria , es un loco responsable y culpado.—SÉ PRUDENTE,—es precepto que las madres debian inculcar cuidadosamente en el corazon de sus hijos, y ¡cuántas penas evitarian y cuántos males á la sociedad si no le olvidaran!

¡Qué desastres en el mar, en los depósitos de pólvora, en los caminos, en las fábricas, en la caza, producidos por las armas de fuego y por los incendios, y por los que corren á caballo ó en carruaje, y por los que de mil maneras exponen su vida y la ajena por insensatez culpable! ¿Cuántas veces al escuchar la relacion de una gran desgracia y preguntar su causa no se nos responde:—*Una imprudencia:—Un descuido:—Una temeridad?*

Así, pues, la ley hecha para séres racionales con razon impone la prudencia como un deber, y con justicia castiga la *imprudencia temeraria.*

Pero no sólo en los males causados involuntariamente, sino en los crímenes y hasta en los crímenes premeditados, tiene una gran parte la *imprudencia temeraria.* ¡Cuántas veces al oir las circuns-

tancias con que se ha cometido un crímen nos asombramos de la insensatez del criminal, de su falta de precaucion, de su ceguedad, y exclamamos:—¡Ese hombre estaba loco! ¿Cómo ha podido imaginar que no habia de ser descubierto?

En efecto; apénas hay crímen en que no éntre por más ó ménos la temeridad imprudente que, unida á los malos instintos, conduce á él, y esto sucede hasta en los premeditados. La premeditacion arguye maldad, no prudencia, y esto es tan cierto, que se ven criminales preparando su crímen durante meses y áun años, en los cuales no han echado de ver la insensatez que habia en su maldad, y cuántas precauciones sencillas y necesarias olvidaban, y qué de pruebas iban acumulando contra ellos. Centenares de ejemplos podria citaros; escuchad uno notable porque se trata de un criminal ilustrado.

El conde de Bocarmé, por heredar á un cuñado suyo irata de envenenarle. Desgraciadamente, no digo á un hombre de su posicion, sino en otra ménos elevada, no es difícil adquirir sustancia venenosa haciendo un pequeño sacrificio; pero él, en vez de comprar veneno, pensó en fabricarle. Buscó libros para aprender lo necesario, instrumentos y aparatos para practicar lo que leia, se puso en correspondencia con varias personas, á quienes hizo encargos, pidió noticias y datos, y consultó dudas. Despues, cuando logró extraer el activo veneno que necesitaba, quiso asegurarse de su eficacia, y le ensayó en perros y otros animales que aparecian muertos en

su casa ó en su jardin, y todo esto por espacio de años. Cuando se le formó causa, fué grande el número de personas que declararon estas cosas, y no parece sino que se habia propuesto comunicar su maldad á una porcion de testigos irrecusables que depusieran contra él.

Seguro ya de la eficacia del tósigo, convidó á comer á su cuñado, y no echó el veneno en la comida, sino que derribándole y abusando de su debilidad, porque estaba cási impedido, le introdujo en la boca algunas gotas del líquido, que le mató en pocos minutos. El crimen fué descubierto y probado con facilidad, porque, como os he dicho, el criminal parece que se habia propuesto acumular pruebas que le condenasen; se le cortó la cabeza en la plaza de Bruselas, de donde era natural.

Entre múchos ejemplos que pudiera citaros, ved aquí uno de premeditacion y de imprudencia. Una persona ilustrada, que por espacio de años piensa friamente en cometer un crímen, y elige para llevarle á cabo medios que debian perderle necesariamente. ¿Qué concluir de aquí? Que la imprudencia temeraria, hija del aturdimiento, la que no va unida á intencion dañada, puede evitarse y se evita con la reflexion; pero la imprudencia temeraria del crímen no puede evitarse sino renunciando á él. No bastan dias y meses y años de reflexionar; el criminal más inteligente obra como un nécio; el más experimentado, como si careciese de experiencia; el más astuto descuida precauciones que tendria un niño. El que

no vea la providencia de Dios en la imprudencia temeraria de los criminales tiene que explicarla de algun modo, puesto que negarla es imposible. Tiene que ver como condicion del crimen cegar á los que se preparan á cometerle, y que el resolverse á ser criminal es tanto como estar determinado á ser insensato, á exponer su vida sin precauciones, á faltar á todas las reglas de la prudencia, á no ver claro ni lo que le perjudica ni lo que le conviene; es preciso resolverse, en fin, á marchar por un camino lleno de precipicios, y por donde nádie va sino con los ojos cerrados. Extraña resolucion que, por más malo que sea, no puede tomar un hombre que comprende su interés.

Así, pues, no creais que es una casualidad que tal ó cual crímen se descubra, ni el que en una ocasion fué descubierto se prometa mejor fortuna para otra vez calculando mejor. Es una ley eterna que el crímen ciega, calcula mal, y se comprende, porque es una ley necesaria. ¿Qué sería de la sociedad si los que se proponen dañarla tomasen tambien sus medidas para que no pudiesen ser descubiertos? Bastaria una docena de malhechores para sacrificar una gran poblacion, robando, hiriendo ó matando á sus habitantes, sin que la justicia pudiese castigar á los criminales, y las ciudades y las aldeas y las naciones temblarian aterradas bajo el azote del crimen inteligente y precavido que tomaba bien sus medidas para no ser descubierto. Dad al criminal prudencia, circunspeccion, tino, conocimiento exacto de las co-

sas, y las personas y el crimen no puede descubrirse, y la ley es impotente y la sociedad imposible. Puede sentarse como evidente esta verdad: *La sociedad existe, luégo los criminales son torpes é insensatos.*

Yo no puedo haceros la historia de los crímenes, de su descubrimiento y de su castigo; pero desgraciadamente en la prision no falta quien refiera de estas historias, y muchos cuentan la suya como alarde de maldad ó como distraccion del tédio. Ya que por desgracia ois estas relaciones, notad bien en todas ellas el cómo ha sido descubierto el crimen, y vereis siempre torpeza, imprudencia, ceguedad en el criminal. Yo os ruego que observeis bien esta circunstancia, que penseis en ella, y ya que por mal vuestro podeis recibir semejantes lecciones, aprovechadlas al ménos. No soy yo quien os la da, son las cosas, los hechos constantes, la realidad evidente. No soy yo quien para convenceros os refiere las historias que cumplen á mi propósito; ya que escuchais la suya á vuestros compañeros, aprended lo que os enseñan todas, y sacareis, como consecuencia forzosa, que el crimen se descubre por falta de precaucion en el criminal, y cuando veais como un hecho constante su imprudencia, la mirareis como inevitable, necesaria, fatal.

Lo es, hermanos mios, por una ley santa de Dios que quiere decir:—*Los ojos que se abren para el mal verán poco.*—¡Qué no daria yo por grabar en vuestro corazon esta verdad! ¡Qué no daria yo por convenceros que la imprudencia temeraria del aturdi-

miento de que habla la ley puede evitarse, pero que es inevitable la imprudencia temeraria del crímen! ¡Qué no daria yo por persuadiros de que lo mismo que los licores, embriaga el crímen, y el que va á cometerle y cree poder tomar precauciones, es como si dijese:—*beberé hasta embriagarme, y entónces seré prudente!*—¡Qué no daria yo porque pudiérais leer en el libro de la experiencia, que dice en todas sus páginas:—CRIMINAL, TE PRECAVES EN VANO; DIOS HA SEPARADO EL CRÍMEN DE LA PRUDENCIA! ¡ELIGE! ¡ES PRECISO SER BUENO Ó SER INSENSATO!

En nombre de vuestro interés, en nombre de los años que aún podeis vivir libres y dichosos, oid la voz de la razon y de la experiencia. No creais que es posible hacer mal y discurrir bien, ni ser precavido siendo delincuente, ni sostenerse donde todos caen, ni ser excepcion de una regla que no las tiene, ni oponerse á una ley eterna, llevando al crímen, que es sugestion del demonio, la sabiduría, que es atributo de Dios.

CARTA XXXV.

A los inocentes.

Hermanos mios: Cuando escribia estremecida, copiando los artículos del Código, *argolla*, *cadena perpétua*, *muerte*, temblaba ménos mi mano, padecia ménos mi corazon, que al trazar las palabras que encabezan esta carta, y decir, dirigiéndome á una prision: *A los inocentes*. Permita Dios escriba en vano; que nádie se halle sujeto á tan horrible prueba, y que las lágrimas que derramo al pensar que alguno puede sufrirla, caigan sobre mis pecados y no sobre vuestros dolores.

Pero si hay uno sólo que padezca sin culpa, si puede haberle mañana, si puede haberle algun dia, que *reciba el amor*, *la compasion*, *las lágrimas* de los justos de la tierra, y que espere la recompensa del Cielo.

¿Pero basta ser castigado injustamente en este mundo para merecer premio en el otro? No, hermanos mios. La desgracia no es un mérito, sino una prueba; el mérito consiste en el modo de sufrirla.

Es necesario que os fijeis bien en que el destino del hombre no está, no puede estar en este mundo. Todos sabemos esta verdad; pero se la decimos á nuestra alma, como esas oraciones que se aprenden de memoria, y á veces se recitan maquinalmente con los labios sin que se eleven á Dios con el corazon. ¿Cuál es la mayor prueba de que hay otro mundo? Las injusticias de este; porque siendo Dios el infinito poder, tiene que ser la justicia absoluta, y el mundo en que hay un inocente que sufre, uno sólo, no puede ser sino una prueba, un camino para otro mundo mejor.

Fijémenos primero en el poder de Dios. Yo quisiera que en este momento fuérais todos sabios, no porque la sabiduría sea necesaria para la felicidad ni para la virtud, sino porque es la que comprende mejor la omnipotencia Divina. El hombre, con toda su ciencia, con todo su orgullo, no sólo no puede crear ni una hoja de un árbol, ni un gusano, ni un grano de arena, sino que despues de consumir su vida en la meditacion y en el estudio, no puede comprender cómo viven los gusanos que se arrastran por la tierra ni cómo existen las arenas del mar. La criatura no comprende la causa de nada, y los sabios, despues de una vida empleada en el estudiò y en la meditacion, concluyen por confesar su ignorancia

y la pequeñez del hombre y la grandeza de Dios.

Las obras de que más se envanece el ingenio humano, sirven más bien para confundirle, porque ponen de manifiesto sus estrechos límites, y el incomprensible infinito de la inteligencia suprema. Mirad, por ejemplo, el telégrafo. Muchos habeis visto esos hilos de alambre que, fijos en un palo de trecho en trecho, sirven para comunicarse los hombres sus pensamientos instantáneamente aunque estén á miles de leguas. ¡Qué prodigio! Yo estoy hablando con los que viven en América ó en los confines del Asia, y en el mismo instante en que escribe la palabra, la leen, y les llega al través de las montañas y de los rios y de los mares. La ciencia, de induccion en induccion, de experimento en experimento, y á veces de casualidad en casualidad, ha ido combinando efectos y aprovechándolos hasta dar al telégrafo la perfeccion que hoy tiene. Pero, ¿y las causas? No las dice la ciencia; sabe el *cómo* se verifican algunas cosas, pero no sabe el *por qué* de nada. No se explica, no se comprende, no se concibe que pueda haber un agente, una cosa que no necesite tiempo para andar centenares de leguas atravesando abismos y rocas y mares, y el hombre, que en presencia de un hecho tan extraordinario, nada alcanza de la causa, motivo tiene para inclinar la frente humillado, más bien que para levantarla orgulloso. Así, áun en aquellas cosas donde el génio del hombre parece rayar más alto, miradas superficialmente, si se profundizan revelan su miseria, porque bien puede decir que lo ig-

nora todo el que no sabe la primera causa de nada. La ciencia humana comparada con Dios puede considerarse como un pequeño agujero en la oscuridad abierto sobre el infinito. Vano fantasma, brillante mentira la sabiduría del hombre; su inteligencia marcha por entre misterios, como su corazon camina sobre dolores.

¿No os parece grande este mundo con sus montañas que tocan al cielo, con sus abismos donde hierven los volcanes, con su multitud infinita de séres vivientes que pueblan la tierra, y el aire y el mar inmenso? ¿No os parece terriblemente grande la voz del trueno, el resoplido del huracan y la tempestad y el rayo? Pues este mundo que habitamos, donde hay tantas cosas inmensas, donde no existe una sola que podamos explicar satisfactoriamente, este mundo es en la creacion como un grano de arena en una inmensa playa. Más allá del sol y de las estrellas, hay otras estrellas y otros soles que nuestros ojos no pueden distinguir, hay otros mundos infinitos en número, y á distancias infinitas, cuyo estudio deslumbra la inteligencia y deja el entendimiento anonadado. Creedlo, hermanos mios; es imposible contemplar la creacion sin decir: DIOS ES GRANDE. DIOS ES OMNIPOTENTE.

Ahora vamos á fijarnos en la consecuencia más importante del poder infinito de Dios, que es la siguiente ley: EL QUE ES OMNIPOTENTE, NO PUEDE SER INJUSTO. Reflexionemos un momento y nos convencemos de esta verdad.

¿Por qué son los hombres injustos, por qué hacen mal? Por debilidad, por impotencia. La mujer infanticida, ¿mataria á su hijo si estuviera en su mano ocultarle, casarse con su padre ó cambiar la opinion de modo que pudiera ser débil sin quedar deshonrada?

¿El ladron robaria, si con desearlo viera llenar su bolsillo del oro que busca en el ajeno?

¿El falsario cometeria falsedad, si pudiera disponer de la voluntad del hombre cuya firma falsifica?

¿El testigo falso daria falso testimonio, si pudiera con su solo deseo alcanzar lo que se propone por medio de su maldad?

El que mata por precio, ¿mataria si con sólo quererlo tuviera un tesoro inagotable?

El que mata por celos, ¿mataria si pudiese hacerse amar de la que prefiere al rival aborrecido?

Si fuéramos recorriendo así todos los extravíos, todas las maldades, todas las injusticias humanas, veríamos que son siempre resultado de impotencia y debilidad, porque á ménos de estar loco, el mal se hace con un objeto, y no se haria si hubiese podido evitarse. Esto es tan cierto, que cuando no se perjudica ningun interés, ni se causa ningun dolor, ni hay que vencer ningun obstáculo, todo el mundo se pone de parte de la justicia. Los que hayais estado alguna vez en el teatro podreis recordar, que en las comedias el público se pone siempre de parte del que tiene razon. ¿Por qué? Porque no le cuesta nada.

Siendo, pues, la injusticia, resultado de la impo-

tencia, el Omnipotente es necesariamente justo, y es absolutamente imposible que no lo sea. La iniquidad triunfante y la inocencia humillada, es un desórden aparente y momentáneo que conduce á la armonía eterna. ¿Por qué así? El hombre ignora el *por qué* de todas las cosas, todos son misterios para su inteligencia como para su corazon. Lo único que oye distintamente es la voz de su conciencia que le acusa cuando hace mal, lo único que vé claro es la imposibilidad de que no sea justo el que le dió el sentimiento de la justicia y puede realizarla con sola su voluntad. ¿Por qué el inocente está en una prision? ¿A qué preguntar el *por qué* de todas las cosas cuando no podemos responder bien el *por qué* de nada? Los inocentes que padecen en la prision, ¿son los únicos inocentes que padecen?

El niño que nace enfermo, vive enfermo y muere sin haber sentido más que dolores, ¿no es inocente y sufre?

El jóven virtuoso que es arrancado de los brazos de su madre para llevarle á la guerra y padece trabajos, y fatigas y miserias, y pierde un brazo ó se queda ciego, ó una bala le atraviesa y le mata, ¿no es inocente y sufre?

La mujer honrada que se casa con un hombre perverso que la burla, la maltrata, la escarnece, la hace mártir, ¿no es inocente y sufre?

El hombre económico y laborioso que deposita el fruto de sus ahorros en manos de un comerciante tenido por honrado, y al poco tiempo viene una

quiebra fraudulenta á privarle del fruto de su trabajo, ¿no es inocente y sufre?

El vecino pacífico que ve asaltada su casa por malhechores que le despojan, y le asesinan tal vez, ¿no es inocente y sufre?

La persona que no ha hecho mal á nádie y se ve años y años clavada en una cama sufriendo dolores acerbos, ¿no es inocente y sufre?

El que ha nacido de padres viles y deshonrados, y por más que obre bien no logra borrar enteramente la infamia de su nacimiento, ¿no es inocente y sufre?

El que siente un amor puro, infinito, y se ve engañado y pospuesto á un ser despreciable, y siente la tortura de los celos y los accesos de la desesperacion, ¿no es inocente y sufre?

El que tiene la pasion del bien y no piensa más que en hacerle, y encuentra por todas partes obstáculos á su ejecucion y halla sordos para sus consejos, ingratos para sus beneficios, calumniadores para sus buenas obras, y agobiado por el número de perversos sucumbe en la indiferencia, en el olvido, en el abandono, sin haber podido realizar sobre la tierra ninguna de sus celestiales inspiraciones, ¿no es inocente y sufre?

La madre virtuosa que tiene un hijo malvado, que á pesar de sus amonestaciones, de su ejemplo y de sus lágrimas, holla el deber, desconoce el derecho y le ve lanzarse al vicio, al delito, al crímen, y morir en un cadalso, ¿no es inocente y sufre?

Tantas personas buenas y virtuosas como son desgraciadas de tantos modos, ¿no son inocentes y sufren?

¿Qué concluir de aquí? Que este mundo no es el destino final del hombre, que no puede ser sino un camino para otro mejor. Si este mundo no fuera una prueba sería una iniquidad, y como la omnipotencia y la injusticia son imposibles, Dios, que es omnipotente, es justo; el hombre no ha venido á la tierra á ver el triunfo de la iniquidad, sino á merecer una recompensa que recibirá algun dia.

Pero sucede, que la misma persona resignada con la voluntad de Dios que le envia como prueba la pérdida de la salud, de la hacienda ó de la vida de los que ama, no tiene resignacion ni paciencia para sufrir esta misma prueba en forma de injusticia. Somos bien insensatos, hermanos mios, en dar al hombre ni para el bien ni para el mal más importancia de la que tiene. Dios consiente que su maldad nos aflija para probarnos; mirémoslos como la enfermedad que arruina la salud ó la inundacion que destruye nuestra fortuna. El volcan, la tempestad y el rayo, forman parte de la armonía del mundo físico; la injusticia pasajera forma parte de la armonía del mundo moral. ¿Por qué? No lo sabemos; pero todo lo que existe por el hecho de existir, es necesario y es justo, forma parte de un todo que nuestros limitados ojos no pueden ver, y de una armonía incomprensible á nuestra inteligencia. ¿Creeis que el Supremo Hacedor, que os dió el sentimiento

de la justicia, no ha de comprenderla y amarla, cuando la comprenden y la aman hasta los hombres injustos? ¿Creeis que el que enfrena el Océano y encadena la tempestad, Aquel cuya mano trazó su camino á los astros, y á quien obedecen el sol y la luna, y el rayo en las nubes y el volcan en el abismo, no podria detener la palabra en los lábios del falso testigo, ni la mano del juez que firma una sentencia injusta? Insensatos serian los que tal creyesen.

Veamos en la sentencia injusta que nos condena, lo mismo que en la enfermedad que nos aflige, una prueba que Dios nos manda, un medio que nos proporciona para que, sometiéndonos á su voluntad, contraigamos un gran mérito, haciéndonos acreedores á una alta recompensa. El triunfo de la injusticia, áun momentáneo, es un terrible misterio; hagamos con los misterios del mundo moral lo que hacemos con los del mundo físico. El hombre renuncia á comprender cómo hay un agente que recorre centenares de leguas en un espacio de tiempo imperceptible, y atraviesa los rios, las montañas, los mares; pero se aprovecha de aquello mismo que no se explica, y establece el telégrafo. Hagamos lo propio con los impenetrables arcanos del mundo moral; aprovechémonos de la injusticia pasajera que no comprendemos, recibámosla como una prueba á que sometemos nuestra voluntad, purifiquemos en el sufrimiento las manchas de nuestra alma, perdonemos para ser perdonados, y sufriendo pa-

cientes la injusticia de los hombres, esperemos confiados en la justicia de Dios.

Solemos caer en el error de pensar que la prueba que debemos sufrir en este mundo es siempre una desgracia, como si la prosperidad no fuese una prueba tambien y la más difícil de todas. La riqueza extravía al hombre por los mil caminos del placer; el poder le embriaga; la gloria le deslumbra, y el que puede mucho, en peligro está de ser injusto y de hacer daño. La prosperidad es un vaso rodeado de flores con néctar en el borde y hiel en el fondo. Pocos salen de ella puros, ni por ella son purificados. A ruda prueba se somete el que á prueba de prosperidad es sometido, y terribles combates ha de sostener su corazon para no sucumbir ó depravarse. Miramos las cosas con los ojos ofuscados del dolor pasajero; medimos por este momento que se llama vida el infinito y la eternidad; nuestros juicios son sensaciones; pero creedlo, hermanos mios, un dia vendrá en que ménos pesada le ha de parecer al prisionero inocente la cadena, que la pluma al juez que le sentenció, y el cetro al rey que no ha sido padre, y la espada al vencedor injusto. Esperad ese dia, enjugad vuestro llanto, y si llorais, sea por los que os han hecho derramar lágrimas amargas. ¡Ay de ellos, que no hicieron buen uso del poder que se les dió como prueba! Utilizad la vuestra mejor que han utilizado la suya.

Pero en el mundo hay harta iniquidad sin que la aumentemos con la ligereza de nuestros juicios, y

vosotros, encarcelados inocentes, tal vez acusais á los hombres de males que están en las cosas. Puede haber un juez injusto, hay testigos falsos, pero tambien hay falsas apariencias que engañan á los mejor intencionados, que extravían á los más diestros, y más de una vez se ha visto á los justos cometer una injusticia por error, por invencible ignorancia. ¿Vosotros no os equivocais nunca? Todos nos equivocamos, todos. El error es nuestro fatal compañero; cuando con él hacemos daño le damos el nombre de equivocacion; cuando por él le recibimos le llamamos iniquidad.

Otro de los errores que cometemos es decir:—A tal culpa corresponde tal pena, é imaginar que el juicio de Dios se ha de ajustar al nuestro.—Cometemos un gran pecado, hacemos un gran daño de esos que la ley no puede ó no quiere castigar; rezamos tal vez distraidos algunas oraciones en penitencia, y nos parece que nuestra culpa está perdonada, y la olvidamos, imaginando que Dios la olvidó tambien. Pasan dias, pasan años, nuestra vida no es ejemplar, no entramos en nosotros mismos, no procuramos reparar, haciendo bien, el mal que hicimos, y si somos felices no nos ocurre ni un momento la idea de que no somos acreedores á la felicidad que disfrutamos: tanta propension tiene el hombre á pensar que merece todo el bien que recibe. Entónces nos acusa de un delito que no hemos cometido, y nos condenan los jueces de la tierra. Nosotros clamamos al Cielo, ensalzando nuestra inocencia como si fuéramos jus-

tos, como si nunca hubiéramos pecado. Si de la culpa de que se nos acusa estamos inocentes, ¿por qué no recordamos aquella de que nádie nos acusó y que no hemos purgado? ¿Cómo no comprendemos que Dios puede mandarnos el merecido castigo en la forma de calumnia de sentencia injusta, como pudiera venir en la de enfermedad ó pérdida de bienes? ¿Por qué imaginamos, insensatos, que la justicia divina se parece á la humana, que señala á tal delito tal pena, ni más ni ménos? ¿Por qué creemos que el que lee en los corazones escribe la ley de su justicia en artículos que podemos interpretar claramente con nuestra inteligencia limitada? ¿Por qué pretendemos reducir á un mezquino mecanismo los altos fallos del Omnipotente? ¡Inocentes encarcelados! O sufris porque lo habeis merecido, ó sufris para merecer; en cualquiera de los dos casos, sufrid con resignacion y purificaos en la prueba. ¿Creeis acaso que es la más dura á que puede someterse la virtud humana? Errais mucho si tal habeis creido.

Escuchad. Vosotros padeceis sin haber hecho mal; otros padecen por haber hecho bien, recibiendo por cada aspiracion sublime un dolor agudo; por cada santo deseo una pena acerba; por cada buena obra un rudo escarmiento: esta es la prueba terrible, la prueba de las pruebas, y hay quien la sufre y la utiliza y se santifica en ella. La generosa criatura que puede mirar sus virtudes como otras tantas fuentes de dolores y ve su abnegacion perseguida por la iniquidad bajo las mil formas que puede darle la injus-

ticia humana, ¿desconfia por ventura de la Justicia Divina? ¡Oh! No. ¿Cómo habia de pensar que Dios vuelve mal por bien, cuando sólo los hombres más perversos son capaces de esta maldad? ¿Cómo habia de tener la insensatez culpable de imaginar que si una desgracia viene despues de una buena obra es para castigarla? Léjos de locura tan impía, persevera en el bien como el medio más seguro de alejar de sí todo mal, y vuelto á Dios su corazon atribulado, pero lleno de confianza, le dice:—¡Señor! Hágase tu voluntad, y bendita sea tu incomprensible justicia.—

Decidlo tambien vosotros, hermanos mios, encarcelados inocentes; enviadle de lo íntimo de vuestra alma esta breve oracion, y vereis cómo sube al trono del Altísimo y desciende sobre vosotros en forma de esperanza y de consuelo. Que Dios le envíe muy dulce á vuestra acerba pena; que los ángeles os acudan para guardaros de la desesperacion; que los santos pidan y alcancen auxilios con que se fortalezca vuestra fe; que los mártires os recuerden desde el Cielo los tormentos que sin quejarse sufrieron sobre la tierra, y por la pasion del Crucificado y los dolores de su inocente y afligidísima Madre, aceptad los vuestros como conviene á un cristiano. ¡Encarcelados inocentes! ¡Mis pobres hermanos! ¡Mis desventurados amigos! ¡Qué no daria yo porque los hombres vieran vuestra inocencia! ¡Qué no daria yo por alcanzar de Dios la paz que Él sólo puede llevar á vuestra alma! ¡Pobre alma sujeta á tan ruda prueba! La mia se acerca á vosotros y contempla

vuestras amarguras y siente vuestras penas. Todos los dolores de vuestro corazon vibran en el mio; todas vuestras debilidades y extravíos hallan disculpa en él; sí, que tambien es débil y flaco y sólo grande para amar. ¡Quién pudiera limar los cerrojos y abrir las puertas de vuestra cárcel! ¡Quién pudiera al ménos dar libertad á vuestro espíritu, para que elevándose de las miserias y las injusticias pasajeras de esta vida hallara la paz de los justos esperando en la justicia de Dios! ¡Oh! Yo no podré tanto, yo no podré nada. Es más fácil enviar consejos que consuelos. Pero la compasion santa y bendita, ¿no es un buen consejo para un desdichado? Recibid al ménos este que os envío de lo más íntimo de mi alma, y si no escuchais mis razones, atended á mis lágrimas diciendo:— No despreciemos lo que dice quien al decírnoslo llora.—

FIN.

INDICE.

			PÁGINAS.
CAPÍTULO	PRIMERO.	Contradicciones.....	9
»	II.	Inferioridad de la mujer.....	14
»	III.	Inferioridad moral de la mujer....	23
	IV.	La Historia.....	29
»	V.	Consecuencia para la mujer de su falta de educacion.....	41
»	VI.	Consecuencias para el hombre de la supuesta inferioridad de la mujer.	60
»	VII.	Consecuencias para la sociedad de la supuesta inferioridad intelectual de la mujer.....	72
»	VIII.	¿Qué oficios y profesiones pueden ejercer las mujeres?.....	79
»	IX.	¿Cómo se modificará el carácter de la mujer educada?.....	87
»	X.	¿Hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos?.....	96
»	XI.	¿Qué será de los hijos cuando la madre pueda ejercer una profesion ú oficio lucrativo?.....	101
CONCLUSION.....			112

Primera Conferencia.....	121
Segunda y tercera Conferencia.....	127
Cuarta Conferencia.....	135
Quinta Conferencia.....	143
Sexta Conferencia.....	151
Sétima Conferencia.....	159
Octava Conferencia.....	163
Novena Conferencia.....	170
Décima Conferencia.....	177
Undécima Conferencia.....	184
Duodécima Conferencia.....	191
Décimatercia Conferencia.....	196
Décimacuarta Conferencia.....	201
Décimaquinta Conferencia.....	209

CARTA	III.....	217
»	IV.....	229
»	V.....	237
»	XXIV.....	241
»	XXII.....	254
»	XXXV.....	261